



A los lectores de *TauZero* habituados a encontrar aquí las digresiones autoreferentes de mundaca, debo decirles que nuestro director se ha tomado un descanso tras su paso por la Feria del Libro y la promoción y lanzamiento de la opera prima de nuestro amigo y colaborador Jorge Baradit. En ausencia de mundaca, por lo tanto, tendrán que conformarse, conmigo. Pero no os preocupéis que ya me advertieron que no escribiera "idioteces".

Hablemos entonces de *TauZero*. ¿Que *TauZero* es una idiotez?, no usted se confunde tal vez con *Fobos*, "el fanzine estúpidamente gratuito hecho con la estupidez de unos pocos para deleite de muchos", como rezaba su slogan. Sí, yo me conté dentro de esos estúpidos, pero no me desvíe del tema.

TauZero...

Nuestros lectores ya deben haber leído o estar en conocimiento al menos del especial dedicado a *Ygdrasil*. Lo que ocurrió estas últimas semanas en torno a la novela de Jorge es algo extraordinario que yo en el terreno de la literatura nunca había visto, pero el fenómeno que provocó en cuanto a *TauZero* si lo he presenciado antes. Para ser más precisos tres veces antes, y todas este año. Las lúcidas palabras de Gabriel Mérida lo expresan mejor de lo que yo podría: <<...vimos lo que ocurrió en torno a *Ygdrasil*, que por la fuerza de su multiplicidad de influencias apiñó en torno a sí, en pocos días, a múltiples voces nunca antes reunidas, desde el mundo del cómic, del cine, de la crítica literaria mainstream.>> Esas voces que por lo general permanecen calladas, también se alzaron entusiastas ante las convocatorias a los especiales *TauZero* de: *La Venganza del Sith*, *Batman* y *Nanocuentos*, respectivamente. Como editor, este es el sueño del pibe. Para el *Especial Sith* escribió gente que jamás había escrito para *TauZero* y que probablemente nunca vuelva a hacerlo (por



TAUZERO #16

**Octubre
2005**

Director

Rodrigo Mundaca Contreras

Editor

Sergio Alejandro Amira

Diagramación y Dirección de Arte

Sergio Alejandro Amira

Portada

Información no disponible

Colaboradores

José Fco. Camacho
P.C.

F. d. S.

David Mateo

A. César Osses Cobián

opción propia). En el especial de Batman conseguimos que Juan Carlos Sánchez compartiera con nosotros por fin algo de su creación literaria (aunque su fanfic haya quedado inconcluso), y en el de nanocuentos, nos llegaron tantos que tuvimos que dejar algunos fuera y considerar un nuevo especial. Estos especiales (junto al dedicado a *Ygdrasil*) son las excepciones dentro de los veinte ezines publicados a la fecha. Los números "normales", cuestan muchísimo sacarlos básicamente porque no contamos con material que publicar, y pese a que alguien aseguró lo contrario, no publicamos "cualquier cosa". ¿Debería existir *TauZero* sólo cuando se alcance una masa crítica para hacer un "especial"? Esa y otras interrogantes más nos plantearemos el director, los colaboradores más cercanos y yo. Y sobre los contenidos sólo mencionaré una cosa: el autor de la nota sobre Jansenius, viejo amigo mío que prefiere colaborar desde el cuasi-anonimato, deliberadamente escribe "papa" y "dios" con minúsculas, debido a razones iconoclastas que no termino de comprender pero respeto.

¿Rellené suficiente espacio? Parece que sí. Esperando no tener que molestarles nuevamente en una próxima editorial, se despide:

Sergio Alejandro Amira
Editor Tauzero

Santiago de Chile, 09 de Noviembre 2005

CONTENIDOS

EDITORIAL

por Sergio Alejandro Amira.

FICCIÓN

Los niños verdes de Banjos

por David Mateo.

EFEECTO PANTALLA

Siete Películas

por Sergio Alejandro Amira.

EL EQUALIZADOR

Glenn Gould vs. Thomas Mann

por F. d S.

A CIENCIA CIERTA

No divisible

por José Fco. camacho.

NOVA EXPRESS

Autoentrevista

por Sergio Alejandro Amira.

PUNTO OMEGA

Jansenius

por P. C.

MASA CRÍTICA

La membrana de la realidad

por A. César Osses Cobián.

ezine@tauzero.org

LOS NIÑOS VERDES DE BANJOS

por David Mateo Escudero

España, 11 de Agosto de 1.887

Era poco más de las cuatro de la tarde cuando Miguel Manchón llegó a los labrantíos del terrateniente. La calina apretaba, pues aquel verano se presentaba tórrido y seco, demasiado para trabajar en el campo, pero a Miguel no le quedaba otra opción. Mariana estaba a punto de dar a luz, y necesitaba el trabajo como agua de mayo. Con un poco de suerte, quizás en dos o tres años, lograría reunir el dinero suficiente para abandonar Banjos y regresar a Barcelona. Mientras tanto se veía obligado a permanecer en aquella diminuta aldea, sujeto a las órdenes de un hacendado al que despreciaba y procuraba rehuir.

A pesar de la poca estima que le guardaba, había conseguido que Don Sergio de García, dueño de aquellas tierras, lo contratase como capataz; todo un logro, pues en contra de su experiencia –y como menoscabo a su largo oficio dirigiendo a peones y campesinos– contaba su juventud, que no iba más allá de las treinta y cuatro primaveras. Sin embargo, Don Sergio, hombre dado a dejarse llevar por modas y usos progresistas, había atendido a las referencias que Miguel traía consigo, y le había puesto al mando de la cuadrilla de labriegos que cuidaban de las viñas.

Transcurría la época de recogida y los jornaleros doblaban la espalda bajo el sol de medio día, sudorosos y morenos por la cantidad de horas que permanecían al aire libre. De vez en cuando algunos de ellos se reunían en corrillos y parlamentaban en murmullos. En otro tiempo Miguel los hubiera dispersado con gritos y aspavientos, y quizás con algún que otro palo bien dado, pero la época autoritaria de Cánovas del Castillo pasaba, y la influencia de la reina



Maria Cristina y su confidente Sagasta comenzaba a enterearse incluso en aquellos prioratos, provocando que cada vez fuesen más los señores que retirasen el látigo en pos de la palabra.

A Miguel poco le importaba aquello. No era hombre violento ni dado a las disputas. Tan solo utilizaba la fusta cuando era imprescindible, y mucho le traía al paio que los costaleros dejaran de obrar durante varios minutos mientras el señor de García siguiera dando su visto bueno a la producción. Sin embargo, Victor Ballester, protegido del cacique e hijo del alguacil de la ciudad, no contemplaba desde el mismo punto de vista aquellas ideas.

Hacía unas cuantas semanas que don Sergio había llegado a los campos en su impresionante carroza, rodeado por su salvaguardia personal, y cuchicheando con su nueva amante. No se

había detenido mucho rato, lo justo para enseñarle a la doncella lo extensas que eran sus tierras. Sin embargo, sí que había tenido tiempo para dejar un presente que Miguel tardaría mucho en olvidar. Se trataba del mencionado Ballester, un mozalbete de veinte años, que por privilegios de familia, había quedado a cargo de Miguel y que aparte de no tener que ensuciarse las manos, estaba llamado a vigilar a los trabajadores en ausencia del propio capataz.

Victor pronto sacó a relucir sus raíces familiares y los privilegios relativos al cargo que ocupaba su padre, entrando en disputa con Miguel. A menudo golpeaba a los trabajadores solo para desafiar la autoridad de su superior. Otras veces se alejaba de los campos y holgazaneaba a la sombra de los castaños, dormitando más horas de las que le tocaba trabajar. Por tal causa Miguel levantó una protesta ante don Sergio, sin embargo, el hacendado, poco interesado en enfrentarse con el padre del rapaz, desestimó la queja de Miguel y continuó haciendo la vista gorda ante los desmanes del privilegiado.

Miguel acabó aborreciendo al chico, y a menudo, cuando regresaba a casa, pagaba su frustración con Mariana, recriminándole la poca vista que habían tenido a la hora de dejar Barcelona y marchar a aquel pueblucho alejado de la mano de Dios. Sin embargo, los acontecimientos que acaecieron aquel estío, provocaron que Miguel Manchón cambiara completamente de opinión.

Había transcurrido poco más de una hora desde que había comenzado el turno, cuando Carlos Hervás, un mozo de su confianza, acudió muerto de miedo y con el rostro tan lívido, que Miguel llegó a pensar que había enfermado.

El muchacho llegó saltando entre las viñas y tropezando con los pedruscos; cuando se plantó ante él, las manos le temblaban y apenas era

capaz de sostenerse en pie. Miguel se lo llevó aparte, y pasándole el brazo por la espalda, le ofreció el agua de un botijo. El chico la rechazó, aun así tardó cierto tiempo en pronunciar una palabra que no sonara a balbuceo o tartamudeo inconexo.

–¡Don Miguel! ¡Don Miguel! No podrá creerse lo que he visto –Carlos hablaba entre jadeos, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

–¿Qué sucede, muchacho?

–Allá junto al lago, al pie de las montañas... Tiene que verlo usted mismo, señor. Con sus propios ojos. Sino no me creerá.

Miguel, sintiendo curiosidad por lo que decía el mozo, escudriñó la hacienda y observó como los trabajadores seguían a lo suyo. Algunos todavía murmuraban ante la repentina aparición de Carlos, santiguándose o perjurando contra aquello que había causado tal trastorno en el chico, no obstante nada parecía trastocar la relativa calma que imbuía los campos a aquella hora vespertina.

Presuroso, llamó a Victor, como tantas veces que tenía que atender a otros oficios, y lo dejó a cargo de la hacienda. Después marchó junto a Carlos, caminando tan deprisa, y con el corazón tan aturullado, que incluso las miradas de los labradores llegaban a dolerle en el corazón.

Marcharon durante más de media hora, dejando atrás las haciendas, los caminos, y un pequeño bosquecillo que llevaba el nombre de Eucejos. Por fin las montañas se alzaron ante ellos, y un gran lago llenó el paisaje. Conforme más se acercaban a su destino, Carlos era más reticente a andar. Le temblaban las piernas, y más de una vez frenó en seco. Miguel entonces tenía que invitarle a seguir adelante con un par de empujones cariñosos en la espalda y unas cuantas amenazas. Sin embargo, cuando apareció el lago a la vista, Carlos se arrodilló en el suelo, se negó a seguir avanzando y acabó santiguándose no menos de diez veces.

Miguel lo dejó atrás, caminó hasta la orilla, y bordeó el lago hasta alcanzar el margen opuesto; después siguió hasta las montañas y lo que vio allí, lo dejó completamente estupefacto. Dos criaturas verdes se encontraban abrazadas al abrigo de una gruta, resguardadas del sol por la oscuridad. Al principio los confundió con enanos, hadas o gnomos, pero cuando se aproximó más a ellos, dejando una distancia prudencial, descubrió que eran niños de no más de diez años. Sin embargo poseían rasgos que los distanciaban de los críos normales. Tenían la cabeza abultada y los ojos saltones. Su piel era rugosa, y las orejas eran largas y estiradas, como la de los duendes en las fábulas. Ella era más alta que él, y lo protegía con un fuerte abrazo. Él en cambio desafiaba al extraño con un siniestro brillo en los ojos.

Por lo demás eran perfectamente iguales: tez verde como las esmeraldas, vestidos con telas verdes, calzados con zuecos verdes, y con el pelo tintado completamente de verde. Miguel, dio un paso adelante, y los niños emitieron un sonido extraño, ululante y desconocido, que puso a Miguel los pelos de punta.

–¡No se acerque, señor! –le advirtió Carlos–. Son demonios. ¿Es que no lo ve?

Miguel se limpió el sudor que corría a chorros por su frente, y se atrevió a dar un paso más hacia tan grotescos seres.

–Señor, por favor, escúcheme –continuó Carlos–. Han llegado del infierno. Seguro que esa misma cueva de la que han surgido desciende hasta el purgatorio. No se acerque más a ellos, le encantarán, le hechizarán, o Dios sabe qué clase de maldición echarán sobre usted.

Pero pese a las advertencias de Carlos, Miguel observaba detenidamente a aquellas vulnerables criaturas, y no veía otra cosa más que niños. Niños azorados y asustados, pero simplemente niños. Con tal idea continuó adelante, y llegó hasta la entrada de la caverna.

De pronto el crío se soltó de los brazos de su hermana, que emitió un sonido estridente y molesto, y corrió al encuentro de Miguel. El capataz echó mano a su porra, pero el chico se plantó a escasos metros de él, y le apuntó con el dedo, después soltó una retahíla de palabras que no tenían ningún sentido para él, ni para nadie que habitase aquel mundo.

Mientras el niño sermoneaba, amenazaba o salmodiaba sobre Dios sabe qué, Miguel pudo observar sus ropas. Estaban confeccionadas con retales y tejidos que jamás había vislumbrado antes, sin embargo hasta las hebillas de sus zurriones eran de un estridente color verde.

¡Aquellos seres eran únicos en aquel mundo! Quizás hubieran llegado desde el mismísimo infierno, pero lo cierto era que estaban allí, ante él, y no podía dejarlos escapar.

Trató de comunicarse con el niño, pero éste no le escuchaba, sino que hablaba y hablaba en aquella extraña legua que no tenía ningún sentido para Miguel. Finalmente le tendió la mano en un gesto calculado, pero no por ello menos falto de temor, y el niño se le quedó mirando. Después retrocedió espantado y regresó con su hermana.

Miguel se aproximó aun más a ellos, y repitió el ofrecimiento. Ésta vez fue ella la que acudió en busca de amparo, y con miedo en los ojos, estiró sus brazos temblorosos, y se aferró a Miguel. El capataz la abrazó con fuerza y acarició su larga mata de pelo verde, en cambio el pequeño quedó en un segundo plano, lejos de su hermana, y observando la escena con mirada díscola.

Ganada la confianza de la mayor, y sintiendo que el destino por una vez le había sonreído, Miguel llamó a Carlos y le hizo que viniera.

El muchacho, muerto de miedo, se aproximó lo justo, y con los ojos desorbitados, atendió a Miguel.

–Escucha bien Carlos, que esto que te voy a decir, es de vital importancia –el muchacho

afirmó con la cabeza pero en ningún momento apartó la mirada de las dos criaturas que se encontraban junto a Miguel—. Vas a volver a la hacienda y le vas a decir a Victor que me encuentro indispuerto y me he visto obligado a regresar a casa.

«Le dices que mañana trataré con don Sergio lo que tenga que tratar, que él no se inmiscuya para nada. Después te vuelves a tu parcela de viña, continúas trabajando, y aquí no ha pasado nada.

—Pero don Miguel...

—Ni peros ni ostias. ¿Has comprendido?

El chico afirmó tímidamente con la cabeza, pero el miedo seguía reflejándose en sus ojos. Por fin hizo ademán de alejarse, pero antes de que pudiera escapar, Miguel volvió a cogerle del brazo.

—¡Y ojito con irte de la lengua, desgraciado! Que hablaré con don Ballester y te mandarán para la trena. Y si se te ocurre confesar lo que has visto esta tarde, yo lo negaré todo, y seguro que don Sergio, tomándote por loco, te encerrará en el sanatorio ese que hay en Barcelona.

Carlos acabó captando la amenaza, y lívido como un muerto, regresó a la hacienda, cumpliendo fielmente lo prometido a Miguel. Sin embargo ya no volvería a aparecer por allí, pues aquella misma noche fue presa de la extraña enfermedad del miedo, y durante los días sucesivos permanecería encerrado en su casa, atenazado por terribles escalofríos y ataques de fiebre.

Mientras tanto, en la cueva, Miguel seguía fascinado por el origen de tan extrañas criaturas, tanto que al final decidió llevarlos consigo a Banjos y estudiarlos con más detenimiento. Aprovechando que su hogar se encontraba a las afueras, los coló por el patio trasero y se aseguró de que Mariana no estuviese en casa. Una vez a cubierto, permaneció largo rato observándolos atentamente, a veces escudriñándolos desde

cerca, y otras veces haciéndolo desde lejos. De vez en cuando comenzaba a caminar en círculos, mesándose la barbilla con aire pensativo, y sin quitar ojo de cualquier característica peculiar que pudieran tener los niños.

Los dos hermanos, que al principio se sintieron azorados por la situación, fueron acostumbrándose poco a poco a la presencia de Miguel. Hasta el punto que acabaron olvidándose por completo del adulto, y centraron su atención en el mundo que les rodeaba. Incluso el objeto más usual y sencillo, como una maceta, una jardinera, una escoba, o una manguera, era extraño para ellos. Sin embargo sus gustos eran bien diferentes, pues mientras la niña olisqueaba las flores y acariciaba los tallos, el niño se dedicaba a contemplar con aire obnubilado la casa y el cielo.

Miguel observó que ella llevaba la voz cantante, él, en cambio, se mostraba huraño y a menudo se desentendía de su hermana, contestándole en su extraño idioma. La niña, de vez en cuando, se refería a Miguel, hablándole en su lengua e instándole a que le contestara. El niño obviaba a su benefactor e iba siempre a la suya, exigiendo las cosas con gruñidos y aspavientos.

Tan inmerso estaba el joven capataz en estudiar a sus dos cobayas, que no escuchó el ruido de la puerta principal hasta que Mariana no se presentó en el patio.

El grito de su esposa devolvió a Miguel a la realidad.

—¡Dios bendito, Miguel! ¿De dónde has sacado a esas... esas...? —pero la mujer era incapaz de encontrar palabras que pudieran describir lo que contemplaban sus ojos.

El muchacho acudió presto junto a su desconcertada esposa, y la rodeó con un fuerte abrazo.

—¡Tú lo has dicho perfectamente, mi amada Mariana! Dios nos ha bendecido. Y lo ha hecho

con estos dos muchachos que han llamado hoy a nuestra puerta. Míralos bien, pues ellos sin duda van a traer riqueza y fortuna al seno de nuestra humilde familia.

Sin embargo Mariana no se quedó muy convencida con aquella explicación y continuó observando con aprehensión a tan extraños duendecillos verdes. Por fin la niña se decidió a aproximarse a la mujer, y con gesto curioso, apoyó su verde rostro contra la barriga de la embarazada, que después de siete meses comenzaba a mostrar cierto grado de volumen.

La primera reacción de Mariana fue de repulsa, no obstante Miguel se apresuró a retenerla con un cálido, pero tenso abrazo, y permitió que la niña continuara con su exploración. Cuando ésta terminó de esculcarla, alzó la cabeza y esbozó una sonrisa tan tierna como inocente. Dijo algo en su indómito lenguaje y acabó la frase con una risilla tan infantil como dulce.

De aquel modo Gretel –pues así acabaron bautizando a la niña verde, en honor a aquel viejo cuento popular que las abuelas relatan a los nietos– se ganó la confianza, y también el cariño, de Mariana. Hansel en cambio se mostró reacio a confraternizar con los humanos, y permaneció apartado durante todo aquel tiempo, posiblemente maquinando los horribles acontecimientos que se sucederían en los días venideros.

La convivencia con Hansel y Gretel al principio fue usual y tranquila. Sin embargo tuvieron que asumir ciertas características que los diferenciaba de la raza verde.

El primer conflicto llegó a las pocas horas de convivencia. Gretel, que se había pasado la tarde contemplando las flores, se plantó ante Mariana y comenzó a hacer gestos con la boca, y a acariciarse con ansia el estómago. Miguel no supo muy bien lo que la niña quería decir, pero Mariana, más avispada, adivinó rápidamente lo

que significaban aquellos gestos.

–¡Quiere comida! –exclamó chasqueando los dedos.

Miguel los llevó al comedor y los sentó ante la mesa, mientras tanto Mariana preparó en el fogón chistorras, morcilla, cordero, judías y champiñones. Cuando plantó las bandejas en la mesa, los niños hicieron muecas de desagrado y apartaron la carne, en cambio devoraron ociosos las judías y los champiñones. Pronto los dos humanos comprendieron que la dieta de aquellos dos mozos debía basarse únicamente en hortalizas, frutas y verduras. La carne y el pescado eran nocivos para ellos, así que procuraron siempre apartarlos de su régimen de comidas.

Otro factor que tuvieron que tener en cuenta fue el efecto que les producía el exceso de sol.

Cuando pasaban demasiadas horas en el patio jugando bajo la luz solar, su piel clareaba hasta volverse demasiado tenue, y de pronto enfermaban y se veían obligados a guardar cama. De ese modo, Hansel y Gretel tenían que pasar la mayor parte del tiempo dentro de casa, refugiados de la claridad del día y conviviendo con las tinieblas. Tal circunstancia ayudó a Miguel en la ardua tarea de mantenerlos ocultos a los ojos de sus vecinos.

Salvados estos dos traumas, la convivencia con los dos hermanos fue apacible y sencilla durante los primeros días. La niña mostraba un amor y una capacidad de adaptación fuera de lo común. Aceptaba sin reparos la compañía de Miguel y Mariana, a pesar de que se veía obligada a permanecer oculta de sol a sol en la casa. Por las mañanas ayudaba a Mariana en las tareas domésticas, y por las tardes le hacía compañía junto al fuego. Miguel compró una hamaca diminuta, y la colocó junto a la de su esposa, y en el ocaso del día, ambas pasaban las horas meciéndose bajo el candor de la lumbre, haciendo calceta o zurciendo calzas y paños de cocina.

Hansel, en cambio, era otro cantar. No se esforzaba por nada ni por nadie, ni tan siquiera por su complaciente hermana, que una y otra vez le reprendía por su carácter díscolo y malcarado. Pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto, contemplando el cielo y la luna, y suspirando por una tierra que había abandonado. Cuando Miguel trataba de llamar su atención con alguna excusa, éste respondía con gritos y gruñidos, e incluso llegaba a enseñar los dientes, como un perro enrabiado. Por las noches no dormía, y más de una vez Miguel podía escucharlo desde la cama, correteando por la casa y husmeando en la oscuridad.

Aquella situación provocaba cierto miedo en Mariana, pero Miguel siempre acababa consolándola con besos y arrumacos, asegurándole por su vida, que aquellos dos niños verdes eran inocentes e inofensivos. Sin embargo ni tan siquiera el propio Miguel se creía sus argumentos, pues cuando en la madrugada escuchaba a Hansel husmear en el piso de abajo, o corretear arriba, en el granero, esparciendo la paja y persiguiendo a las ratas, notaba un escalofrío por todo el cuerpo, y se tapaba con la sábana hasta las orejas, sintiendo un nudo en el estómago.

Aun así el interés que Miguel sentía por aquellas criaturas no decreció en absoluto, incluso podría asegurarse que aumentó si cabe en los días que acontecieron tras el casual encuentro. Hasta tal punto llegó la obsesión de Miguel, que presentó excusas a don Sergio, y rechazó el trabajo en la hacienda, dejando su puesto al insidioso Victor Ballester –que ya por aquél entonces comenzaba a encontrar extraña la conducta de su antiguo patrón –.

Mariana montó en cólera al saber que Miguel había abandonado la colocación, pero el antiguo capataz juró y perjuró que a raíz del encuentro con los niños verdes, su vida estaba abocada al éxito. Una vez que les hubieran enseñado a

hablar, y que sus modales fueran satisfactorios, los llevaría a Barcelona y los presentaría en público.

–¿Cómo una rareza de feria? –preguntó Mariana nada satisfecha con aquella decisión–. ¿Vas a ponerlos a merced de los científicos como si fueran simples especímenes a los que estudiar y examinar? ¿O quizás los lleves a algún circo para exhibirlos como a los enanos, a los payasos o a las deformidades?

–No, no, no, no, ni hablar –respondió rápidamente Miguel, mientras paseaba en círculos por la habitación, alisándose el pelo con gesto nervioso y desabrochándose el cuello de la camisa. Ante la lumbre, Gretel lo observaba con curiosidad, sin llegar a saber el por qué de aquel comportamiento tan extraño. Hansel, como siempre, estaba encerrado arriba, en el granero–. No voy a permitir que les hagan nada malo –continuó–, pero si el Señor los ha puesto en nuestro camino, será por alguna razón especial, y no hay orden ni mandato que nos prohíba presentarlos en sociedad. Pero no en Banjos, pues no dudarían en quitárnoslos y sacar partido de ellos.

«Iremos a Barcelona y allí los presentaremos ante el intendente. Argumentaremos que son nuestros de nacimiento, que los encontramos a orillas del Lago y que han convivido con nosotros desde que no eran más que retoños, criándolos como nuestros propios hijos. Entonces no habrá ley divina que pueda arrebatárnoslos, y por añadidura, podremos sacar algún provecho de su existencia.

Mariana no puso muy buena cara, y durante dos días le retiró la palabra. Pero a Miguel poco le importaba. Su obsesión por los niños verdes había llegado hasta un punto en donde la curiosidad se convertía en una fascinación tan dañina que casi rozaba el fanatismo. Se pasaba la mayoría de los días encerrado en su estudio, escribiendo en su diario, o leyendo libros sobre

fábulas y misterios. Pero por más que amontonaba tratados y estudios, no encontraba respuestas para la existencia de aquella raza verde que había surgido de lo más hondo de la montaña.

En más de una ocasión Miguel regresaría a la gruta junto al lago, y armado con un farol, la recorrería de cabo a rabo. Sin embargo allí habían tantas grietas y agujeros, practicables para un niño, pero imposibles para un adulto, que tuvo que darse por vencido, y desestimar todo rastro procedente de las montañas.

Aquello enfebreció aun más su mente, instigándole a pasar más y más tiempo encerrado en su cuartucho. A veces contaba con la colaboración de Gretel, que se sometía mansamente a las pruebas que Miguel demandaba. Con una jeringa le sacó sangre, y anonadado descubrió que era verde. Trató de enseñarle catalán y castellano, pero el dialecto de aquellos seres era tan diferente al cristiano, que les costaba Dios y ayuda progresar en aquel campo. Por fin Mariana, que cada vez se sentía más desatendida por Miguel, se negó en redondo a que Gretel fuera el objeto de sus experimentos.

En tal caso, Miguel tuvo que recurrir a Hansel, que ya por entonces se había convertido en una sombra lóbrega que se arrastraba por las tinieblas del cobertizo. En cuanto entró en el pajar, sintió un vuelco en el estómago ante el hedor a heces y a meados que desprendían los montones de heno. Horripilado, buscó al niño y lo encontró en un rincón, entre los hierros retorcidos de un arado y los despojos de una vieja noria. Miguel se preguntó porqué habían permitido que aquel mancebo degenerara hasta tal punto. La respuesta que acudió a su mente fue tan tenebrosa como contundente: Hansel transmitía un aura maligna que acuciaba el corazón y causaba una fuerte sensación de temor.

Cuando fue a cogerle la mano, el niño saltó de las sombras y le mordió la diestra. Miguel gritó horrorizado cuando la criatura apretó con

tanta saña los dientes, que le arrancó el dedo meñique de cuajo. Incapaz de soportar el dolor, observó como Hansel escupía el dedo, y su boca, que exhibía una tétrica sonrisa, estaba manchada de sangre. Tambaleándose por la impresión, cogió un hierro de un rincón de la jaula, y antes de que pudiera escapar, le propinó tal tunda de palos, que Hansel cayó exhausto en el suelo, después cerró la puerta del granero, y la atrancó con una silla.

Horrorizado, bajó las escaleras corriendo, y le mostró el muñón a Mariana, que incapaz de soportar aquella visión, palideció por completo y a punto estuvo de caer desmayada.

–¡Tienes que ir a visitar a don Julián! ¡Quizás el pueda cosértelo, o te suministre alguna medicina que atenúe el dolor!

Pero Miguel, sudoroso y presa de fuertes fiebres, se dejó caer en la hamaca, y enloquecido por el sufrimiento, se meció ante la lumbre, presa de un arrebató histérico.

–¡Se ha convertido en monstruo, Mariana! –su mirada yacía perdida entre las llamas, y todo su cuerpo se convulsionaba presa de fuertes espasmos–. ¡En un monstruo horripilante y abyecto! Un ser que convive con las tinieblas, y que sin duda procede del mismísimo infierno. ¡Oh, Dios misericordioso, cuanta razón tenía Carlos!

Gretel, que temblaba angustiada en un rincón, observaba con horror los desvelos de su benefactor. Seguía sin comprender su idioma, pero por el tono de su voz era consciente que su hermano había hecho algo malo, muy malo. Pronto comenzó a llorar, y sus lamentos se entrecruzaron con los gemidos de Miguel.

–Querido...–balbuceó Mariana acariciando la frente de su esposo y sintiendo como ésta ardía de fiebre–. Tienes que ir a ver al doctor. Don Julián te dará algo para paliar el dolor...

–¡No puede ser! –la cortó Miguel revolviéndose en su asiento y pataleando por el dolor–. ¡Harían

preguntas! ¡Demasiadas preguntas! ¡Relacionarían este accidente con mi ausencia en los campos! ¡No! ¡No puedo ir a ver a don Julián! ¡Esa es mi última palabra!

Y dicho esto, Miguel se incorporó renqueante, y se arrastró hasta la cama, dejando tras de sí un rastro espeso de sangre. A pesar que era verano, se tapó con dos mantas y no dejó de tiritar en toda la noche. Su tez estaba tan pálida, y la fiebre le subió tanto, que Mariana llegó a pensar que pudiese morir.

Mientras tanto, en el piso de arriba, Hansel gritaba y pataleaba como el mismísimo diablo, arrojándose contra la puerta, y haciéndola estremecerse con cada golpe.

–Debes... debes asegurar la puerta... con tablas...–masculló Miguel en pleno delirio, agarrando a Mariana con fuerza por el brazo–. No dejes que escape. Por el amor divino. No dejes que escape.

Y Mariana, muerta de miedo, obedeció. Dejó a Miguel al cuidado de Gretel, y temblando como una posesa, subió las escaleras que llevaban hasta el cobertizo, y armada con tablas, y un martillo, aseguró perfectamente la puerta. Mientras clavaba las puntas, escuchaba al niño berrear y maldecir en su extraño idioma. De vez en cuando podía sentir como se arrojaba contra la puerta con todo el peso de su cuerpo, entonces las maderas temblaban y los goznes amenazaban con soltarse. Por suerte Mariana terminó la faena a tiempo, y regresó presta con Miguel.

Gretel seguía a su lado, acurrucada contra su cuerpo, y arropándole con todo el calor que podía proporcionarle.

–Ya está, amor mío –murmuró cogiéndole la mano sana, y observando como los lienzos habían cambiado del blanco impoluto al rojo. Pero Miguel dormía profundamente, debatiéndose a menudo en un sueño intranquilo con profundos temblores.

Mariana le cambió la cataplasma del muñón, que estaba completamente manchada de sangre,

y marchó rauda a la botica de la aldea. Allí alegó que Miguel se había cortado con la sierra, y compró ungüentos para la fiebre y medicinas para cortar la infección y calmar el dolor. Cuando regresó a la casa, Miguel estaba lívido como un cadáver y Gretel lloraba desconsolada, presa del miedo y el abatimiento.

En el piso de arriba, el pequeño diablillo se había calmado y guardaba un intenso y acuciante silencio.

Durante toda la noche, Miguel estuvo postrado en la cama, presa de fuertes ataques de fiebre, y delirando como un perturbado. En la mañana recobró la conciencia, y rodeó con sus brazos a la exhausta Mariana, que en ningún momento se había separado de su lado. Ella rompió a llorar al verlo despierto, pues la mayor parte del tiempo que había durado aquel calvario, más segura había estado de que su amado se hallaba más cerca de las puertas del otro mundo que del nuestro.

Gretel también acudió con presteza a su lado, y de un brinco se subió a la cama y lo abrazó con todas sus fuerzas, rompiendo a llorar con el mismo alivio que Mariana.

Miguel, radiante de felicidad, apretó contra su seno a las dos mujeres, y aliviado dio gracias a Dios porque no hubiera abandonado aquel mundo sin ver al hijo que Mariana guardaba en su vientre.

Tras aquel incidente, Miguel perdió toda la curiosidad que había sentido en un primer momento por el origen de los dos niños verdes, y aunó todo su interés en comprender a la inocente Gretel, que solícita como siempre, se comportaba como su propia hija, velando por la salud de su benefactor y cuidando de Mariana, que cada vez precisaba de más atenciones.

Aunque todavía se sentía débil, Miguel acabó instalando una trampilla en la puerta del cobertizo por la que poder introducir la comida sin tener

que traspasar el umbral. Desde entonces aquel oscuro rincón de la casa se convirtió en un cadalso, y Hansel en un reo sin derecho a la libertad. La única que se aproximaba a la puerta era Gretel, pero jamás contravenía las órdenes de Miguel, que con señas le había indicado que jamás arrancase las tablas, ni facilitara ayuda a su hermano. Así pues, la mayoría de las veces se quedaba en el umbral, observando con mirada perdida la puerta de madera y cuchicheando sola en su extraño idioma. Hansel jamás le respondía, aunque Miguel estaba seguro de que en su encierro él podía escucharla perfectamente, pero prefería permanecer silencioso, como una tumba.

Mariana, por su parte, jamás se acercaba a aquella parte de la casa. Aborrecía a la criatura que yacía al otro lado. Ya no lo llamaba Hansel, sino que siempre que se refería a él, lo hacía con el nombre de *aquello*, o con el de *eso*, o invocaba a cualquiera de las acepciones que recibía el demonio. Temía a Hansel tanto como lo odiaba, y tras el horrible incidente del dedo, prefería verlo muerto que cohabitando en la misma casa que ellos.

Sin embargo Miguel no estaba dispuesto a desprenderse del muchacho. Él lo había traído consigo desde las montañas, y aunque su carácter era diametralmente opuesto al de Gretel –que cada día que pasaba era más cariñosa y humana–, no estaba dispuesto a dejarlo marchar y acarrear con el cargo de conciencia de soltar a un demonio malvado en los páramos de Banjos. Hansel era su responsabilidad y apechugaría con él hasta las últimas consecuencias.

El caprichoso destino quiso que éstas no tardaran mucho en llegar.

Transcurrido un mes desde el descubrimiento de los niños verdes en la gruta, y casi una semana y media después de que Miguel perdiera su dedo meñique, aconteció un incidente que sacudiría para siempre la existencia del antiguo capataz.

Todo comenzó una tarde del mes de septiembre, cuando el sol se ponía tras las montañas, dejando paso a una noche cada vez más vespertina. Mariana reposaba en el lecho, en compañía de Gretel. Conforme pasaban los días, el embarazo se volvía más pesado y la pobre mujer necesitaba más horas de descanso, pues los mareos y los traumas eran casi seguidos.

Miguel se mecía junto al fuego, con la mirada perdida y replanteándose una y otra vez la vida. Los ahorros se les acababan y conforme más cerca estaba la llegada del bebé, mayores eran los gastos que tenían que afrontar. Comenzaba a rondarle la idea de acudir a don Sergio y demandar un trabajo en la hacienda, aunque fuera de peón. Necesitaban líquido fresco para sufragar los gastos que llegarían con el nacimiento del bebé, y la conjetura de enriquecerse a costa de Gretel ahora se le antojaba deleznable y sucia. Había dejado de verla como a un ser extraño, y por muchos motivos, la consideraba como su propia hija, sangre de su sangre. Por nada del mundo soportaría verla humillada bajo las agujas de los médicos o los intrincados artefactos de los científicos.

Tampoco se planteaba la idea de utilizar a Hansel. El muchacho, aparte de salvaje y diabólico, era tan sólo una pieza de un intrincado rompecabezas. Temía que si entregaba a Hansel a las autoridades, de alguna manera la existencia de Gretel saliese a la luz, y la sola idea de perder a la muchacha se le antojaba insoportable.

Perdido estaba en aquellas elucubraciones, cuando un grito espeluznante, seguido de un fuerte golpe, le llegó desde el cobertizo. Con el corazón en un puño y temiendo que la criatura hubiera podido liberarse, subió precipitadamente hasta el tercer piso, y cruzó el largo y oscuro pasillo que conducía hasta la puerta del granero. Allí se encontró con Gretel, arrodillada frente al umbral de la puerta, y arañando con sus uñas la bruñida superficie de madera. En cuanto

apareció Miguel, la niña se arrojó a sus pies y lloriqueó desesperada.

El mozo la apartó a un lado, y armándose con una palanca, arrancó las baldas que fijaban la entrada. Después propinó una patada a la cancela, y ésta se abrió con tal estrépito, que a punto estuvo de saltar por los aires. Lo primero que sintió Miguel al traspasar el umbral, fue tal hedor a comida descompuesta, carroña, heces y meados, que a punto estuvo de caer al suelo desplomado. Si hacía poco más de una semana y media el olor que reinaba en aquel cuchitril era nauseabundo, aquel día era poco menos que nocivo.

Miguel se tapó la nariz y la boca con un pañuelo, y empuñando la palanca con su mano de cuatro dedos, se enfrentó a la oscuridad. En cuanto puso un pie dentro de la estancia, escuchó la respiración gorgoteante y pesada del niño. Procedía de un rincón apartado, pero las tinieblas eran tan intensas, que Miguel tan solo discernía una silueta perdida. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al ver la sangre seca que impregnaba las tablas del suelo –un infausto recuerdo de la última vez que había pisado aquel lugar–; inevitablemente el miedo se volvió insoportable.

Aun así siguió adelante, abandonando el amparo que ofrecía la claridad que se filtraba por el hueco de la puerta, y dejando atrás los lamentos de Gretel, cuya sombra se alargaba sibilina e interminable por buena parte de la estancia.

Con la respiración entrecortada del niño incrustada en su cerebro, y sosteniendo bien alto la palanca, se aproximó al bulto resollante que yacía pálido entre las sombras. Hansel no respondió a su presencia. De su garganta tan solo emergía un arrullo desgarrado, y su vientre subía y bajaba con una cadencia anormal.

Miguel soltó la palanca al comprender que el niño yacía moribundo, y que aquel grito desesperado que había llamado su atención, no

era más que una súplica postrera dirigida a los carceleros que velaban por él.

Atenazado por la inquietud, sin saber qué hacer o cómo actuar, cargó con el pequeño y lo sacó de la rancia atmósfera del granero, después lo bajó hasta el comedor, y arrojando al suelo todo cuanto se amontonaba en la mesa, extendió un blanco lienzo, y depositó al pequeño sobre él. Gretel, que no se había separado de su sombra en ningún momento, se inclinó sobre su hermano y palideció al contemplar su aspecto.

El tono verde esmeralda de Hansel había decolorado hasta adquirir un tono verdoso tan claro, que parecía leche amarga. Bajo el resplandor de las llamas, que desterraban las mortajas negras propagadas por la noche, aquella criatura había perdido todo rasgo humano. Se había convertido en el ser diabólico y corrupto que plagaban las pesadillas de Miguel.

Con el corazón apelmazado por el miedo, subió a la alcoba y comprobó que Mariana dormía plácidamente en su lecho, sin ser consciente de nada de lo que pasaba en la casa. Tembloroso, cerró la puerta con firmeza, y regresó al salón, donde Gretel demandaba su presencia con gimoteos y lloros.

–¿Qué puedo hacer? –balbuceó Miguel incapaz de imaginar una solución para curar a Hansel de su mal.

Pero Gretel en poco podía ayudarle, pues sus gritos y balbuceos sonaban tan extraños como el primer día, y sus ojos transmitían la misma impotencia que los de Miguel.

E hilvanando los finos hilos que entretejen la tensa red del destino, se produjo entonces una llamada a la puerta que provocó que el corazón de Miguel estuviera a punto de salirse del pecho. Horrorizado, miró por la ventana, y vio que ya era noche cerrada. ¿Quién diablos llamaba entonces a su casa?

Permaneció silencioso como una tumba, aguardando a que fuese quién fuese, siguiera

su camino y no importunara de nuevo. Los únicos sonidos que podían escucharse eran los hipos de Gretel, que le contemplaba con cara de no comprender nada, los suspiros de Hansel, cada vez más apagados, y el cantar de los grillos en el patio trasero de la casa.

El segundo y el tercer repiqueteo en la puerta, le hizo comprender que aquél misterioso visitante no se marcharía como si tal cosa. Probablemente hubiera visto luz desde la calle, y ya era demasiado tarde para despistar haciéndose el dormido. Sin perder un minuto de tiempo, sacó una manta de la cómoda, y tapó a Hansel con ella, más por prudencia que porque realmente la necesitara. Después le hizo señas a Gretel para que guardara silencio, y corrió al recibidor.

Al abrir la puerta se quedó estupefacto, pues en el umbral aguardaba Daniel Hervás, padre de Carlos Hervás, el muchacho que con tanto tino, había ligado su destino con el de los dos hermanos verdes. Miguel sufrió un sobresalto, pues la imagen del anciano más parecía la de un espectro de la Santa Compañía, que la de un ser humano.

Yacía con un abrigo sobre los hombros, pálido como un muerto, y con las manos enroscadas y temblorosas.

–¡Cielo santo, don Daniel! ¿Qué hace fuera de su casa a una hora tan tardía?

El anciano echó a llorar desconsolado, y tal fue su desfallecimiento, que a punto estuvo de caer en los brazos de Miguel.

–¡Mi Carlos! –gritó con un nudo en la garganta, roto todo resquicio de templanza–. ¡Han encontrado a mi Carlos, muerto y apaleado en una acequia!

La noticia cogió por sorpresa a Miguel, que desde la última vez que había visto al muchacho a los pies de la gruta del lago, ya nada había sabido de él, a pesar de la buena amistad que lo unía a su anciano padre.

–¿Có-cómo ha sido eso? –balbuceó Miguel estupefacto, sintiendo que aquella tétrica noche

el mundo se le venía encima.

–No lo sé, mi buen Miguel. El alguacil vino a mi casa para comunicarme el atentado, después marchó como si tal cosa, citándome en el cuartelillo. ¡Que el cielo me ampare! ¡Mi pobre Carlos!–. El viejo rompió a llorar y se hizo necesaria la intervención de Miguel para que no se desplomara en el suelo.

Daniel Hervás era viudo desde hacía más de diez años, su único hijo era Carlos, y tras la muerte de éste, se quedaba solo en la vida.

–Don Daniel –murmuró Miguel, tratando de hacer reaccionar al vejete–. ¿Ha acudido ya a la intendencia?

–N-no pude. No tengo valor para ir solo. Vine a tu casa, Miguel, porque Carlos siempre confiaba en ti.

El anciano se aferró a su brazo con una garra tan poderosa, que dejó los dedos marcados en su piel. Miguel comprendió de inmediato la súplica del anciano; quería que lo acompañase, que lo guiara en aquél trance tortuoso de vislumbrar por primera vez el cuerpo inerte de su único hijo.

Sin embargo el deber de Miguel estaba dentro de su propia casa, bajo una manta que muy pronto se convertiría en una mortaja. Durante unos segundos vaciló. El recuerdo fúnebre de Hansel le martirizaba sin descanso, pero don Daniel yacía entre sus brazos, desvalido y presa de terribles temblores. A aquella circunstancia se le unió un palpito. Un palpito que le indicaba que debía seguir al anciano, pues los asesinatos en Banjos no eran ni mucho menos frecuentes, y la desgracia del pobre Carlos quizás ocultase alguna extraña circunstancia.

Con una sombra en los ojos, Miguel indicó al anciano que aguardara fuera.

–Esperadme, volveré enseguida. Debo de avisar a Mariana que saldré de casa. En su estado las sorpresas nunca son buenas.

El viejo afirmó con la cabeza, pero por la

crispación que emanaba de sus pupilas daba la impresión de que se hallaba en un mundo diferente al nuestro.

Miguel juntó la puerta, y corrió al comedor, allí Hansel seguía bajo la manta. Su vientre subía y bajaba, lentamente pero de forma estable. Miguel sintió un escalofrío al ver aquel bulto. Instintivamente observó su mano deforme y el hueco donde debería estar su dedo meñique. Una sonrisa apareció en sus labios, una sonrisa sádica y maliciosa.

–Ojalá estés muerto cuando vuelva –musitó sin importarle que Gretel yaciera al lado del postrado.

Después subió a su habitación y comprobó que Mariana dormitaba todavía en el lecho. Procurando hacer el menor ruido posible, sacó apresuradamente un pellejo del armario, y un sombrero de ala ancha; depositó un beso en la mejilla sonrojada de su esposa, y ésta se removió inquieta, gimiendo por algún sueño poco agradable.

–Volveré enseguida amor –murmuró en su oído.

Ella no despertó. Su sueño era muy profundo.

Miguel partió apresurado. Ya se encontraba al pie de la escalera y tomaba rumbo del pasillo, cuando una sombra se cruzó en su camino. Gretel, con el rostro envuelto en lágrimas, y el pelo revuelto, le observaba con una expresión de súplica en el rostro.

–Ahora no puedo atenderte. Debo marchar –musitó Miguel procurando evitar la mirada acuciante de la niña.

Pero ésta no se dio por vencida, y tiró de su brazo, señalando con ansias el comedor.

–Volveré enseguida –replicó el hombre, desembarazándose de las manitas de la niña.

Gretel trató de llamar la atención de Miguel chapurreando en su extraño dialecto, pero el antiguo capataz no estaba de humor para descifrar aquel terrible galimatías.

Pasó junto al comedor, y apenas le prestó atención al bulto que seguía sobre la mesa, en la misma posición que lo había dejado minutos antes.

Antes de salir por la puerta, escuchó por última vez la voz de la niña, y aunque llegó a pensar que era presa de una alucinación, las palabras que pronunció resonaron claramente en su subconsciente, reverberando en su cerebro como el aleteo de una mariposa negra.

–Han–Hansel...

Miguel sintió un pinchazo muy hondo justo en el corazón. Sin embargo no tuvo tiempo de volverse, la puerta estaba abierta, y Daniel Hervás lo observaba desde el umbral. Por suerte el anciano estaba tan imbuido por su propio dolor, que ni tan siquiera reparó en la vocecilla infantil que llegó desde el fondo del pasillo.

Hansel, había dicho Hansel. No cabía la menor duda.

–Vamos. No perdamos más tiempo –masculló Miguel arropándose con la pelliza, y tratando de desterrar en vano la voz de Gretel de su cabeza.

El anciano afirmó con un lastimero suspiro, y juntos fueron calle abajo, caminando presurosos bajo el resplandor de una luna llena y hermosa.

En las dependencias del cuartelillo encontraron a Ventura Ballester, alguacil del pueblo, a su hijo Victor, que había hecho el descubrimiento del cuerpo, y a don Julián Cebrián, médico de la contornada.

El cuerpo de la víctima estaba tendido sobre una mesa de autopsias, completamente desnudo y embadurnado de barro. Don Julián aguardaba la llegada de su señor padre para comenzar con la autopsia, sin embargo no era muy difícil aclarar cual había sido el objeto de tan macabra muerte. Su faz estaba llena de cardenales, la nariz aplastada, la parte derecha del rostro completamente hundida, la mandíbula desencajada, el cráneo desfigurado. También

tenía varios dedos rotos, y le habían asestado diversos navajazos en el vientre y en los muslos; por no mencionar la segunda sonrisa que habían dibujado justo bajo su yugular, lo que con toda probabilidad le había causado la muerte.

Cuando el anciano puso los ojos en él, se desmoronó en el suelo, roto por el llanto y el dolor. Don Julián lo llevó aparte, y tuvo que administrarle aire para que no sufriera un ataque allí mismo. Los gemidos del viejo llenaron los rincones de aquel sucio tugurio.

Miguel, horrorizado, contempló el rostro deforme del chico y sintió un escalofrío al vislumbrar sus ojos. Éstos se retorcían en una mueca desesperada, expeliendo tal terror que encogía el alma de solo verlos. Aquella expresión recordaba a la misma que Miguel había vislumbrado el día en que el inocente mozalbete le había acompañado hasta la...

La boca se le quedó seca y un mal palpito sofocó su corazón.

Azorado, alzó los ojos, y se encontró con la mirada escrutadora de Víctor Ballester, y su padre Ventura, un hombre fornido, de amplia papada, y de músculos lustrosos como jamones. Padre e hijo le observaban con ojos perniciosos, como si compartieran algún secreto que Miguel desconocía.

–¿Dónde lo encontrasteis?

–Ese dato no es de uso público –inquirió Ventura con un gruñido.

–Carlos era mi amigo. Tengo derecho a saberlo.

El alguacil se volvió hacia su hijo, y se cruzó de hombros despreocupado, arrugando sus gruesos morros.

–Mi hijo lo encontró junto al lago, en una de las acequias. Hundido y molido a palos. ¿Tienes algún dato que aportar?

Miguel, sin apartar la mirada del rostro retorcido del muchacho, negó con la cabeza.

–Se cuentan muchos chismes por ahí, Miguel

–insistió el alguacil–. En los últimos días el chico no acudía a la hacienda, y don Sergio llevaba tiempo insistiendo en que lo devolviéramos al trabajo, pues no había pedido baja ni despido. Cuando acudíamos a su padre, la respuesta siempre era la misma: el muchacho estaba enfermo y no estaba capacitado para trabajar. ¿Por qué?

Miguel se cruzó de hombros y apartó la mirada.

–Los costaleros insisten en que el último día que Carlos vino al tajo, a mediados del mes de agosto, lo vieron aparecer aterrado –esta vez era Víctor el que había tomado la palabra–. Tan pálido y tembloroso que daba grima de sólo verlo. Todos aseguran que usted partió junto a él hacia un destino desconocido.

–¿Desconocido? Fuimos simplemente a por estiércol.

–En cambio otros dicen que marcharon hacia el norte, justo hacia el lago –insistió Víctor–. El mismo lugar donde esta noche ha aparecido el cuerpo del rapaz.

El antiguo capataz parpadeó perplejo y observó los rostros huraños y malcarados del alguacil y su hijo.

–¿Están acusándome de algo? –balbuceó Miguel.

No obtuvo respuesta.

–Si tratan de difamarme sepan ustedes que he pasado el día junto a Mariana, velando por ella, pues su estado no es para descuidarla.

–Quizás el altercado no se haya producido durante el día de hoy –rezongó el alguacil–. Podría ser que el cuerpo estuviera tieso ya cierto tiempo.

–No saben lo que dicen –inquirió Miguel cada vez más nervioso–. La última vez que vi al muchacho fue cuando todo el mundo, en la hacienda. Pregúntenle al padre, quizás él sepa algo más.

–Daniel Hervás insiste en que el chico

desapareció de la casa hará cosa de tres días, en extrañas circunstancias –respondió Ventura–. Desde que pasó el mes de agosto, Carlos pasaba los días encerrado en su habitación, negándose a ver a nadie. ¿Por qué?

–¡Y yo qué diablos sé! –exclamó Miguel perdiendo completamente los papeles–. Si están acusándome de asesinato sería conveniente que aportasen pruebas o algún tipo de argumento cuanto menos coherente.

En ese momento Victor Ballester esbozó una sonrisa malintencionada.

–¿Por qué le pidió la baja a don Sergio justo cuando el muchacho calló enfermo?

Aquella pregunta cogió a Miguel por sorpresa. La garganta se le quedó seca y sus piernas fueron incapaces de soportar el peso de su cuerpo. Tuvo que apoyarse en la mesa para no perder el equilibrio y no mostrarse débil ante aquellos dos pendencieros.

–¿Aquel medio día de agosto en que se produjeron tan extrañas circunstancias –incitó Victor–, vieron o presenciaron algo que les obligara a tomar aquella decisión?

–Fuimos a por estiércol, maldita sea –siseó Miguel clavando la mirada en el cadáver mutilado del chico y estremeciéndose ante sus ojos desorbitados. Dos cuencas oculares que surgían de un escabroso rastro cubierto por mutilaciones y eccemas–. Las circunstancias por las que dejé mi trabajo son personales. Y por supuesto nada atañen a Carlos y a su inesperada muerte.

Sin embargo los rostros sombríos de Ventura y Victor no parecían muy conformes con aquel argumento. Miguel podía ver en ellos un rastro de sospecha. Una sombra velada de acusación que sin duda iba a causarle problemas en los días venideros.

¿O quizás había algo más?

Miguel volvió a observar detenidamente a Victor, y creyó discernir en su mirada un interés fuera de lo común en todo lo que atañía a aquel

caso. Podía verlo en lo más profundo de sus díscolos ojos, pendientes de cualquier palabra o movimiento que pudiera delatarle.

Una acuciante sensación de ahogo atenazó a Miguel.

–Tengo que irme –inquirió de repente, sintiendo como la atmósfera opresiva del cadalso lo asfixiaba lentamente.

–¿Tan pronto piensa dejarnos? –se apresuró a retenerlo Ventura.

–Mi mujer está sola en casa y su estado no es el adecuado para que la descuide.

–Comprendo –murmuró el alguacil. Y sin más, Miguel se dispuso a abandonar la claustrofóbica habitación, sintiendo un agudo pinchazo implantado en la base de la sien. Sin embargo no había traspasado el umbral de la puerta, cuando la voz del hombretón volvió a llamar su atención–. ¿Cómo se ha hecho eso?

Miguel se volvió desconcertado y observó que Ventura escudriñaba con curiosidad la cicatriz que marcaba la amputación de su mano diestra.

–¿Mi dedo?

El hombretón afirmó con un cabeceo.

–Me lo corté con la sierra mientras trabajaba en casa.

–Un desgraciado accidente –siseó Ventura, y una ristra de dientes rancios y retorcidos aparecieron cuando su boca se entreabrió en una truculenta sonrisa.

Miguel no se tomó la molestia de responder. Indignado, dio media vuelta y abandonó la sala de autopsias precipitadamente. Cuando emergió en el pasillo, y el aire fresco de la noche acarició su rostro, llevándose consigo el hedor a gangrena y podredumbre, sintió como la tensión y el mareo que le habían atenazado en presencia del alguacil y de su hijo se disipaban lentamente.

Sin detenerse a hacer cábalas, pasó junto a las dependencias privadas del intendente y observó a don Julián atendiendo al desolado Daniel Hervás. El anciano estaba recostado sobre

una silla, con la cabeza hacia atrás, y la mirada perdida. El doctor le suministraba friegas con un trapo húmedo y una mugrienta palangana, al tiempo que le hacía aire.

Miguel se sintió culpable por tener que abandonar al anciano en aquel estado, pero no estaba dispuesto a someterse una vez más al interrogatorio del alguacil y su hijo. Había algo en ellos perturbador. Al principio había tomado su interrogatorio como una acusación velada de asesinato, sin embargo, conforme se sucedían las preguntas, había llegado a pensar que aquellos dos hombres trataban de sonsacarle algo que nada tenía que ver con el asesinato de Carlos Hervás, algo más concerniente al secreto que guardaba en su propia casa.

La sensación de asfixia volvió a crecer en su interior, y acuciado por las prisas, abandonó la penitenciaría sin volver la mirada. Fuera hacía una noche hermosa. Miles de estrellas llenaban el cielo de Banjos, y una gran luna llena parecía presidir todo el valle, tintando de plata las paredes blancas de las casas.

Miguel se arrebujo en su abrigo, pues las noches de septiembre comenzaban a verse teñidas por un hálito frío, y caminó despacio hacia su casa, reflexionando sobre todo lo que había sucedido en el correccional. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que apenas llegó a discernir como la calesa de don Sergio de García subía por una de las cuestas del pueblo, rumbo hacia las dependencias del alguacil y levantando tras de sí una nube de polvo.

Le llevó cierto tiempo llegar hasta la casa, sin embargo, conforme más se aproximaba, un mal palpito iba propagándose por su mente. Al principio no pasó de ser una sensación ufana y dispersa, pero conforme la casa estuvo más próxima, aquel desasosiego creció en su interior; instintivamente sus pies avanzaron a mayor ritmo. Cuando puso sus ojos en el edificio, ya era plenamente consciente de que algo no

marchaba del todo bien.

Presa del miedo, empujó la puerta y atravesó el pasillo precipitadamente. En su ausencia, las luces se habían apagado y la casa estaba a oscuras. Apenas tuvo tiempo de quitarse el abrigo y el sombrero. De algún lugar indeterminado, le llegaba un ahogado sollozo que ponía los pelos de punta. Con el corazón desbocado, irrumpió en el comedor y encendió las velas de un candelabro de mano. Un nudo estranguló su garganta cuando alumbró hacia la mesa y la encontró vacía. La manta que antaño cubriese el cuerpo de Hansel estaba tirada en el suelo, y el cuerpo del infante había desaparecido misteriosamente.

–¡Virgen santa! –exclamó horrorizado.

De pronto aquel lamento estrangulado volvió resonar procedente del piso de arriba. Miguel sintió un escalofrío al oírlo y todos sus temores se centraron en una única persona: Mariana.

Acuciado por un temor insondable que subyugaba cada uno de sus sentidos y los sujetaba a aquel llanto descarnado que nada tenía de humano, regresó al pasillo y enfocó la escalera que subía hasta los dormitorios. Un mundo negro apareció ante sus ojos. Los peldaños lúgubres y añejos le daban la bienvenida a un abismo tenebroso, una cueva donde el tenue resplandor de las velas apenas lograban desalojar las tinieblas. Miguel era incapaz de imaginar lo que podía llegar a encontrar allá arriba, ni tan siquiera se sentía con fuerzas para imaginarlo. Fuese lo que fuese, iba más allá de su raciocinio.

Aun así, sacó fuerzas de flaqueza, subió el tramo de escaleras y enfocó el largo pasillo que daba paso a las habitaciones. No había el menor rastro de Hansel, lo cual no suponía mayor alivio, pues el chico era capaz de apostarse en cualquier rincón o tras cualquier sombra. La prudencia hizo que avanzase aun más despacio, sobrecogido ante la oscuridad que le rodeaba, y subyugado por aquel llanto que llegaba desde su alcoba.

Deambuló durante una eternidad por el pasillo, incapaz de hacerse a la idea del horror que podía encontrar al final de tan aciago recorrido. Por fin empujó la puerta del dormitorio, y ésta dejó paso a una estancia en donde la negrura parecía dominarlo todo. Enfocó primero hacia la cama y vislumbró a Mariana, inerte y abandonada a un sueño profundo y reparador. A su lado yacía una sombra diminuta, recostada contra el colchón y que parecía a punto de saltar sobre ella. Miguel no le permitió hacerlo. Saltó sobre Hansel y ambos se retorcieron en el suelo.

El niño forcejeó entre sus brazos, pero débil como estaba, apenas pudo defenderse. Miguel golpeó su cabeza contra el suelo, y levantó en alto el candelabro, alumbrando directamente su rostro. Inevitablemente exhaló un suspiro de sorpresa al encontrarse con el rostro de Gretel. La muchacha sollozaba y gimoteaba contra el suelo, con los ojos desbordados por las lágrimas y el histerismo reflejado en su rostro.

Su corazón volvió a bombear con estruendo al comprender que la niña velaba por su amada. Presuroso enfocó hacia el lecho, y antes de que pudiera vislumbrar el rostro de Mariana, pálido, roto por una mortaja lívida, fue consciente de que había muerto.

Yacía con los ojos abiertos, sofocados por el miedo irracional hacia lo desconocido. En todo su cuerpo no había el menor signo de violencia, sin embargo tampoco quedaba hálito alguno de vida. Su corazón había dejado de bombear y con él, el del pequeño ser que se formaba en su vientre.

Miguel lanzó un grito desgarrador que pudo escucharse en toda la casa.

Roto por el dolor, se dejó caer sobre la cama y acarició el rostro de su amada. Mariana no respondió. Su piel estaba tan fría como un témpano de hielo.

La llamó con un chillido desesperado, pero la mujer no respondió.

Instintivamente arrancó el lienzo que cubría su cuerpo, y apoyó el rostro contra su vientre. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al sentirlo tan frío, tan silencioso, tan vacío.

Volvió a gritar con todas sus fuerzas, y su voz acabó estrangulándose en un gemido tortuoso. La llamó una y otra vez, hasta quedarse ronco. Mientras tanto, acunaba su cabeza entre los brazos, con tanto mimo que bien podía haberse tratado de la criatura que ahora jamás llegaría a estrechar en su seno.

Mientras lloraba sin consuelo, con la mente desfragmentada entre la culpa y la agonía, vio como Gretel se arrastraba hasta el resplandor proveniente del candelabro y lo observaba hecha un ovillo, rodeándose las rodillas con los brazos, y meciéndose lentamente, en estado de shock.

–Tú lo has visto todo –balbuceó Miguel sin soltar a Mariana–, dime lo que ha pasado, por favor, dímelo.

Pero la niña no respondía. Estaba traumatizada. Su mirada se difuminaba en el vacío, sin llegar a vislumbrar nada en concreto.

Miles de conjeturas acudieron a la mente de Miguel. La culpa carcomió su corazón al comprender que él era el causante de aquella monstruosidad. Él había marchado dejándola sola. Él lo había sacado del cobertizo y lo había dejado postrado bajo una simple manta. Él había permitido que un monstruo creciera entre las paredes de su hogar. Él había expuesto a Mariana y a su pequeño al salvajismo de un ser desconocido. Él los había llevado a casa. Él era el causante final de aquella situación.

Una vez más se dejó caer sobre la cama y lloró desconsolado, pero a través de los gemidos que conmocionaban todo su ser, escuchó un extraño trino que parecía llegar desde fuera. Se levantó sobresaltado y oteó a través de la ventana que daba al patio anterior.

Allí estaba Hansel, erguido ante el reflejo de la luna y bañado su cuerpo verde por un

resplandor argente que le hacía brillar como una gema preciosa. Levantaba la cabeza hacia el cielo, oteando las estrellas con curiosidad, como el primer día que pisó la casa de Miguel y Mariana; sin embargo aquella noche emitía un extraño cantar, un trino mágico e insólito, que fluía en el ambiente, se mezclaba con la noche, y acababa perdiéndose en la inmensidad.

Gretel farfulló algo, pero ya era demasiado tarde. Miguel era presa de la rabia y había perdido todo hálito de humanidad.

Depositó suavemente a Mariana en la cama, y abandonó la estancia precipitadamente, sin preocuparse de recuperar el candelabro o apoderarse de un arma con la que defenderse. Recorrió las escaleras tropezando con la barandilla y bajando los peldaños de dos en dos. Por su cabeza ni tan siquiera pasó la idea de que estaba a punto de enfrentarse a un ser que le había arrancado un dedo de la mano con un simple mordisco. Estaba loco de rabia, y nada en este mundo podría contener su dolor.

Cuando traspasó el gran arco que separaba el patio posterior del resto de la casa, apenas sintió la humedad que impregnaba el ambiente. Tan solo tenía ojos para la pequeña silueta que se recortaba bajo la luna. Un ser sombrío y amenazante que le había infringido el mayor dolor que jamás nadie podría llegar a causarle.

Rugió con todas sus fuerzas, y Hansel dejó de emitir aquel extraño sonido, y se volvió hacia él sobresaltado. De inmediato, sus dos pequeños ojillos se convirtieron en rendijas rezumantes de odio, y su boca se retorció en un gesto que dejaba entrever unos colmillos puntiagudos y verdes.

Hansel saltó sobre Miguel y le clavó los dientes en el cuello, arrancándole un buen trozo de carne. Pero el humano no sentía dolor. Cualquier flaqueza o desánimo que pudiera experimentar había quedado en la casa, encerrado en una habitación en la que las vidas de las dos personas

que más amaba en aquel mundo se habían perdido para siempre.

Hansel volvió a asestarle una nueva dentellada, esta vez en el hombro derecho, pero Miguel no se amilanó. Todo lo contrario, sacó fuerza de flaqueza y tanteó el suelo, buscando algún arma que pudiera utilizar en su defensa. Mientras sentía como los incisivos de Hansel se clavaban una y otra vez en su carne, sus dedos temblorosos palparon la fría superficie de una piedra de gran tamaño. Apretando los dientes, la agarró con fuerza, y gritando como un loco, la estampó contra el cráneo de la criatura.

El silencio de la noche fue interrumpido por un sonido espeluznante, como el de una sandía madura al quebrarse; después el niño aulló de dolor y cayó vencido hacia atrás. Miguel no le dio tregua y saltó sobre él, aprisionando su pequeño cuerpo entre las piernas. A través de una nebulosa, pudo oír los gimoteos desesperados del niño y sus infructuosas embestidas, aun así cerró los ojos, levantó la piedra con ambas manos, y rugió como un animal al estamparla contra el cráneo del pequeño diablillo verde.

Se estremeció al escuchar como los huesos del cráneo se quebraban bajo sus manos, aun así volvió a levantar la piedra, y la estampó de nuevo contra la cabeza de Hansel, manchándose las ropas con parte de sus sesos y un buen reguero de sangre verde. Pero no satisfecho todavía, levantó por tercera vez el ensangrentado mortero, y lo descargó con más saña, y otra, y otra, y otra... y así hasta mil veces. No contuvo sus ansias hasta que los músculos de sus brazos quedaron exánimes y parte de la cordura perdida regresó a su obturado cerebro. Sólo entonces sintió una presencia tras él que lo espiaba desde el arco de la casa.

Miguel, tembloroso y exhausto, volvió la cabeza y vislumbró a Gretel apostada junto a la puerta, con el rostro tan desencajado que incluso llegaba a ser hilarante.

De pronto Miguel fue consciente que todavía sostenía en alto la piedra con la que había ajusticiado al hermano de la niña. Horrorizado, bajó la mirada y descubrió que estaba completamente embadurnado con trozos de carne, astillas de hueso, y espesos coágulos de sangre verde. Asqueado, arrojó la roca a un lado, y contempló lo que quedaba de la cabeza de Hansel.

Al ver aquella masa informe y glutinosa tuvo ganas de vomitar, y durante unos segundos se sintió tan mareado, que a punto estuvo de desmayarse.

Gretel cayó de rodillas, y con el rostro enterrado entre sus verdes manos, fue presa de fuertes convulsiones. No tardó mucho en comenzar a gritar con aquel desgarrador aullido que ponía los pelos de punta. Fueron tan estruendosos sus lamentos que pudieron escucharse de una ribera a otra del pueblo. Sin embargo a Miguel poco podía importarle. El antiguo capataz había perdido todo anhelo de vida, y consumada la tragedia, sentía como su mente resquebrajada se perdía para siempre en el pueblo de Banjos, junto a los sollozos desquiciados de la niña.

Por suerte los pocos vecinos que escucharon los gritos de Gretel se limitaron a invocar el nombre de Dios, a santiguarse varias veces, y a hacerse un ovillo en la cama mientras trataban de desalojar aquellas horribles voces de su cabeza. Al día siguiente el pueblo entero contemplaría la casa de los Manchón con aprehensión, seguros la mayoría de que tras aquellas paredes había acontecido una horrible desgracia. Pero nadie en Banjos se atrevía a llamar a la puerta y a preguntar por el mal que había acontecido. Todos en la aldea se limitaban a comentar en corrillos los siniestros acontecimientos acaecidos durante la madrugada; pronto el rumor de que el diablo había hecho

acto de presencia se extendió por todo el pueblo.

Todo ello, unido a la repentina muerte de Carlos Hervás, provocó la histeria general. A Miguel le colgaron el San Benito de loco perturbado, e incluso de santero o invocador del diablo. Algunas lenguas pérfidas aseguraban que los sollozos que acompañaron a los de Miguel durante la noche, provenían de una niña virgen que había sido sacrificada para bendecir el pacto lascivo con el Señor del Infierno, otros aseguraban que debía de tratarse de Mariana, que desde aquel infausto día jamás volvió a aparecer por el pueblo.

Miguel hizo correr el rumor entre varios de sus vecinos de confianza que su esposa había marchado a Barcelona para ser atendida por su madre en los últimos meses de embarazo, pero los parroquianos, más dados a cotilleos y a rumores, rechazaron aquella idea, y aseguraron que aquél demente, no contento con la muerte del hijo de don Hervás, había asesinado a su mujer por despecho.

Aquel rumor fue ganando en adeptos conforme pasaron los días y Miguel no hizo acto de presencia en sociedad. El joven capataz pasaba las jornadas encerrado en su casa practicando santería, aseguraban unos, o elucubrando sobre su siguiente crimen, pregonaban otros, pero lo cierto era que nadie estaba del todo seguro de lo que había pasado en realidad. Las sospechas arreciaron cuando Ventura Ballester comenzó a rondar a menudo por la hacienda, vigilándola durante la mayor parte del día. Sin embargo los propósitos del alguacil eran secretos, y nadie llegó a saber jamás a qué era debido el interés de la familia Ballester por aquella casa.

Los días fueron pasando, y conforme los más disparatados rumores iban extendiéndose por el pueblo, Miguel acabó dando la espalda al mundo y se encerró entre las cuatro paredes de su hogar. Rara vez abandonaba su cuarto, enfrascado

siempre en sus experimentos. Apenas comía, y cuando tenía que reabastecerse de víveres, salía durante la noche por la puerta de atrás, y hurtaba la comida de los huertos de sus vecinos, pululando en la oscuridad como un ladrón. Tampoco dormía muchas horas. La mayoría de las noches las pasaba encerrado en su habitación –aunque ya no había nadie en la casa que pudiera distraerle de su trabajo–, o permanecía en vela horas y horas, murmurando y meciéndose como un loco en la vieja hamaca que antaño ocupara su esposa, y contemplando el fuego de la chimenea, sintiendo a su alrededor la oscuridad de la inmensa casa vacía, y con la única compañía de una criatura que deambulaba por los pasillos como un alma en pena.

Así pues, en apenas dos semanas, Miguel adelgazó siete kilos, y su rostro se volvió cadavérico. Pocas veces recibía a sus antiguos vecinos, y cuando se veía obligado a hacerlo, los despachaba rápidamente, sin darles opción a hacer preguntas o a que se interesasen por el estado de la desgraciada Mariana.

Mariana... Cada vez que Miguel recordaba aquel nombre moría un poco más por dentro.

Cuando era capaz de conciliar el sueño, revivía una y otra vez la macabra noche en la que se había visto obligado a cargar con dos pesados fardos envueltos en mantas y asegurados por prietas cuerdas. Uno era más grande, el otro no superaba el metro diez. Ambos apestaban a carne descompuesta, especialmente el pequeño, cuyo hedor era tan nocivo, que durante dos días seguidos Miguel tuvo aquel olor impreso en el paladar.

Al principio había sopesado la idea de hacer una fosa común para ambos. Sin embargo el solo pensamiento de que Mariana pudiera pasar la eternidad reposando junto al cuerpo de aquel diablo verde, le resultó repugnante y optó por separar los nichos. Arrastró los cuerpos bien lejos de Banjos, y en mitad de un cañaveral,

donde las culebras se comían a los sapos, y las arañas tejían sus densas telas, Miguel cavó dos hoyos profundos y ciegos. Allí dejó caer los cuerpos de Hansel y Mariana, amordazado por un intenso sentimiento de culpa y pidiéndole mil veces perdón a la mujer que con tanta devoción había amado en vida. Sin embargo la mente trastornada de Miguel no veía otra solución. Era incapaz de concebir la idea de un entierro digno para Mariana sin tener que afrontar las preguntas insidiosas de sus vecinos o levantar las sospechas de la familia Ballester. Así pues, no tuvo otro remedio que despedirse de su querida esposa y de la criatura que llevaba en su vientre una fría y triste noche de finales del mes de septiembre, con la luna y las estrellas como únicos testigos de aquel angustioso sepelio.

Una vez que los cuerpos estuvieron enterrados, Miguel cayó exhausto y pasó el resto de la noche llorando amargamente entre las cañas. Cuando regresó a casa, sucio, apestando a tierra y a sudor, y con el rostro embadurnado de lodo, ya estaba amaneciendo. Gretel le observaba desde un rincón de la casa, pálida y ojerosa, refugiándose entre las sombras y tratando de pasar inadvertida. Miguel tenía la sensación de que la niña jamás había superado los horrores que había presenciado la noche en que Hansel acabó con la vida de Mariana. Sin embargo a él poco le importaba ya, volvía a verla como a una extraña. La niña verde que había aparecido inesperadamente en su vida y que tan solo había podido traerle desgracias; aun así, siempre le otorgó un trato digno, y aunque se lo negaba una y otra vez a sí mismo, una parte de él seguía contemplándola con ternura, como a la hija que ahora jamás llegaría a tener.

Pese a todo, perdido el amor de Mariana y la esperanza por un heredero que perpetrara su linaje, Miguel no encontró otro aliciente en la vida que las viejas neuras que habían provocado

aquel horrible incidente. Solía encerrarse en su cuarto, ya fuese día o noche, y atrancando siempre las ventanas, sometía a la niña a miles de pruebas y a un sin fin de experimentos que socavaban su moral y nublaban aun más el juicio del humano.

Lo que antaño fue simple curiosidad, acabó convirtiéndose en una obsesión que le quitaba la vida y desgranaba todo su ser. Incluso cuando Gretel desfalleció y su piel comenzó a tornarse lívida, el antiguo capataz seguía sometiéndola a exámenes de todo tipo y a pruebas de lo más extrañas y variadas.

Gretel dejó de comer y comenzó a observar a Miguel con temor. Fue precisamente aquel miedo lo que la impulsó a reaccionar una tumultuosa noche de octubre en la que la lluvia golpeaba los postigos de las ventanas, y el viento soplaba del norte, trayendo consigo el arrullo de una voz extraña que parecía llegar desde muy lejos.

Miguel se encontraba haciendo anotaciones en su diario, agachando tanto la cabeza que la frente podía rozar las hojas del libro. Su pluma se movía arriba y abajo, realizando apresurados trazos en las arrugadas hojas de pergamino.

La niña, que se encontraba recostada en una litera que Miguel había diseñado para tal efecto, se medio incorporó de su lecho y permaneció unos segundos en silencio, sin decidirse a hablar. Finalmente su voz resonó débilmente en la asfixiante atmósfera del cuartucho.

–Miguel... Miguel...

Tuvo que llamarlo varias veces para que pudiera escucharla, pero cuando lo hizo, se volvió sobresaltado en su asiento, y clavó sus ojos saltones en ella.

Al principio Gretel tuvo miedo. Miguel solía contemplarla ahora como a una extraña. El amor que le había dispensado cuando Mariana vivía, parecía haberse diluido con la muerte de la mujer, y ahora, toda la curiosidad que él sentía hacia

ella era meramente interesada. Aun así, la noche en que Mariana murió, y Hansel fue ajusticiado, ocurrió algo más, algo que su protector –por el que Gretel seguía sintiendo un afecto especial y profundo– debía saber de inmediato.

El humano corrió hasta la litera y la contempló con aquellos ojos desorbitados que tanto temor causaban a Gretel, sin embargo ella era consciente que Miguel, incluso en aquellos delicados momentos, jamás le causaría ningún daño, así que aunque se decidió a hablar, cierto grado de temor seguía impreso en su voz y se mal disimulaba en sus verdes pupilas.

–Miguel, es... eres... peligro.

La niña mostraba gran dificultad a la hora de pronunciar ciertos vocablos, aun así se esforzaba por hablar con claridad en la lengua que Miguel y Mariana utilizaban.

–¡Hablas! –exclamó el hombre, y la fascinación que sentía por la niña verde acabó transmitiéndose en su voz.

Gretel se estremeció, no muy segura de si lo que había dicho era lo mismo que trataba de transmitir.

–Hay... hay peli... peligro.

Miguel, presa de un frenesí repentino, corrió hasta la mesa y recogió su diario, después regresó junto a la niña y tras redactar unos cuantos comentarios, volvió a centrar toda su atención en la pequeña.

–¿Desde cuándo sabes hablar, Gretel? Es... es... ¡Es asombroso!

La niña agachó la cabeza y trató de seguir el hilo de la conversación.

–Ma-Mariana... yo... enseñar... a mi.

–¡Asombroso, asombroso! –por primera vez desde la muerte de su esposa, Miguel se sintió lleno de vida. De repente le entraron ganas de saltar, de bailar, de danzar. De dar gracias a Dios por aquel último regalo que le había entregado su querida Mariana.

Ahora en sus manos se encontraba la clave

para esclarecer el misterio que envolvía a Hansel y Gretel, y aunque eran muchas las preguntas que acudían a su cabeza, de todas ellas, una era la más acuciante y la que más noches de desvelos le había causado:

–¿De dónde venís?

La niña le observó asombrada, incluso imprimiendo cierto tono de dolor en sus ojos. Había estado tratando de advertirle de algo, pero él seguía enfrascado en su obsesión, olvidándolo todo.

Miguel acarició sus largos mechones verdes y ella agachó la cabeza, mostrándose sombría y molesta.

–Ci-ciudades... grandes.

–¿Vienes de una gran ciudad?

La niña afirmó con la cabeza.

–¿Mucho más grande que Banjos?

Una nueva afirmación.

–Dios mío –balbuceó Miguel mientras escribía apresuradamente en su diario–. ¿Y dónde está esa ciudad?

La niña cerró los ojos, y Miguel observó que hacía grandes esfuerzos para encontrar las palabras adecuadas. Tal fue su frustración, que el joven capataz tuvo que acariciar suavemente su mejilla para que se tranquilizara.

–Ca-casa a... a... bajo.

–¿Abajo?

La niña afirmó con la cabeza, sin embargo, al ver como el rostro de Miguel seguía mostrándose inseguro, hizo hincapié en su afirmación golpeando el piso insistentemente con el pie.

Miguel observó el suelo con curiosidad, y no supo muy bien lo que la niña quería decir.

–Abajo. Abajo. Abajo –insistió Gretel mientras sus puntapiés se hacían más insistentes.

Un escalofrío recorrió al humano al comprender lo que la niña trataba de señalarle.

–¿Vivís bajo tierra?

Gretel afirmó con la cabeza.

–Bajotierra –repitió muy seguido, como un loro que recita sin saber el significado de las palabras–. Bajotierra.

–¿Vivís en una ciudad bajo tierra?

–Si, si, si. Bajotierra –la muchacha se aproximó a Miguel, y el resplandor de las teas crearon reflejos en su verde rostro–. No... no... no una...–la niña mostró su mano diestra y levantó todos sus dedos.

–¿Cinco ciudades? –balbuceó Miguel.

La niña negó con la cabeza e inmediatamente levantó también su mano izquierda y desplegó sus otros cinco dedos. Después comenzó a cerrarlas y a abrirlas insistentemente.

–Bajotierra, bajotierra, bajotierra –repetía una y otra vez Gretel mientras sus dedos seguían marcando más y más ciudades.

Miguel notó un nudo en el estómago y durante unos segundos se sintió tan mareado, que fue incapaz de decir nada. Había estado preparándose para cualquier cosa, pero no para aquello. Si la niña estaba en lo cierto, y no le mentía, bajo sus pies había un submundo de seres verdes cuya población total podía llegar a equipararse incluso a la de la Tierra. ¡Pero aquello era imposible! ¡Las leyes de la física lo impedían! ¿O no?

–Bajotierra, bajotierra, bajotierra, bajotierra –seguía repitiendo Gretel sin descanso.

Acuciado por las penumbras de la habitación, Miguel fue presa de sudores y escalofríos, aun así, la fascinación que sentía era muy superior al miedo que pudiera depararle todos aquellos descubrimientos. Una vez más volvió a escribir en el diario, e inevitablemente se preguntó qué pasaría si todos aquellos datos llegaran a salir a la luz pública. Quizás significara un cambio en la manera de ser y de pensar de las gentes de la tierra. Los hombres comprenderían de repente que aquel mundo, que desde el inicio de su historia habían considerado únicamente suyo, estaba habitado por otros seres. Seres tan

racionales y autónomos como ellos mismos. Sería uno de los mayores descubrimientos de la historia de la humanidad, sino el mayor. Seres intraterrestres hospedados en el lecho del mundo, con sus propias ciudades, con su propia historia, con su propia civilización, quizás tan evolucionada como la de los propios humanos. Marcaría el fin de una era y el inicio de otra. Las miradas dejarían de desviarse hacia las estrellas, y todos contemplarían el subsuelo con interés, quizás con desconfianza, o incluso con miedo.

Miguel se mesó los cabellos con aire nervioso y volvió a contemplar a Gretel. De pronto la niña no le pareció tan primitiva. De repente aquellos ojillos verdes que en un principio tan solo mostraban miedo o dolor, transmitían un nuevo sentimiento; un sentimiento que hasta ese momento Miguel había ignorado inconscientemente. Aquel esbozo era una mezcla de aflicción y resentimiento por haber sido privada de unos privilegios y una vida que todo ser racional tenía derecho a compartir. Gretel había sido despojada de su mundo, un mundo tan civilizado como podría ser la propia ciudad de Barcelona, y se había visto obligada a vivir entre cuatro paredes, perdiendo en parte su dignidad.

Miguel agachó la cabeza, pálido y sombrío, y recordó todas las pruebas y denigrancias por las que Gretel había tenido que pasar, y a las que él mismo la había sometido. Horripilado, se miró sus propias manos, y se sintió tan sucio, que no pudo por menos que coger el diario, y arrojarlo muy lejos de sí.

–Lo siento –balbuceó mientras agachaba la cabeza.

Pero Gretel era un ser inocente, carente de maldad o malos pensamientos, y aunque no comprendía aquel cambio repentino en la forma de comportarse de su apoderado, si que era capaz de vislumbrar sus sentimientos.

Ella estiró la mano y acarició su fría mejilla. Miguel, ofuscado por la pena, la observó de reojo,

aun así, a pesar de todo el dolor y el arrepentimiento que sentía, una necesidad más acuciante seguía carcomiendo su corazón, su mente, su raciocinio. Llegados a aquel punto ya no había vuelta atrás, y Miguel necesitaba saber.

Gretel le habló de su tierra, un mundo en el que sus habitantes se abastecían de extraños cultivos, y donde el sol era suplantado por *criapsidres*, pequeñas esferas doradas que traían la luz a los abismos. Los hombres verdes compartían su vida con extraños animales verdes de los que obtenían sus ropas y sus pieles.

La existencia de agua en los estratos inferiores de la Tierra también quedó demostrada, pues según la muchacha, se produjo el desbordamiento de un gigantesco río que anegó la ciudad donde Hansel y ella vivían. Con gran dificultad relató como una gran ola arrastró a los dos hermanos hasta la superficie, alejándolos kilómetros y kilómetros de su hogar. Después deambularon entre las sombras de las grutas y las cuevas, hasta dar con sus huesos en las montañas colindantes con Banjos. Allí pasaron dos días, sin atreverse a internarse en un mundo donde el cielo no tenía techo, y las *criapsidres* convergían en una gigantesca esfera dorada que bastaba para anegar al mundo de luz. Hubieran fallecido en aquella gruta de no ser por la intervención de Miguel, que los acogió en su seno y les otorgó un nuevo hogar.

–Pero Hansel... no... no...–Gretel guardó silencio mientras se devanaba los sesos para encontrar la palabra adecuada que definiese sus pensamientos.

–¿Se acostumbró?

La niña asintió.

–Él deseaba... casa. Él que–quería regresar... casa. Asustado... asustado mucho.

Miguel afirmó con la cabeza. Durante unos segundos se preguntó cuál hubiese sido su comportamiento si un buen día se viera privado de todo aquello que le era familiar. Si de la noche

a la mañana su mundo cambiara completamente, y se viera obligado a convivir con seres cuyas costumbres nada tenían que ver con las suyas, o en un entorno que posiblemente le resultara extraño o incluso hostil. ¿Habría enloquecido como Hansel, o se habría adaptado como Gretel? Pensar en la respuesta le produjo un intenso escalofrío, y de repente el comportamiento de Hansel no se le antojó tan extraño.

Por suerte seguía en su estudio, y todo cuanto le rodeaba era familiar y acogedor.

De pronto la mirada de Gretel se volvió más zaina, más torva.

La sensación de que algo no andaba bien retornó a Miguel. Gretel no había acabado su historia. Todavía faltaba una parte; la parte por la que se había decidido a comunicarse con Miguel. La sensación de desasosiego que acució al humano se hizo tan intensa, que incluso la oscuridad que envolvía a la estancia se volvió dañina.

–Hansel que-quería casa. Hansel no feliz aquí. Hansel quería ir casa.

–Deseaba regresar a vuestro mundo –afirmó más que preguntó Miguel.

La niña asintió con la cabeza y continuó hablando.

–Hansel... daño a Mariana... en noche –Miguel afirmó con la cabeza mientras era presa de un intenso dolor al escuchar el nombre de su amada en los labios de la niña. Lo había pronunciado perfectamente, sin el menor atisbo de error, e inevitablemente se preguntó hasta qué punto había llegado el grado de afecto que Gretel había sentido por la desgraciada Mariana –esa noche...–continuó Gretel–. Hansel estar con... sol blanco.

–¿El sol blanco? –balbuceó Miguel sin comprender nada.

–Sol blanco solo en noche.

–¿La luna?

–Si, laluna. Hansel hablar laluna. Laluna...

extraño poder.

–El influjo de la luna es grande –masculló Miguel–. Afecta a las mareas, modifica el comportamiento de los animales, e incluso llega a cambiar a la gente.

–Y laluna... llevar... palabras Hansel.

–¿Llevar?–balbuceó Miguel cada vez más frío y más tembloroso–. ¿A dónde?

–Casa.

Se produjo un intenso silencio en donde Miguel sintió como todo su cuerpo era presa de un inesperado entumecimiento. Comenzó a temblar, y la oscuridad de la estancia se volvió tan acuciante, que incluso las sombras parecieron cobrar vida. De repente comprendía lo que quería decirle la niña. De alguna manera, Hansel había comunicado con su mundo. Sus palabras de auxilio habían vagado junto a la luna, llegando incluso a lo más profundo de su mundo.

De pronto el trino de Hansel regresó a su cabeza:

... un extraño cantar, un trino mágico e insólito, que fluía en el ambiente, se mezclaba con la noche, y acababa perdiéndose en la inmensidad...

–¡Dio mío! –balbuceó Miguel presa de una sensación de entumecimiento que rápidamente se apoderaba de todo su cuerpo–. ¿Y ahora qué?

La niña desvió la atención hacia la ventana, que no dejaba de chocar y entrechocar a causa del viento y de la lluvia. Su mirada se volvió intensa, perdida, fluyendo más allá de la casa y perdiéndose en una noche ambigua y tenebrosa.

–Ellos encontrar camino. Ellos... aquí. –¿Ellos? –balbuceó Miguel sintiendo la punzadas de su corazón retumbar estruendosamente en lo más profundo de su pecho.

Pero la niña no tuvo tiempo de responder. De repente llamaron a la puerta en el piso de abajo y Miguel sufrió un sobresalto. Instintivamente miró a la niña y no encontró más que miedo en sus ojos.

–Dios mío. –murmuró mientras se santiguaba

varias veces-. ¿Son... son...?

Gretel no respondió. Parecía tan asustada como el propio Miguel.

Durante unos segundos el antiguo capataz fue presa de un pánico atroz. ¡Por supuesto que podían ser ellos! Venían a reclamar aquello que les pertenecía, siguiendo la estela de la llamada de Hansel. Les había llevado su tiempo, pero por fin habían encontrado el camino.

Los trampazos en la puerta se hicieron aun más insistentes. Incluso llegaron a amenazar la estabilidad de la puerta.

Por fin Miguel logró vencer la parálisis que atenazaba todo su cuerpo, y tras indicarle a Gretel que no hiciera el menor ruido, se dispuso a abandonar la estancia. Pero antes de que pudiera traspasar el umbral, la niña saltó de la camilla y le agarró por el brazo. Cuando Miguel se volvió hacia ella pudo contemplar unos ojos medrados por el miedo y la preocupación, y por primera vez en varias semanas, volvió a verla como a su propia hija. La hija que el destino burlón y conspirador le había arrebatado.

-No te preocupes -murmuró mientras le hacía un gesto para que guardara silencio-. No pasará nada.

Y sin más Miguel abandonó la estancia, dejando a Gretel sola y atrancando la puerta al salir. Después se armó con un buen garrote y se adentró en la oscuridad de la casa, descendiendo por las escaleras lentamente, mientras los estallidos contra la puerta amenazaban con derribarla. Deambuló entre las sombras, sin encender ninguna luz a su paso, y sintiendo como su corazón retumbaba con cada golpe.

Llegó hasta la entrada y apretando con fuerza el garrote con sus cuatro dedos, posó su mano sobre el picaporte.

-Que sea lo que Dios quiera -murmuró mientras lo accionaba.

La claridad de la noche inundó el recibidor, y aunque jamás había trabado amistad con ellos,

su rostro se iluminó al reconocer a los dos individuos que se hallaban al otro lado. Ventura y Victor Ballester, enfundados en gruesos gabanes, y cobijados de la lluvia con enormes gorros, aparecieron en el umbral, chopados como sopas y con el rostro envuelto en sombras.

De inmediato Miguel se sintió aliviado. aguardaba encontrar cualquier cosa menos un ser humano. La visión del tosco alguacil y su cejijunto hijo le deparó una oleada de bienestar.

Aunque ésta no duró mucho.

Miguel se disponía a darles la bienvenida, cuando Ventura sacó un rifle del interior de su gabán y le propinó un buen golpe con la culata. El capataz dio una vuelta de campana y se desplomó en el suelo, después una cortina negra cayó sobre él y el mundo se diluyó lentamente.

Cuando volvió a abrir los ojos, sintió un intenso dolor en la mandíbula, justo donde el alguacil le había golpeado con la escopeta. Agitó la cabeza, para despejar la bruma que atenazaba su cerebro, y después se retorció por el suelo, reptando entre las sombras.

Sin embargo no había pasado ni un minuto desde que recobró la lucidez, cuando el joven Victor Ballester emergió del pasillo, y armado con la escopeta de su padre, le apuntó directamente a la cabeza.

-Se acabaron los juegos, Miguel. Esta noche se va a saber todo.

El capataz se debatió desesperado en el suelo.

-Deja de moverte, puerco.

-¡Yo no maté a Carlos! -exclamó el reo a la desesperada-. Lo juro.

-¿Dónde están...?

Pero la frase del hijo del alguacil quedó a medias cuando procedente del piso superior les llegó un repentino estruendo. ¡Ventura estaba registrando la casa! ¡Posiblemente en busca de Mariana!

–¡Por el amor de Dios! ¿Os habéis vuelto locos? No tenéis derecho a registrar así mi casa. La gente del pueblo se equivoca, Mariana está en Barcelona.

Victor quitó el seguro de la escopeta y apuntó directamente a la cabeza de Miguel.

–No te lo repetiré otra vez –murmuró el muchacho, y su voz sonó con un tono de advertencia que no presagiaba nada bueno–. ¿Dónde los tienes metidos?

Miguel sintió un nudo en el estómago, y de repente su espalda se convirtió en una pista donde el sudor frío chorreaba con profusión. La verdad cayó sobre él como una pesada losa, dejándolo sin fuerzas y expuesto al dolor. Aquellos dos hombres no venían en su busca.

–¡Los niños, hijo de puta! ¿Dónde los has metido?

–¿Có-cómo lo habéis sabido? –Miguel guardó unos segundos de silencio mientras escuchaba como en el piso de arriba el alguacil seguía revolviéndolo todo, aproximándose inexorablemente a la indefensa Gretel–. ¿Cómo supisteis...?

Guardó silencio. La respuesta llegó de forma tan rápida como dañina. Horrorizado cerró los ojos y lo primero que le vino a la mente fue la imagen de Carlos Hervás, mutilado y con los dedos rotos.

–¡Dios mío! –balbuceó mientras sentía como sus ojos se nublaban por las lágrimas.

Carlos Hervás había sido el único, aparte de él y Mariana, que había llegado a vislumbrar a los niños verdes. Carlos Hervás había desaparecido misteriosamente de su casa dos días antes de ser encontrado en el lago, junto a la gruta, ¡por el hijo del alguacil! Victor Ballester había estado presente cuando él y el muchacho abandonaron los campos para marchar en busca de los niños, y durante la autopsia del propio Carlos, no había ocultado sus sospechas hacia lo sucedido en el aquel maldito día de mediados

de Agosto.

–Tú... tú lo mataste –farfulló Miguel sintiendo un escalofrío por toda la columna vertebral–. Tú mataste a Carlos Hervás después de torturarlo y sacarle toda la información.

–Eso no te incumbe, hijo de perra. Límitate a decirnos donde tienes a los niños.

De pronto un chillido de Gretel llenó toda la casa.

Miguel se debatió en el suelo como una lombriz, maldiciendo y farfullando para sus adentros. Victor se olvidó momentáneamente de él, y dirigió su mirada hacia el piso de arriba, donde su padre y la niña habían comenzado a forcejear. Al poco, el poderoso alguacil bajó la escalera con la pequeña cargada al hombro. Gretel pataleaba y golpeaba con sus pequeños puños la recia espalda del alguacil, pero Ventura no aflojaba la carga, y la acarreaba como si fuera un simple muñeco de trapo. En la mano izquierda llevaba el diario de Miguel, donde el antiguo capataz había hecho todas sus anotaciones respecto a los niños verdes.

–¡Virgen del amor hermoso! –exclamó Victor en cuanto puso sus ojos en tan indómita niña–. E-era verdad.

El alguacil lanzó un gruñido a modo de respuesta y después propinó un azote a la muchacha para que se estuviera quieta. Gretel, que de inmediato había reparado en Miguel, gritó desesperada su nombre, pero de nada sirvió. El reo se retorció y se revolvía en el suelo, pero todo esfuerzo era en vano. Victor seguía apuntándole con el arma.

–¿Dónde está el niño? –refunfuñó Ventura.

Miguel, que seguía más pendiente de Gretel que de sus dos captos, ni tan siquiera respondió a la pregunta. Trataba de calmar a la niña con suaves palabras, lo cual le llevó a recibir una patada en el estómago cortesía del propio Victor.

–¡Ya le has oído, perro! ¿Dónde está el niño? ¡Responde!

Miguel apretó los dientes y sintió como la frustración y el odio arreciaban en su fuero interno. No iba a permitir que se llevaran a Gretel. No iba a permitirlo.

Una nueva patada le devolvió a la cruda realidad. Encogido por el dolor, volvió a retorcerse sobre los baldosines mientras sentía como un hilillo de sangre brotaba de la comisura de sus labios. Cuando escupió, de su boca tan sólo brotó sangre.

–Responde, cabronazo, o te mato a golpes
–insistió el hijo del alguacil.

–Murió. Lo pone en el diario –bramó el capataz–. Murió hará cosa de dos semanas. Sólo queda ella.

Esta vez Victor no se conformó con una simple patada, sino que empuñó de nuevo la escopeta y volvió a apuntar con ella a Miguel. Pero antes de que pudiera disparar, el alguacil le propinó un manotazo y bajó el cañón.

Victor, indignado, se volvió sobresaltado hacia su padre.

–¿Estás loco o qué? ¡Aquí no! ¡Te escucharían en todo el pueblo, subnormal! Hazlo en el monte.

El muchacho afirmó con un cabeceo y bajó el arma.

–Yo me llevo a la niña. Cuando acabes la faena, ve a la hacienda de don Sergio y reúnete conmigo.

Dicho esto, el alguacil volvió a arrastrar a Gretel, y sin dirigir una sola mirada al postrado, se aproximó a la salida.

Miguel, desde el suelo, observó el rostro desesperado de Gretel. La niña gimoteaba sin consuelo. Parecía aterrorizada, al borde de un ataque de pánico. Quiso decirle que confiara en él, que lo dejara todo en sus manos. Que acabaría salvándola. Sin embargo ni él mismo apostaba un real por su propia vida, no estando en una situación de tanta desventaja.

Ventura Ballester abandonó la casa, llevándose consigo a la niña y el diario, poco después pudo

escucharse el galopeo de un caballo que se alejaba apresuradamente del pueblo, perdiéndose bajo el incesante ruido de la lluvia.

Después quedaron solos Miguel y Victor, que permanecía al acecho entre las sombras, sin soltar en ningún momento la escopeta. Al cabo de unos minutos, el muchacho le hizo señas para que se incorporara. Miguel obedeció, y juntos abandonaron la casa.

Afuera el tiempo seguía siendo espantoso. Llovía a cántaros, y los caminos del pueblo estaban anegados por el barro y los charcos. Miguel se preguntó si alguien llegaría a verlos; si algún vecino curioso se asomaría a la ventana de su casa y contemplaría a las dos sombras que deambulaban bajo el espeso manto de la lluvia. Pronto comprendió que era bastante improbable. Era más de media noche, y la mayoría de los vecinos, por no decir todos, ya estarían en sus lechos, ajenos al drama que se estaba produciendo en aquellos momentos.

Victor montó en un caballo que pacía tranquilo junto al porche, y arrebujiándose en el abrigo, guió a Miguel hasta las afueras del pueblo, sin desviar un centímetro el cañón de la escopeta del cráneo de su prisionero. El reo y el alguacil se convirtieron en dos siluetas furtivas que se arrastraban entre los cardos y los matojos, alejándose más y más de la aldea de Banjos.

Se adentraron en el monte, y acabaron deambulando por un frondoso pinar, perdiéndose por lúgubres paisajes en donde los árboles se transformaban en extraños seres que parecían espiarles desde todos los rincones. La lluvia seguía cayendo incesante, calando incluso las almas de los dos oponentes.

–¿Sabes una cosa, Miguelito?

El aludido no se tomó la molestia de responder.

–Deseaba que este momento llegara desde hacía mucho tiempo.

El capataz agachó la cabeza, y sintió como el agua calaba su camisa y empapaba su espalda.

–Siempre me has caído mal, Miguelito. Siempre dándome órdenes como un señorito –Victor escupió desde la grupa del caballo y después comenzó a acariciar el gatillo del arma–. Pero gracias a esos estúpidos niños, ahora puedo hacer lo que siempre he deseado. Meterte una bala en la cabeza.

Pero Miguel ya no escuchaba las palabras de su verdugo, sino que deambulaba más pendiente de todo lo que acontecía a su alrededor. Los árboles derramaban sombras opacas, difuminando el paisaje que se perdía más allá de la senda. No obstante, a pesar de la oscuridad que les cercaba, hacía ya un buen trecho que había discernido la aparición de una tercera presencia.

Aquello, fuese lo que fuese, había comenzado a seguirlos varios metros atrás, arrastrándose entre los matorrales y jadeando bajo la lluvia.

Quizás Victor no lo hubiera escuchado llegar, pues parloteaba y parloteaba sin descanso, sin embargo él sí que podía sentirlo perfectamente. Acechándoles entre los matorrales, deslizándose furtivamente entre los árboles, como un cazador que se dispone a atacar a su presa, desde la oscuridad.

...ellos encontrar camino. Ellos... aquí...

Miguel se estremeció horrorizado, y sintió como la noche amenazaba con saltar sobre ellos y devorarlos en un seno de oscuridad absoluta.

–¿Pero sabes una cosa? –masculló Victor con una sádica sonrisa en los labios–. Que voy a disfrutar haciéndote sufrir. Voy a disfrutar tanto, o más, como cuando le rompí los dedos a Carlos. El paleta cantó todo lo que sabía de los niños en menos que canta un gallo. Pensó que así acabaría con su sufrimiento. ¡Estúpido! Lo mantuve vivo durante más de dos horas, escuchando como gañía y lloraba, como un puto cerdo. Contigo voy a hacer lo mismo, forastero.

–Estamos en peligro –se limitó a responder Miguel, haciendo oído sordos a las amenazas vertidas por el hijo del alguacil.

Victor detuvo su caballo y observó a Miguel con cara de poco amigos.

–¿Cómo dices?

–Digo que estamos en peligro.

El jinete dejó escapar un suspiro y empuñó el arma. Durante unos segundos oteó los alrededores, pero el pinar estaba en calma, y el único ruido que se escuchaba era el de la lluvia.

–Hijo de mala madre –escupió el rapaz del alguacil–. Conmigo tretas las justas.

–No es ninguna treta –murmuró Miguel mientras desviaba la mirada a un lado y a otro de la senda–. Tú no puedes sentirlos, pero yo sí. He vivido con dos de ellos durante casi dos meses.

Ya fuera por el miedo que transmitía la voz de Miguel, o por la intensa sensación de asfixia que llega a sentir la presa cuando está a punto de ser atacada por el cazador, pero lo cierto fue que el propio Victor comenzó a sentir los mismos síntomas que acuciaban a su prisionero. De repente se removía intranquilo en su silla de montar, y oteaba los alrededores con aprehensión. En más de una ocasión dirigió la mira de su escopeta hacia un punto indeterminado del follaje, no porque hubiese llegado a discernir nada, sino más bien por mero instinto de supervivencia. Sin embargo su perseguidor seguía oculto en la noche, acechándoles como un diestro felino capaz de hacerse invisible con el entorno que le rodea.

Victor, visiblemente nervioso, perdió la poca paciencia que le quedaba y apuntó directamente a la cabeza de Miguel. De repente parecía haberle entrado las prisas y lo que deseaba era abandonar aquel bosque cuanto antes.

Miguel cerró los ojos y esperó pacientemente el chasquido del percutor. Sin embargo transcurrieron los segundos y el trágico final no llegó a producirse. Cuando volvió la cabeza,

vislumbró que Victor seguía encañonándolo, pero su mirada ya no estaba centrada en él, sino que se desviaba hacia la espesura, perdiéndose en una negrura insondable.

El muchacho se había quedado paralizado, con los ojos desencajados y una expresión de terror reflejada en el rostro.

Miguel se preguntó si habría llegado a ver o a escuchar algo. Sin embargo no tenía tiempo de satisfacer su curiosidad. Sin comerlo ni beberlo se le había presentado una última oportunidad de salvar el pellejo y no pensaba desaprovecharla. Antes de que Victor pudiera reaccionar, se hizo a un lado, y de un fuerte tirón, le arrebató el arma. El caballo se removió inquieto ante el repentino forcejeo y el rapaz perdió la estabilidad sobre la silla. Antes de que pudiera agarrarse a las riendas, Miguel le asestó un golpe en el estómago con la culata, y Victor cayó al barro, retorciéndose de dolor.

Sin perder un segundo, Miguel montó en el caballo y dedicó una última mirada al gimoteante Victor, que se enroscaba en el barro llevándose las manos al vientre. Durante unos segundos tuvo la tentación de levantar el arma, apuntar y apretar el gatillo. Pero no lo hizo. Él no era un asesino. Aunque ya había paladeado el sabor de la venganza y la muerte, no deseaba volver a experimentar aquella sensación.

Además, Gretel estaba en peligro y lo necesitaba. Él era la única persona en aquel mundo que podía protegerla. No podía abandonarla a las manos de Ventura Ballester o don Sergio. Lanzó un chasquido con la lengua, e hizo que el caballo girase sobre si mismo.

Victor se puso de rodillas y trató de agarrarse a la pata del animal, pero la bestia pifió sobresaltada y se lanzó en una rauda carrera a través de la senda, desandando el camino hecho hacía tan solo unos minutos.

El muchacho, sólo, embarrado, y malherido, se incorporó lentamente y sintió como la lluvia

fustigaba cruelmente su rostro. Al principio fue presa de una intensa sensación de frustración. La presa se le había escapado en sus mismas narices, y él nada había podido hacer por impedirlo.

Humillado, se limpió el barro de la cara, y recuperó su sombrero de un charco. Pero justo cuando se disponía a ponerse el capuz, pudo escuchar el ruido proveniente de la maleza, removiéndose fugazmente a su alrededor. Casi de inmediato recordó lo que había visto cuando, segundos antes, a punto estaba de apretar el gatillo y a ajusticiar a aquel indeseable pordiosero. Había sido sólo un instante, pero había sido más que suficiente para estorbar su concentración y desatar la tragedia.

Lentamente se volvió hacia el lugar de donde provenía el ruido y pudo volver a verlos claramente: dos ojos grandes y verdes, como obscenas esmeraldas que lo escudriñaban desde la oscuridad.

Victor exhaló una exclamación, y con el corazón en un puño, retrocedió bruscamente.

Dos ojos más aparecieron justo al lado de los primeros, y al poco tiempo, otros dos más hicieron acto de presencia. De pronto la pinada cobró vida, y la noche se llenó de sombras.

Victor comenzó a llorar mientras caminaba de espaldas, sin perder de vista aquellas miradas hipnóticas, que en apenas unos segundos parecían haberse multiplicado por mil, convirtiéndose en todo un ejército. Antes de que pudiera volverse, tropezó con una raíz, y cayó de espaldas, hundiendo el trasero en un charco y empapándose la pelliza de barro.

Los ojos comenzaron a moverse hacia él, y extrañas formas verdosas emergieron de la espesura. Victor fue incapaz de contarlas, sin embargo a su alrededor se congregaron centenares de aquellas criaturas, todas siniestras y amenazantes.

El muchacho gritó desesperado cuando

aquellos seres se precipitaron sobre él, hundiendo su rostro en el barro, y desapareciendo bajo un mar de manos verdes. Pero estaba demasiado lejos de la aldea y sus gritos se perdieron en la noche, en el olvido más absoluto.

–... y por fin, en esta indómita noche, Gretel se ha atrevido a hablar en nuestro idioma. Su léxico no es muy fluido, pero añadiría yo que su capacidad de aprendizaje sin duda va más allá de lo común. En tan sólo dos meses es capaz de esbozar frases completas, aunque inconexas. Una gran hazaña, sobre todo teniendo en cuenta que no ha recibido instrucción, enseñanza o ningún tipo de aprendizaje.

«Voy a tratar de comunicarme con ella, de obtener nuevos datos sobre su fantástico mundo. Aunque parece asustada. Afectada por una circunstancia que no acabo de comprender. Quizás durante el interrogatorio pueda averiguar algo más.

Don Sergio bajó el diario y contempló a la niña, tendida en una gran cama con doseles y sábanas de satén, rodeada de médicos y especialistas de su entera confianza. Parecía asustada. Miraba con aprehensión los instrumentos con que aquellos hombres auscultaban su cuerpo desnudo, explorándolo y palpándolo sin detenerse en reparos o en preservar su intimidad. Todavía lloraba y gimoteaba. No había dejado de hacerlo desde que Ventura Ballester la había encerrado en aquella habitación oscura y mohosa, situada en los sótanos de la gran hacienda del terrateniente.

El alguacil esbozó una sonrisa cargada de satisfacción y observó de reojo a su patrón. Don Sergio de García era un hombre espigado y delgado, con cara severa y escasez de pelo. No solía hablar mucho, sin embargo aquella noche el entusiasmo se reflejaba en sus ojos. Ante aquella visión el alguacil rebosaba de orgullo. Había cumplido con éxito la tarea encomendada,

y sin duda, el patrón, a la hora de soltar la recompensa, no repararía en tacañerías.

–Esa extraña diablesa le reportará unos buenos beneficios –murmuró el voluminoso hombretón mientras se arremangaba el fajín.

Don Sergio contempló las cubiertas del diario y dedicó una mirada desinteresada a Ventura.

–¿Diablesa?

–Diablesa, claro que sí –refunfuñó el alguacil–. ¿Sino cómo se explica esa extraña piel verde que cubre todo su cuerpo?

El terrateniente bufó exasperado ante las estupideces de su sicario.

–La existencia de esa niña no tiene nada que ver con la intervención del diablo, estúpido. Su fisonomía y morfología es parecida a la nuestra. Cualquiera podría verlo, incluso un idiota.

Ventura lanzó un gruñido ante el insulto que llevaba implícita aquella última frase, pero no osó replicar. A él lo único que le interesaba era que el patrón soltara cuanto antes la pasta, y regresar al catre para olvidar aquella maldita noche. No le interesaba lo más mínimo el destino de la niña, ni tampoco se había planteado siquiera que él pudiese ser el beneficiario de las ganancias que reportase aquella extraña criatura. Ventura era un hombre mucho más simple que todo eso. A él lo único que le interesaba era el color del dinero, y éste, cuanto antes llegara, mejor que mejor.

Don Sergio se olvidó de las sandeces del alguacil y se aproximó a la cama, donde dos médicos de su nómina y un científico alemán llamado Johan Steinner seguían haciéndole pruebas a la niña.

Gretel, sintiendo como uno de los dos médicos palpaban sus costados, pasándole una y otra vez las manos desde la altura de la axila hasta la cintura, se volvió desesperada hacia el espigado individuo que la contemplaba con mirada irreverente, y trató de suplicarle piedad con los ojos. Sin embargo el terrateniente no parecía

muy dispuesto a concederle indulgencia alguna.

–Aquí pone que sabes hablar nuestro idioma –musitó mientras exhibía el diario de Miguel.

La única respuesta de la niña fue una retahíla de frases inconexas.

–¡En cristiano! –exigió don Sergio.

Gretel lanzó un lamento y rompió a llorar desesperada, forcejeando contra las correas y las cuerdas que sujetaban su cuerpo a la cama.

–¡Steinner! –llamó el terrateniente, perdiendo la poca paciencia que le quedaba–. ¿Qué ha averiguado?

El científico, un enjuto hombrecillo chepudo y con espesos bigotes blanquiamarillos, cuyo aliento exhalaba un fuerte aroma a coñac barato, se volvió sobresaltado hacia su patrón, y restregándose las manos con ansiedad, parloteó atropelladamente, presa del miedo que sentía hacia la figura de don Sergio.

–Muy poca cosa, señor. Es muy pronto todavía. Estamos comenzando a hacer las primeras pruebas al espécimen, y todavía tendrán que pasar muchas horas hasta que éstos den un resultado. Quizás una simple circuncisión nos permita ver...

–¡Nada de rajarla! –inquirió el terrateniente, que por nada del mundo quería perder a su nuevo juguete.

–Pero señor, hemos detectado que quizás podría tener un solo pulmón, y posiblemente también carezca de páncreas. Su piel contiene extraños elementos que podrían definirse como fibras desconocidas para el género humano. Pero todo esto solo podríamos asegurarlo si abrimos a la niña.

Don Sergio observó con interés a la pequeña, la cual, a su vez, contemplaba con mirada atemorizada a aquel extravagante individuo que dirigía las evoluciones de los dos doctores.

–¿Un solo pulmón...? –murmuró el terrateniente pensativo, acariciándose la barbilla y sin apartar la mirada de los verdes ojos de

Gretel–... interesante. ¡Pero nada de abrir!

Johan Steinner pareció decepcionado ante la decisión de su patrón.

–Mañana al amanecer me la llevaré a Barcelona y la venderé al mejor postor.– continuó don Sergio.– Que ellos se ocupen de diseccionarla, rajarla o descuartizarla si hace falta. Mi único interés es sacar la máxima información de la niña antes de venderla. La información es dinero, doctor Steinner.

El científico, pese a la frustración que sentía, no osó contradecir a su patrón.

Una vez claras las cosas, don Sergio regresó junto a Ventura Ballester y le habló en susurros.

–Quiero que te quedes aquí el resto de la noche.

–Pero señor...–protestó el alguacil.

–Nada de peros. Te pagaré bien –Al oír la mención del dinero, el hombretón agachó la cabeza y no puso mayor objeción–. Que nadie se acerque a la niña, ¿está claro?

Ventura afirmó con la cabeza, como un mulo manso.

–Y si alguno de esos matasanos se atreve a clavarle aunque sea una aguja, te lo llevas a un rincón y le partes las manos. ¿Comprendido?

El alguacil volvió a afirmar con la cabeza.

Aclarado aquel asunto, don Sergio sopesó la idea de llevarse el libro consigo para leerlo en el lecho o dejarlo bajo la custodia del alguacil. Cuando observó cómo los doctores manipulaban a la niña, tomó una decisión.

–Guárdalo bien.– murmuró con el ceño fruncido y tendiéndoselo al intendente.– Podría ser necesario.

–Yo no lo necesito –farfulló Ventura.

–Tú no, idiota, ellos –inquirió el terrateniente mientras señalaba hacia la cama.

El hombretón enrojeció de la cabeza a los pies y optó por cerrar la boca para no volver a quedar en evidencia.

Don Sergio ya se disponía a abandonar la

habitación, cuando la niña volvió a chillar y a retorcerse en la cama. Harto de aquella situación, el estirado terrateniente se volvió hacia los especialistas y gritó malhumorado:

–¡Hacedla callar, por Dios! ¡Va a despertar hasta las gallinas!

Fue Steiner el que se volvió hacia él, lívido como un muerto y tembloroso como un niño recién nacido.

–Ha murmurado algo, señor.

Don Sergio estaba cansado de aquel juego. Fuera hacía una noche de los mil demonios, eran más de las dos de la mañana, y el sueño comenzaba a acuciar demasiado. Poco podía importarle lo que pudiera decir aquella criatura malnacida.

Con un exabrupto, tiró de la manija de la puerta, y abandonó la habitación sin prestar atención a las últimas palabras del científico, que llegaron hasta él débiles y faltas de convicción.

–Ha dicho que están aquí y que estamos en peligro.

Don Sergio se desnudó en el tocador, y ajustándose el batín, regresó a la habitación. La oscuridad le rodeaba, ni tan siquiera se había tomado la molestia de encender las velas.

El día había resultado agotador, pero al final todo había acabado de una manera inmejorable. Se sentía exultante y, a la vez, satisfecho consigo mismo. La niña verde iba a reportarle más beneficios de los que jamás había soñado. Había sido una suerte que el idiota de Victor le confiara sus sospechas respecto a Miguel Manchón y por añadidura, del estúpido hijo de Daniel Ballester. Su ingenio había bastado para desenredar todo aquel embrollo, y lo que había nacido de una simple sospecha, podía acabar convirtiéndose en el mayor descubrimiento del fin del milenio.

Tan obsesionado estaba con el tema, que muy pronto se reprendió a si mismo por no haber llevado consigo el diario de su antiguo capataz.

Hubiera sido una lectura gratificante antes de conciliar el sueño. Pero tampoco convenía levantar sospechas. De momento la aparición de la niña verde era un secreto, incluso para Pilar, la esperpéntica mujer con la que se había casado hacía casi una vida, y a la que había acabado por aborrecer.

No, nadie debía conocer su secreto. Gretel ahora era de su propiedad, y no estaba dispuesto a compartirla con el mundo hasta asegurarse unos pingües beneficios.

Un rayo retumbó más allá de la ventana, y el resplandor del relámpago inundó la oscura habitación.

–Parece que la tormenta arrecia, querida –musitó el terrateniente mientras se acomodaba en el lecho.

La mujer no respondió, así que don Sergio no pudo evitar que una sonrisa apareciera en sus labios. La vieja momia dormía profundamente, lo cual le ahorra el tener que soportar su inacabable perorata.

Se arrebuja bajo el colchón, y aun no se había acomodado cuando sintió la espalda húmeda.

Frunciendo el ceño, volvió a sentarse en la cama, y se palpó el camisón por la parte de atrás. Estaba empapado de una sustancia húmeda. Presa de un mal presentimiento, aproximó la mano a la cara y trató de discernir a través de la oscuridad. Por sus dedos chorreaba un líquido espeso y rojo.

Horrorizado, tiró de las mantas y descubrió el colchón. Su temor fue en aumento al encontrarse con un gran charco de sangre justo en mitad de la cama.

Instintivamente se volvió hacia Pilar y la encontró de lado sobre el colchón, dándole la espalda. Su figura, negra y sombría, yacía difuminada por la oscuridad que invadía la habitación. Temblando, estiró el brazo y tocó su hombro. Ella no respondió.

–Pilar –murmuró, y el miedo incontrolable que sentía se vio reflejado en su voz. La mujer seguía durmiendo.

–Pilar –La llamó una vez más, y su voz surgió de su garganta estrangulada en un quedo gemido. Ella seguía sin responder.

Su mano propinó un tirón al hombro de la mujer y su cuerpo giró hacia él muy lentamente, como a cámara lenta. Sin embargo la cabeza no siguió la trayectoria del cuello, sino que permaneció apoyada contra la almohada.

Tal fue el bote que pegó don Sergio, que cayó de bruces de la cama, salpicándose todo el camión con la sangre de su esposa y lastimándose sus enjutas posaderas. Sin embargo ignoró el dolor, y sus ojos desorbitados continuaron contemplando el cuerpo decapitado de la mujer. Trató de gritar, de avisar a sus lacayos, pero la voz se le quebró en la garganta, y fue incapaz de emitir ningún ruido. Todos sus sentidos estaban subyugados por la figura amputada que yacía sobre el colchón.

De pronto escuchó la extraña salmodia que parecía llegar desde debajo de la cama. Con los pelos de punta, y sintiendo como el corazón se le detenía en el pecho, bajó la mirada y contempló el abismo de oscuridad que se discernía justo por debajo de los flecos del cubre. De repente dos ojos verdes aparecieron en la oscuridad y se clavaron en él como las hojas de dos puñales afilados.

Don Sergio retrocedió por el suelo, arrastrándose de espaldas, y emitiendo gemidos desesperados. Pero antes de que pudiera escapar, dos brazos enjutos y verdes surgieron de debajo de la cama y aferraron sus tobillos. El capataz aulló horrorizado mientras era arrastrado a aquel nicho de oscuridad infinita, arañando el parquet del suelo y quebrándose una por una todas sus uñas.

Sus gritos de dolor quedaron amainados tras los férreos muros de la habitación. Sin embargo,

aunque muchos pudieron oírlos, nadie acudió en su auxilio. A aquellas horas de la madrugada, todos los habitantes de la casa luchaban desesperados por salvar la vida.

El incendio comenzó en uno de los almacenes de grano, y rápidamente se extendió por las caballerizas, las granjas, los campos de secano, y finalmente los caseríos de los criados y la gran finca de don Sergio. Nadie llegó a discernir la causa, pero lo cierto era que ni tan siquiera la fuerza de la tormenta logró amainar las llamas. Los habitantes de la hacienda abandonaron sus lechos sobresaltados y durante muchas horas trataron de sofocar el fuego, pero al ver como éste se desencadenaba con total impunidad, fueron presa del pánico, y se sintieron incapaces de controlarlo.

Pronto incluso los palacetes, los campos amarillos y dorados, y los bosques resecos tras la calina del verano, fueron pasto de las llamas. Algunos abogaron por bajar al pueblo y pedir ayuda, sin embargo funestas noticias llegaron desde la aldea. Banjos también ardía. El incendio en el pueblo había comenzado y se había propagado tan rápido como en los arrabales de don Sergio. Su resplandor se podía ver incluso desde la hacienda, y cuando uno se aproximaba al valle, podía escuchar los gritos escabrosos de los vecinos.

La desesperación más absoluta recayó sobre los lugareños, que se veían rodeados por paredes de fuego tan altas que amenazaban con atraparlos sin salida. Pero las desgracias no llegaron solas, pues desde la oscuridad emergió un extraño ejército de sombras, que se abalanzaron sobre los desconcertados guardias, y arremetieron contra todo ser viviente que podía encontrarse en metros a la redonda.

En un abrir y cerrar de ojos, las propiedades de don Sergio se convirtieron en pasto de una matanza que de igual manera se estaba

desatando en la aldea de Banjos. Extraños invasores, que atacaban rápido, y mataban más rápido todavía, habían aparecido en mitad de la noche, y no había bicho viviente en aquella tierra que pudiera contenerlos.

La gente moría antes de llegar a ver lo que les había atacado, y lo único que acertaban a distinguir o a escuchar, eran extrañas voces que surgían desde las sombras, y un fulgor verde que rompía la negrura propagada por la noche.

Cuando Miguel irrumpió en la hacienda, el incendio todavía no se había vuelto descontrolado, pero le ayudó a pasar inadvertido entre los guardias que se encontraban más concentrados en atajar las llamas, que en detener a los extraños. Ató el caballo a uno de los postes del porche, e interrogó a un criado que correteaba despavorido con dos cubos de agua en cada mano. No pudo obtener mucha información, pero sí que logró hacerse con un rumor que le puso tras la pista de Gretel. Don Sergio había dado órdenes expresas de que en los días venideros, nadie que no fuera mandado por sus propias órdenes, se aproximara a los sótanos. Agradeció al mozo su ayuda, y obviando sus advertencias, que le aconsejaban no aproximarse al caserío, correteó hacia el porche, abrió la puerta de un puntapié, y se adentró en la oscuridad de la mansión, desatendiendo, a su vez, a los extraños gritos y a los aullidos de dolor, que repentinamente, parecían surgir de todos los rincones de la casa.

Ventura Ballester, hombre poco dado a discurrir con raciocinio, mantuvo retenidos a punta de trabuco a los tres médicos, que tras cerciorarse de la catástrofe, no hacían más que insistir en abandonar la casa cuanto antes.

Los gritos que les llegaban desde fuera eran escalofriantes, y algunos de ellos sonaban tan extraños como los lamentos que derramaba la niña desde su mordaza; sin embargo el alguacil

no estaba dispuesto a perder su recompensa por desatender las órdenes de don Sergio, y en más de una ocasión tuvo que amenazar a la concurrencia con empezar a soltar plomo a diestro y siniestro si los nervios llegaban a jugar alguna mala pasada.

–De aquí no se mueve ni Dios hasta que don Sergio lo diga, ¿comprendido?

Los doctores, que repentinamente habían perdido toda su curiosidad por la niña verde, se miraban unos a otros desconcertados, y palidecían cada vez que algún aullido desgarrador, procedente de los pisos altos de la casa, llegaba hasta su emplazamiento. Sus temores fueron en aumento cuando a través de las ventanas llegaron a vislumbrar el resplandor del fuego.

–¡Es que no ve que ahí fuera se está produciendo una matanza, insensato!– graznó Johan Steinner–. ¿No oye todos esos gritos? ¡Están matando a alguien, por Dios!

–¡Y nosotros seremos los siguientes!– inquirió otro de los médicos, un joven delgaducho y con cara de ratón.

–Soltar... a mí... yo ayudar.

De pronto todas las miradas convergieron en la niña.

Gretel yacía sobre la cama, desnuda y exhausta. Estaba tan pálida, que su piel verde, más que del color de la savia, parecía blanca. Aun así seguía mostrándose piadosa, y sus ojos, rotos por tantas horas de tortura, tan solo mostraban preocupación por todo cuanto estaba sucediendo fuera de la casa.

Ventura apartó a los médicos a empujones, y se plantó delante de la niña.

–¿Que te suelte, puta de mierda? ¿Que te suelte? ¡Antes te lleno el estómago de pólvora que te dejo marchar!

La muchachita languideció ante las amenazas del alguacil, y no osó volver a abrir la boca.

De pronto, el doctor con cara de ratón de biblioteca, saltó hacia la salida de la habitación,

y de una patada abrió la puerta. Sin perder un segundo de tiempo, desapareció en la oscuridad del pasillo. Tras él, echó a correr el segundo de los especialistas. Cuando le tocó el turno a Johan Steinner, la suerte le volvió la espalda.

Ventura Ballester, enloquecido por la rabia de verse desobedecido, apuntó con el trabuco y disparó sin detenerse a pensar. Gretel gritó atemorizada, y el estruendo de la escopeta retumbó entre las paredes de la pequeña estancia, atronándole los oídos, después se levantó una gran humareda. Cuando ésta desapareció, tan sólo quedaba el cuerpo de Johan Steinner tendido en el suelo, retorciéndose en los últimos estertores de vida.

–La madre puta –maldijo el alguacil mientras los lamentos de Gretel volvían a llenar la habitación–. ¿Qué locura es esta?

Los gritos procedentes del piso de arriba arreciaron. La matanza que había anunciado el difunto Steinner parecía haberse recrudecido, y del techo llegaban ruidos de correteos y pasos apresurados.

–Son tus amigos, ¿verdad? –masculló el alguacil, dirigiendo el filo del trabuco hacia el rostro de Gretel–. Han venido a por ti, ¿verdad?

La niña observó el cañón del arma con aprehensión, y después observó el cuerpo del científico, tendido sobre un charco de sangre. Aterrada, se retorció indefensa sobre la piltra, amordazada firmemente por las cintas de cuero y las correas.

–¿Pero sabes lo que te digo? Que cuando esos hijos de Satanás lleguen aquí no van a encontrar más que cadáveres. Te voy a meter un tiro en la cabeza y a tomar por culo. Que le jodan a don Sergio y a su dinero –Ventura quitó el seguro del arma y apuntó directamente a la cabeza de la niña–. Nos veremos en el infierno.

Se escuchó una fuerte detonación y Gretel cerró los ojos. Durante décimas de segundo hubo una gran confusión en el pequeño recinto.

Cuando la niña se atrevió a abrir los ojos, se encontró con el cuerpo del alguacil tendido en el suelo, con un gran agujero perforando su cráneo. Atemorizada, alzó la mirada hacia la entrada de la puerta, y sus facciones se iluminaron al vislumbrar el rostro entrañable de Miguel.

El capataz empuñaba la escopeta que le había arrebatado a Victor. De sus cañones todavía emergía el humo posterior al disparo.

–¡Miguel! –exclamó la niña, incapaz de contener la alegría.

El joven esbozó una sonrisa, y corrió hacia ella.

–¿Estás bien? –murmuró mientras aflojaba las cinchas y cubría el cuerpo desnudo de la muchacha con un lienzo.

La respuesta de la niña fue un cálido abrazo que devolvió el color al rostro pálido del capataz. Gretel se abrazó a él con tanta fuerza, que las lágrimas de alivio desbordaron los ojos del humano y su corazón latió desahogado.

–Perdóname, mi dulce niña, perdóname. Siento todo esto, lo siento en el alma.

Pero Gretel era incapaz de pronunciar palabras, ni en el idioma de Miguel, ni en el suyo propio. Tan solo sentía gratitud y una grata sensación de alivio.

El muchacho arrojó el rifle y agarró a la niña en brazos. Ella se aferró a él como si fuera su única tabla de salvación. Después juntos se encaminaron hacia la salida del sótano. La oscuridad del pasillo se veía diezmada por un tenue resplandor rojizo. El fuego había comenzado a propagarse por la casa, consumiendo habitaciones y pasillos.

Miguel ya se disponía a franquear el umbral de la puerta, cuando tropezó con algo. Bajó la mirada y se encontró con su diario. Instintivamente lo recogió del suelo, y se lo entregó a Gretel.

–Guárdalo, cariño, como si fuera tu propia alma. No queremos que nadie lo encuentre.

La pequeña afirmó con la cabeza y aferró con fuerza el libro, después, juntos, abandonaron el silencioso cobertizo y se adentraron en la oscuridad de la mansión.

No les fue muy difícil abandonar la casa, sin embargo durante el trayecto tuvieron que sortear los primeros indicios del incendio, los cuerpos abandonados de numerosos sirvientes, que yacían despanzurrados aquí y allá, desgarrados por espeluznantes heridas, e intentado esquivar las siniestras sombras que les acechaban desde los rincones.

Cuando llegaron al porche, quedaron impresionados por la magnitud del incendio. Las llamas se propagaban por toda la contornada, devorando el paisaje que les rodeaba. Inmensas olas de fuego arrasaban con los campos y el monte, y los parroquianos, vencidos por el horror, se apresuraban a huir de la hacienda en un desesperado intento de salvar el pellejo. Ni tan siquiera la lluvia, que caía a chorros desde el cielo, podía diezmar el ímpetu del fuego.

Miguel, estremecido, corrió hasta el caballo, que no dejaba de pifiar y cocear mientras observaba como inmensas llamaradas emergían por las ventanas de las habitaciones más altas de la mansión. Con suaves movimientos, depositó a Gretel sobre la silla de montar y se dispuso a aflojar las cinchas del poste, pero aun no había acabado la faena, cuando un extraño siseo llamó su atención.

Como un felino se revolvió sobre si mismo, y contempló sobresaltado el círculo de sombras que de repente les había cercado. No llegaba a ver sus rostros, pues la oscuridad de la noche los resguardaba, sin embargo, cuando el centelleo de alguna llama alumbraba el porche, Miguel llegaba a discernir un resplandor verde que precedía a toda la columna.

Desesperado, buscó alguna salida, pero no la había. El círculo de aquellos seres se cerraba

en torno a ellos, dificultando cualquier vía de escape. Inevitablemente echó en falta el arma que había dejado en el sótano y que de buena ayuda le hubiera sido en tan apurados momentos.

El siseo amenazante y furtivo de aquellos seres se propagó como el mismo fuego, y Miguel se vio cercado contra la baranda del porche. Inevitablemente recordó lo mucho que había tenido que sufrir para acabar con la vida de Hansel, y de inmediato comprendió que nada tenía que hacer contra todo un regimiento de aquellas horrendas criaturas.

Todo parecía perdido, y los extraños invasores ya exhibían amenazantes sus verdes colmillos y sus verdes uñas, cuando Gretel descendió abruptamente del caballo, y encaró a las criaturas.

Miguel quiso detenerla, pues temía que aquellos salvajes pudieran arrebatársela sin más. De golpe y porrazo, aquella pequeña se había convertido en el último aliento de cordura que le quedaba en la vida, y si algo malo llegaba a pasarle, inevitablemente se quedaría solo. Entonces ya nada podría salvarle de la locura, de un horror que era producto de todo cuanto había pasado en los dos últimos meses. Una pesadilla que lo atraparía para siempre, y ya no le permitiría marchar.

Miguel casi prefería morir aquella noche a tener que deambular solo el resto de su miserable vida, acarreando como único lastre una montaña de recuerdos tristes y tortuosos.

Pero Gretel no parecía escucharle y caminó lentamente hacia aquellos extraños seres.

Miguel comprendió entonces que nada tenía que temer. Aquellas criaturas no iban a hacer ningún daño a la niña, todo lo contrario. Ellos eran de su misma raza, y si se habían arriesgado a adentrarse en un mundo tan diferente al suyo, era únicamente porque querían recuperarla.

Sin embargo, cuando Miguel contemplaba ahora a Gretel, la veía muy diferente a aquellos seres raquíticos y cabezones. Ella había cambiado

en sus días de convivencia con los humanos. Sus facciones habían mutado y se habían suavizado, convirtiéndose en algo más... humano. Caminaba erguida, mientras los otros yacían encorvados. Había ganado en estatura, e incluso su cráneo se había achatado. Y su piel ya no lucía con aquel tono verde ígneo que caracterizaba a los de su raza. No, Gretel ya no era una extraña niña verde, pero tampoco era humana. Gretel se había convertido en un ser híbrido entre ambas razas; un nexo de unión entre dos mundos antagónicos. Ahora tan sólo quedaba discernir por cual de ellos se decidiría.

Durante mucho tiempo Gretel se comunicó con aquellos entes verdes. Hablaba con gestos ostensibles, y con aquel idioma apresurado y extraño. Miguel sintió un ramalazo de culpa al escucharla. Ella había aprendido la lengua de los humanos para comunicarse, en cambio él ni tan siquiera se había tomado la molestia de conocer el idioma de la niña. Apenado, agachó la cabeza y sintió tal remordimiento, que las lágrimas resbalaron por su rostro.

El caballo pifió asustado cuando intensas deflagraciones estallaron en la casa, y las llamas asomaron por el tejado, convirtiéndose en una gran corona cuyo halo desgarraba la noche.

El cabecilla del grupo tomó durante un buen rato la palabra, y habló entre gritos y aspavientos. Miguel observó como la niña agachaba la cabeza y recibía la reprimenda. Hubo momentos en que la tensión entre aquellos seres fue tan alta, que el antiguo capataz se planteó la posibilidad de acudir en defensa de Gretel. Sin embargo aquello hubiese sido una gran equivocación, pues aquella batalla pertenecía a Gretel, y únicamente ella estaba capacitada para salvarla.

El fuego arreció con fuerza, y una sección de la casa se derrumbó. Más allá, el mundo parecía consumirse por las llamas, y el calor del incendio era tal, que incluso Miguel se sintió sudoroso bajo la camisa. De los habitantes del valle ya no

quedaba más rastro que los gritos de los que yacían atrapados entre las llamas, y los gemidos de los moribundos, el resto había huido.

Miguel aferró las riendas del caballo, que amenazaba con huir despavorido, y volvió a centrar la atención en el grupo. Se estremeció al descubrir que Gretel le observaba con aquella mirada lastimosa que desde el primer día habían transmitido sus ojos melancólicos. Fue entonces cuando estuvo seguro de que la muchacha iba a abandonarle.

Su corazón ardió en pena al comprender que ella iba a marchar con los suyos y lo iba a dejar solo. Y, por supuesto, él no podía hacer nada por evitarlo, aquella decisión era la más justa.

–Ay, Mariana mía, –balbuceó–, cuan cerca estoy de reunirme contigo.

Gretel volvió la cabeza hacia el cabecilla del grupo, y volvió a decir algo. No fue más que una simple frase, pero bastó para que aquellos seres volvieran a dispersarse en la noche y desaparecieran entre las sombras. El último en marchar fue el cabecilla, que observó a la niña con una mirada arisca, cargada de odio y resentimiento, después él también marchó junto a sus hermanos, dejando a Gretel sola en la oscuridad.

Miguel permaneció inmóvil bajo la lluvia, incapaz de reaccionar. Durante unos segundos no supo qué debía decir o qué debía hacer. Gretel yacía sola, abandonada por los suyos, y presa de una profunda melancolía.

Miguel cerró los ojos y sintió como una sonrisa, tan amarga como dulce, afloraba en sus labios.

Apoyándose en los estribos del caballo, montó en la silla, y lentamente se aproximó a la niña. Le tendió la mano, y ella se quedó observándolo durante unos segundos. Las lágrimas mellaban su rostro.

–Vamos –la invitó Miguel.

Gretel miró momentáneamente hacia la

oscuridad y suspiró con añoranza. Se enjugó las lágrimas de los ojos, y después aceptó la mano que le tendía Miguel, tal como lo hizo el primer día que la encontró en la cueva. Se acomodó tras el capataz y se abrazó con tanta fuerza a sus espaldas que Miguel se sintió abrasado por una oleada de afecto. Jamás se había sentido tan feliz.

Juntos cabalgaron lejos de la hacienda del terrateniente, mientras observaban como las llamas calcinaban todo cuanto encontraban a su paso. Cuando pasaron junto a un pequeño remolino de fuego, Miguel detuvo a la montura, y le pidió a la niña el diario.

Gretel se lo tendió temblorosa, y Miguel lo observó durante unos segundos. Sintió que entre aquellas pastas rugosas se acumulaba la mitad de su vida... sin embargo, ya poco importaba. Miguel sintió como la niña apoyaba la mejilla en su hombro derecho, reconfortándose con su propio calor, y esbozó una sonrisa cargada de satisfacción. Su mano diestra, marcada para siempre por la amputación de un dedo, arrojó el diario al fuego, y fue consumido rápidamente por las llamas. Después volvió a jalearse al caballo y éste se lanzó campo a traviesa, dejando atrás las calcinadas tierras del terrateniente, y desapareciendo bajo una cortina de lluvia y de oscuridad.

Banjos ardió durante seis días y siete noches. Más de un millar de personas murieron aquella fatídica víspera en la que se declaró el incendio, la mayoría asesinadas en extrañas circunstancias. No obstante, de los cuerpos poco se pudo sacar en claro, pues la mayoría que encontraron, se hallaban calcinados entre las ruinas. De la aldea, y de las propiedades del acaudalado don Sergio de García, no se hallaron más que cenizas y escombros. Sus herencias fueron reducidas a la nada, y lo poco que se salvó, fue reclamado por la Corona.

Tal fue la magnitud de la tragedia, que el propio Práxedes Mateo Sagasta, ministro de confianza de la reina Maria Cristina de Austria, acudió a aquel término para iniciar una investigación. Pero de los supervivientes nada se sacó en claro, pues todos ellos parecían haber sido víctimas de una alucinación colectiva en la que extraños delirios sobre duendes verdes, se confundían con las desgracias acaecidas por el ímpetu del fuego.

El propio Sagasta se encargó de silenciar aquellos sucesos, que en nada beneficiarían a la estabilidad política del Estado. Sin embargo la leyenda de Banjos, que con el tiempo se convirtió en un pueblo fantasma, correría de padres a hijos, deformándose y tergiversándose con el paso del tiempo.

Tampoco nada se supo del jinete fantasma que aquella tumultuosa noche abandonó la frontera de la pedanía, cargando únicamente con un fardo tembloroso que se aferraba desesperado a sus recias espaldas.

Hasta nuestros días no se ha tenido noticias de más avistamientos de niños verdes, ni tampoco se ha llegado a descubrir el maravilloso mundo que Gretel describió a Miguel, sin embargo, aquí y allá, es fácil escuchar rumores sobre siniestras entidades que se confunden con la noche y que, de vez en cuando, amenazan la seguridad de los nuestros. En tales cotilleos, tan solo cabe discernir una cosa: ¿Será verde acaso, el color de la piel de tan extrañas y esquivas criaturas?

© 2005, David Mateo Escudero.

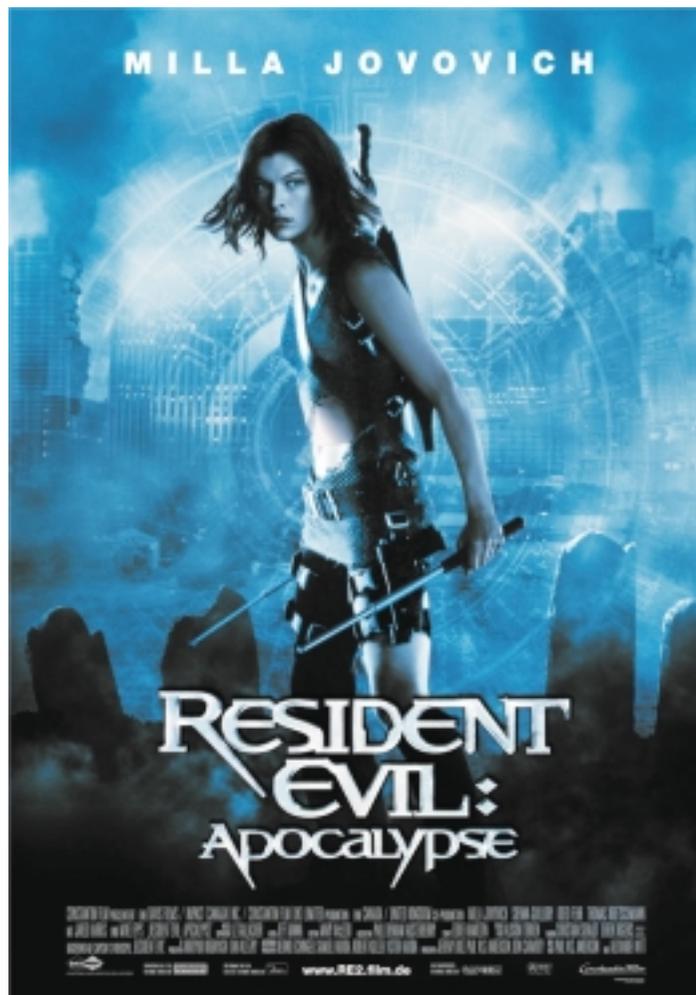
SEIS PELÍCULAS

por Sergio Alejandro Amira

Tras un agotador primer semestre de vuelta en la Universidad tuve unas merecidas vacaciones y tiempo para arrendar algunos DVDs que me pareció interesante comentar en *TauZero*, independiente de no adscribirse todos dentro del binomio fantasía-cf que preocupa a este e-zine. El siguiente es un ejercicio del cual dejaré fuera los bonus que todo DVD trae como los comentarios del director, escenas eliminadas, etc. Comencemos entonces.

Resident Evil: Apocalypse (2004): Hollywood se ha alimentado desde sus inicios de la literatura para desarrollar sus proyectos fílmicos; novelas, cuentos y obras de teatro han sido sus principales fuentes. Siempre en busca de nuevas expresiones que explotar, Hollywood recurrió a una forma literaria "menor", el cómic, durante la década de los 1980s. Las primeras versiones fílmicas del mundo de las viñetas fueron desastrosas y durante un tiempo fueron dejadas de lado al descubrir los ejecutivos una nueva vaca que ordeñar: los videojuegos. De esta experiencia de principios de los 1990s resultaron películas aún más desastrosas y Hollywood también prescindió de ellas durante un tiempo para regresar a las adaptaciones de los últimos best-sellers de Michael Crichton y Tom Clancy. El panorama cambió junto a la llegada del nuevo milenio y comenzamos a recibir adaptaciones dignas y competentes tanto de cómics como de videojuegos. *Resident Evil* fue una de ellas.

Dirigida por Paul W.S. Anderson, *Resident Evil* fue una adaptación bastante libre del juego del mismo nombre que conservaba de su fuente tan sólo los zombies humanos y caninos. Puede que esa sea la fórmula de llevar los videojuegos al cine, dirán algunos, distanciarse lo más posible



del material que tan bien funciona con un joystick en la mano, pero si es así, ¿para qué hacerlo? Pues para profitar de un nombre, de una marca conocida como *Resident Evil* y asegurarse desde ya un público para llenar las butacas con los chicos que han jugado el videogame. *Resident Evil* fue una película competente, sorprendentemente elegante y sobria tratándose de un filme de zombies, con un saborcillo europeo que se agradece y una banda sonora que incluían composiciones del siempre lúdico Marilyn Manson (¿alguien se toma a este tipo en serio?) y Marco Beltrami que también realizó la banda sonora de la excelente película *Blade 2* de Guillermo del

Toro.

Resident Evil: Apocalypse no pareció gustarle a ningún crítico "especializado" (mucho menos a los no-especializados), pero en lo que a mí respecta, me agradó bastante. No extrañé a Romero ni a Fulci conciente que el terror no era el combustible de esta película sino la acción. Y al ser la acción su elemento clave, obviamente que no podía contar con los tiempos y la atmósfera que se experimenta en el juego.

Los juegos de *Resident Evil* son ejercicios exploratorios de suspenso, más thriller que horror y se basan en la resolución de problemas con algunas esporádicas pizcas terroríficas. El personaje del jugador no es particularmente fuerte o ágil, contra zombies y monstruos físicamente está en clara desventaja, pero aún así puede derrotarlos por medio del intelecto, encontrando las soluciones, las herramientas adecuadas, la llave, los fósforos para encender la mecha de la bomba... Los juegos definitivamente no son de acción, y cualquiera sabe que llevar el ritmo pausado y hasta monótono del videogame al cine no habría sido rentable. ¿Qué es rentable?, pues lo que el director Alexander Witt hizo basándose en el screenplay original de Paul W.S. Anderson: peleas acrobáticas, explosiones, motos volando a través de vitrales, explosiones, disparos en cámara lenta, más explosiones y a cambio de una chica hermosa y ruda: dos chicas hermosas y rudas. Yo al menos no me aburrí, y hoy por hoy suelo conformarme con eso, que ciertamente no es poco.

Resident Evil: Apocalypse se basa en el juego de consola *Resident Evil 3: Nemesis*, o mejor dicho utiliza referencias del juego conciliándolas con los elementos de la primera película, o más bien con Alice. Es por esto que la sexy Jill Valentine (Sienna Guillory), no puede ser otra cosa sino un personaje secundario. Al igual que en la primera esta es la película de Mila Jovovich, de

de Alice, y está hecha para su lucimiento. Ahora, personalmente encuentro mucho más atractiva a Sienna Guillory que a Mila, pero eso ¿a quien le importa?

Cuando una película de esta clase (u obra literaria o lo que sea) se convierte en un aporte es cuando agrega algo nuevo al mito que trata. Por ejemplo, Ann Rice agregó algo nuevo al establecer que los vampiros podían enfermar si bebían la sangre de un muerto. Y si bien puede alegarse que los zombies de *Apocalypse* no son más que "carne de cañón" sí encontré algunos elementos nuevos como las prostitutas-zombies, los inquietantes niños-zombies y el cura que alimenta a su hermana-zombie con cadáveres (en *Braindead* de Peter Jackson el protagonista alimenta a los zombies pero no con humanos). También se agradece la presencia de Nemesis, algo así como un "super-zombie", similar al Deathlock de Marvel.

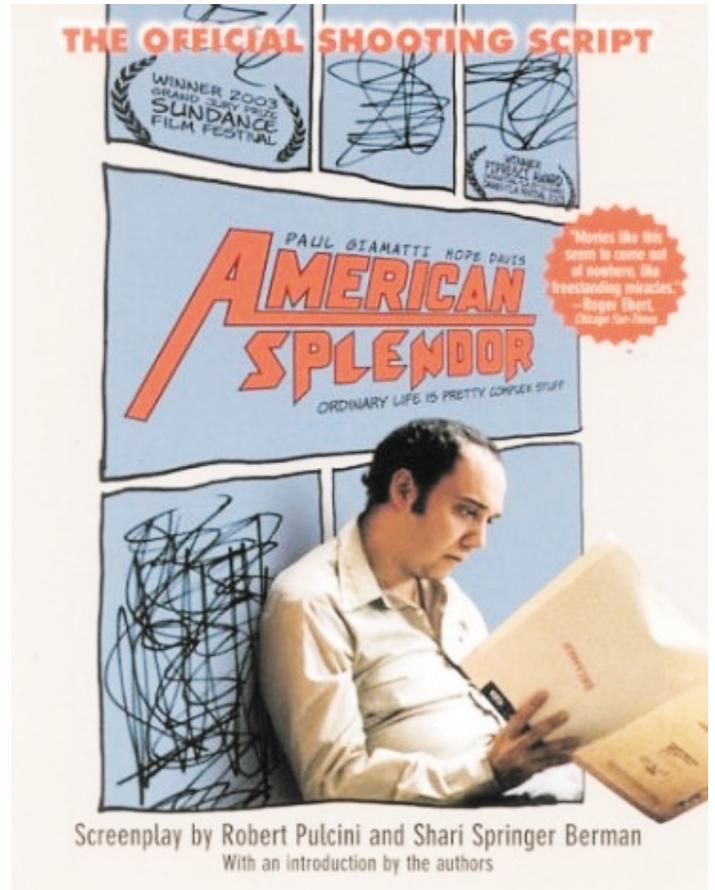
La trama de la película más que al videogame me recordó al clásico filme clase-B *Escape de Nueva York* de John Carpenter, una ciudad aislada convertida en prisión, un sujeto a ser rescatado a cambio de la libertad y la amenaza de una explosión atómica, todo condimentado con zombies de toda clase incluyendo a los clásicos (esos que se levantan de sus tumbas al más puro estilo *Thriller* de Michael Jackson).

American Splendor (2003): Esta es una película extraña, así como extraño puede parecer verla después de *Resident Evil: Apocalypse*. A diferencia de su predecesora (en el orden en que las vi) éste es un filme pretencioso, empaquetado desde un principio con esa odiosa etiqueta de cine-arte y obtuvo premios en el Festival Sundance y de Cannes, recibiendo tantos aplausos como abucheos *Resident Evil*.

American Splendor recurre a distintas técnicas narrativas y el resultado final es un pastiche que no pega ni junta. Siguiendo con las adaptaciones, *American Splendor* es una adaptación de la vida de Harvey Pekar y de su cómic homónimo iniciado en 1976 y publicado a partir de principios de los 1990s por Dark Horse.

La película comienza bastante bien, cinco niños pidiendo dulces en Halloween, la amable vecina que abre su puerta y les entrega golosina los felicita uno a uno por sus disfraces: <<aquí tenemos a Superman, y aquí a Batman y su sidekick Robin, y a Linterna Verde...>> Cuando llega al último niño, que no está disfrazado, le pregunta quien se supone que es: <<Soy Harvey Pekar, sólo un niño del barrio>> contesta el mocoso con una actitud de "entrégue me los malditos dulces o váyase al demonio". Como la amable vecina parece no entender nada, el niño se aleja ante las burlas de los demás, arrojando su bolsa de caramelos al suelo y pateándola. Esto es sin duda lo mejor de la película y algo que en palabras del propio Pekar en los bonus "pudo haber pasado", aunque sabemos que no fue así.

La película habría sido mucho mejor si hubiesen permitido a Paul Giamatti hacer su trabajo, es decir, representar a Pekar. El introducir al verdadero Harvey Pekar con fórceps en la película interrumpe la "suspensión de la incredulidad" con la que todo espectador se recubre antes de ver un filme y convierte al Pekar de Giamatti en una pálida imitación de su



patético referente, sobretudo en lo que al footage de sus visitas al show de Letterman se refiere. Si bien el Pekar representado por Giamatti es un perdedor, un pobre diablo mediocre y fracasado, conserva algo de dignidad quijotesca, la que se va al cuerno cuando contemplamos al verdadero Pekar en sus intervenciones televisivas. Hay una escena incluso en que el Pekar de Giamatti y el actor que representa a su amigo "orgulloso de ser nerd" se retiran a descansar mientras los verdaderos discuten sobre los sabores de unos caramelos y sus correspondientes colores. Es cómo si los directores Shari Springer Berman y Robert Pulcini quisieran decirnos: "¡Mirénlos, estos freaks son reales, no los inventamos!"

Los intentos por emplear elementos de los cómics, por otro lado, están presentes, pero no son explotados en todo su potencial. En ese sentido la pésima película *The Hulk* de Ang Lee

es mucho mejor en lo que a edición y montaje se refiere. Y si la intención de la película es “demostrarnos” que los cómics pueden ser inteligentes, maduros y tratar temas reales, pues esa es una batalla que hace tiempo se ganó con obras como *Maus*, *Hate*, etc.

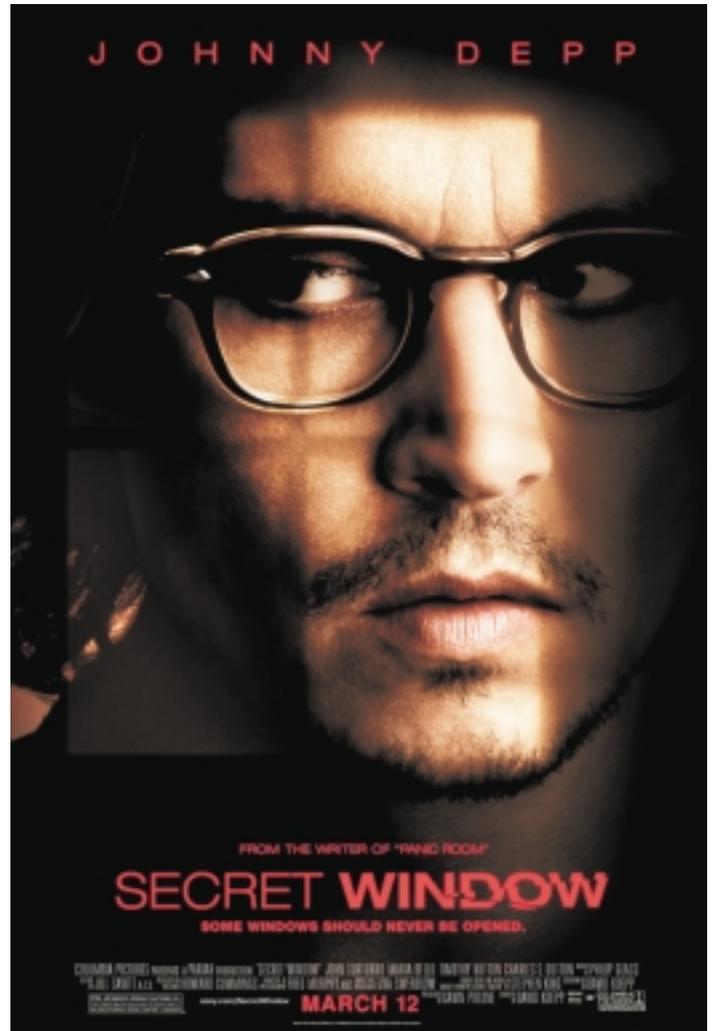
Por último, la película falla en su retrato de Pekar como un perdedor siendo que no lo es. A lo máximo es un sujeto que si bien tuvo un trabajo aburrido, trabajó, que fue amigo de artistas influyentes como Robert Crumb y que pudo hacer su cómic y convertirse en una figura mediática underground. Frente a todo eso yo sí que soy un verdadero perdedor, aunque por otro lado y medido con los estándares de otro puede que sea un hombre de éxito (aunque lo dudo).

Secret Window (2004): Lo primero que se me vino en mente al ver esta película fue otra adaptación de Stephen King al cine: *The Dark Half* dirigida en 1993 por la leyenda del cine de zombies, George Romero, así que hablaré primero de este filme.

De niño, a Thad Beaumont (Timothy Hutton) se le detectó un tumor cerebral que resultó ser los restos no-desarrollados de un hermano gemelo. Más de veinte años después Thad es un escritor exitoso casado y con dos hijos. Los libros que escribe con su nombre real son "literatura seria" pero para mantenerse escribe novelas violentas bajo el seudónimo George Stark. Cuando un chantajista lo amenaza con revelar su nombre de plumme, Beaumont sale del closet y "sepulta" a Stark, lo que desencadena una serie de asesinatos de los cuales el propio Beaumont es el principal sospechoso pese a que no tiene idea de lo que está pasando. El asesino es por supuesto George Stark, y la pregunta que se plantea es si Thad sufre de doble personalidad o acaso su doppelganger realmente ha tomado forma corpórea tras el entierro simbólico.

En lo que a adaptaciones fílmicas se refiere el nombre de Stephen King suele ser sinónimo de baja calidad con notables excepciones (como *The Shining* de Kubrik). Usualmente el Sr. King niega toda asociación con dichas películas como en el caso de *Pet Semetary 2* y *The Lawnmower Man*, pero por otro lado y desconcertantemente tuvo un rol activo en una de las peores películas de 1992: *Sleepwalkers*. En ese sentido *The Dark Half* si bien no está a la altura de *The Shining* es bastante digna gracias al oficio de Romero y los actores principales.

En cuanto a *Secret Window* del escritor de guiones ahora convertido en director David Koepp (*Jurassic Park*, *Panic Room*, y *Spider-Man*), ésta película es tan similar a *The Dark Half* que hasta comparte un actor: Timothy Hutton (que de protagonista es reducido a secundario). La



película está basada en el cuento *Secret Window*, *Secret Garden* que es una suerte de reelaboración que King hizo de *The Dark Half* en un momento en el que aparentemente estaba más escaso de ideas que nunca.

El protagonista es Johnny Depp, algo que podrá servir como gancho para el público pero que claramente atenta contra la credibilidad del filme. Y es que Johnny Depp ya es una "estrella" demasiado grande como para encarnar a otro personaje que no sea el mismo. Hace tiempo que dejé de creer en los personajes de Johnny Depp, aunque debo admitir que no ha caído en las bajezas de Robert de Niro, una patética caricatura de sí mismo interpretando a Travis Brickle perpetuamente hasta en fiascos como la película de Bullwinkle. Cuando veo una película

de Johnny Depp pienso: "Ese es Depp de pirata, ese es Depp de escritor, ese es Depp de investigador psíquico" y lo que es peor, desde la *Novena Puerta* en adelante que el bueno de Johnny no deja de darme risa. Es como si tras Ed Wood todas sus películas fuesen comedias.

En *Secret Window* Johnny Depp interpreta al exitoso escritor Mort Raney. Tras descubrir a su esposa poniéndole los cuernos, Mort se recluye en su cabaña ubicada en uno de esos puebluchos boscosos que tanto gustan a King. Repentinamente es visitado por un tipo que se identifica como Jim Shooter (un John Turturro muy similar al predicador de *Poltergeist II: The Other Side*) que lo acusa de haberle robado su historia. <<You stole my story>> repite con su acento sureño cada vez que entra en escena. Pese a su negativa Mort compara las dos historias percatándose que son idénticas salvo por el final de Shooter, que según él es mejor. Todo este asunto no deja de ser preocupante para Mort ya que ha sido acusado de plagio en el pasado, pero su historia fue publicada antes que Shooter escribiera la suya, cosa que puede probar mostrándole la revista donde fue publicada la que está en su ex-casa, donde vive su ex-esposa con su amante. Entonces alguien mata al perro con un desatornillador, desaparece un vecino, se quema la casa, y muere más gente, todo a causa de la incompetencia de Mort por convencer a Shooter que no le ha plagiado. ¡Por supuesto que Mort no ha plagiado a Shooter!, ya que Mort es... Bueno, ya lo saben.

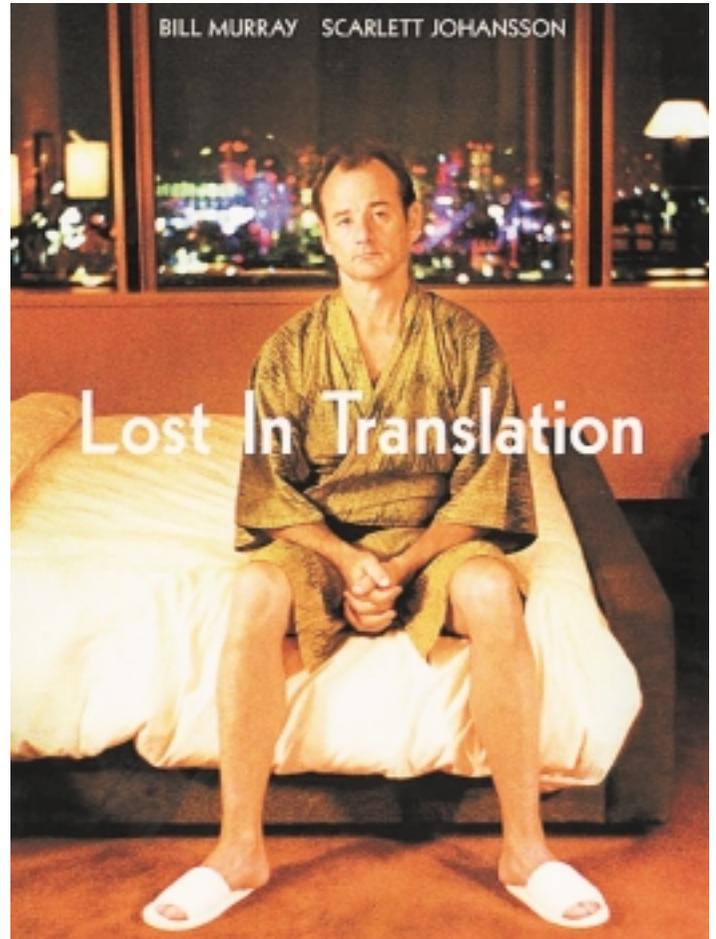
La escena que destaco de la película es la recreación del cuadro de Magritte que utilizamos como ilustración para el artículo de Sandra Leal *Lo fantástico en el escenario de la vida (TauZero #4)*.

Lost in Translation (2003): He aquí una película que quise ver desde su estreno, por varias razones. La primera de ellas, porque estaba protagonizada por Bill Murray que ha sido uno de mis actores favoritos desde *Ghostbusters*, si bien su filmografía no es muy extensa ha estado presente en varias de las películas que más me han gustado como son *El Día de la Marmota*, *Los Excéntricos Tennenbaum* y *Ed Wood*. El papel que mejor realiza Murray es el de aquel tipo desencantado y aburrido de la vida, ese sujeto que está de vuelta de todo y que parece haber perdido cualquier señal de entusiasmo. Como señala Anton Bitel: <<Desde sus apariciones de mediados de los 1970s en *Saturday Night Live*, su expresión de resaca y martini-seco siempre lo hizo parecer de un cinismo más allá de sus años, y ahora que realmente es viejo, interpreta la crisis de la mediana-edad como si hubiese nacido para ello.>>

La segunda razón fue motivada por alguien que vio *Lost in Translation* y me dijo que me identificaría con Bob Harris, el personaje de Bill Murray, lo que fue totalmente cierto. La tercera razón consistía en ver a Murray cantando *More Than This* de Roxy Music, ya que sólo lo había escuchado en la radio aunque podía imaginarme perfectamente su expresión de derrota y hastío.

Lost in Translation de Sofia Coppola fue exactamente lo que yo esperaba que fuese y por lo tanto la situó dentro de mi lista de filmes favoritos de todos los tiempos. Ahora un poco de autoreferencia de esa que tanto detesta el incompetente director de *TauZero*:

Estando en Inglaterra estudiando Arte & Diseño y llegado el fin del primer semestre, se organizó un viaje de estudios a Ámsterdam. Viajamos en bus, de noche, zarpamos en un enorme ferry desde un lugar llamado Felixtowe y finalmente llegamos a Holanda donde alojaríamos en el Hotel Lankaster. Estuvimos cinco días, durante los que a excepción de uno



nunca me sentí más solo en toda mi vida.

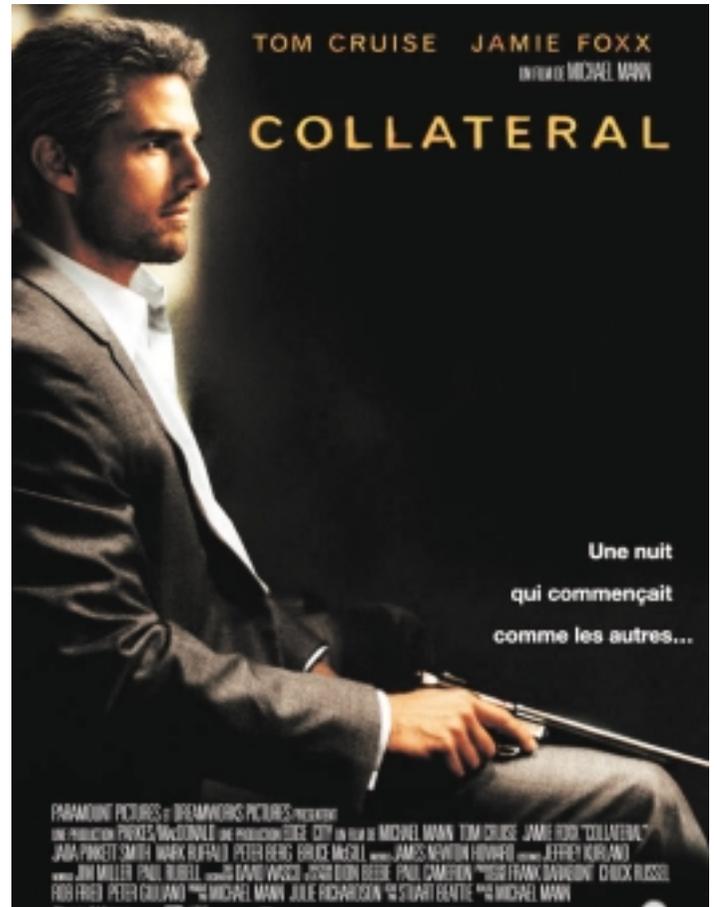
Estaba inserto en un grupo de gente distante para quien no era más que el "extranjero" de procedencia indeterminada entre sus filas, en un país en el que a duras penas podía comprender lo que pasaba y cuyas peculiaridades y costumbres me eran tan extrañas como yo debía serlo para mis compañeros. Fui al Red Light District, miré boquiabierto a las chicas de las vitrinas pero sólo eso. Estuve en el Café Bob Marley y en el Café Pink Floyd pero no fumé marihuana, sólo tomé té. En el museo de Van Gogh me acerqué tanto a un cuadro para ver las pinceladas que comenzó a sonar una alarma y en dos segundos tenía un guardia encima, en las calles y cuando andaba con mis compañeros ingleses, yo era siempre a quien los traficantes se acercaban a ofrecer sus productos (incluso un tipo me pidió que le vendiera droga cierta

ocasión que me quedé parado en una esquina más tiempo del requerido). Por las noches mis "amigos" se iban a beber o bailar y yo me quedaba en el dormitorio del hotel que compartía con dos de ellos. Sólo una vez me invitaron, durante la primera noche, ¿y a donde fueron?, a un pub inglés a beber one pint of lager y escuchar Queen y The Rolling Stones.

Al día siguiente me desperté completamente solo, mis compañeros de habitación no estaban. Bajé a desayunar y tampoco encontré a nadie, le pregunté al tipo de la recepción donde estaba todo el mundo y en un inglés más precario que el mío me explicó que se habían marchado en el bus a un paseo o algo así. "¿Por qué no estás con ellos?", me preguntó. "nadie se molestó en despertarme", le contesté. Así que regresé al bar-restaurant en busca de mi desayuno y fue entonces cuando la vi sentada en una mesa, bebiendo un jugo de naranja o algo por el estilo. Tenía rasgos asiáticos pero era británica, estaba acompañando a su padre que se encontraba en Holanda por asuntos de negocios y tras desayunar nos fuimos a recorrer las calles de Ámsterdam. Vimos muchas esculturas, desde los típicos bustos de próceres hasta las más vanguardistas, vimos un enorme molino, una estatua de piedra de un Tiranosaurio a escala natural y un galeón fuera del Museo Marítimo. Pasamos todo el día juntos, el mejor día de toda esa maldita semana, por la tarde nos despedimos y no la volví a ver nunca más.

***Collateral* (2004):** Hubo una película chilena que como suele ocurrir con todas las películas chilenas (espero que nadie me acuse de antipatriota por esto) no vi ni planeo ver: *Taxi para Tres*, que ganó un importante premio no sé donde. La premisa de éste filme era el “volante o maleta”, frase con la que ciertos delincuentes invitan al chofer de un taxi a participar del atraco previsto o meterse en el portamaletas a esperar que todo pase. El protagonista de *Taxi para Tres* elige “volante” y a partir de ese momento se desarrolla una estrecha colaboración con el par de criminales que lo involucran en sus fechorías hasta que estos descubren a Jesucristo y enmiendan sus vidas.

Bueno, la premisa de *Collateral* es parecida a la del filme chileno en lo que a un taxista obligado a convertirse en cómplice de actos criminales se refiere. La historia es bastante simple y va más o menos como sigue: Max (Jaime Foxx) ha sido taxista durante varios años en Los Angeles mientras espera ahorrar lo suficiente como para comenzar una compañía de limosinas. Max recoge a una pasajera con la que tiene “onda” que resulta ser una abogada (Jada Pinkett Smith) trabajando en un importante caso. Ella parece tener onda con él también y le deja su tarjeta. A continuación Max toma como pasajero al que parece ser un hombre de negocios elegantemente vestido, Vincent (Tom Cruise), quien le ofrece 600 dólares a cambio de llevarle a cinco distintas locaciones en L. A. donde atenderá sus reuniones de negocios. Y no nos habríamos enterado de cual era el negocio de Vincent si a éste en un inexplicable descuido no se le hubiese caído su primera víctima desde el cuarto piso y justo sobre el taxi de Max. A partir de ese momento el taxista es obligado a seguir con los planes del asesino a sueldo que contempla eliminar a cuatro sujetos más. Pronto la dupla tiene a la policía de Los Angeles, los Federales y a unos mafiosos tras ellos pero aun así Vincent



se las arregla para cumplir con sus obligaciones, hasta que Max decide ponerse los pantalones y rebelarse.

No hay peor película para mí que aquellas que tienen potencial y se diluyen en una falsa promesa traicionándose a sí mismas. Prefiero una película mala que termine bien que una buena que termina mal.

Michael Mann no es el más prolífico de los directores, realiza una película cada tres o cinco años, pero sus filmes suelen valer la espera. No es el caso de *Collateral*, que pese a todos sus méritos falla estrepitosamente al recurrir a las manidas fórmulas hollywoodenses que uno francamente no espera de Mann. Tras una hora y media me sentí estafado, el Sr. Mann se burló de mí, me pasó gato por liebre y eso no lo tolero.

Resulta que la última potencial víctima de Vincent es justamente la bella abogada que

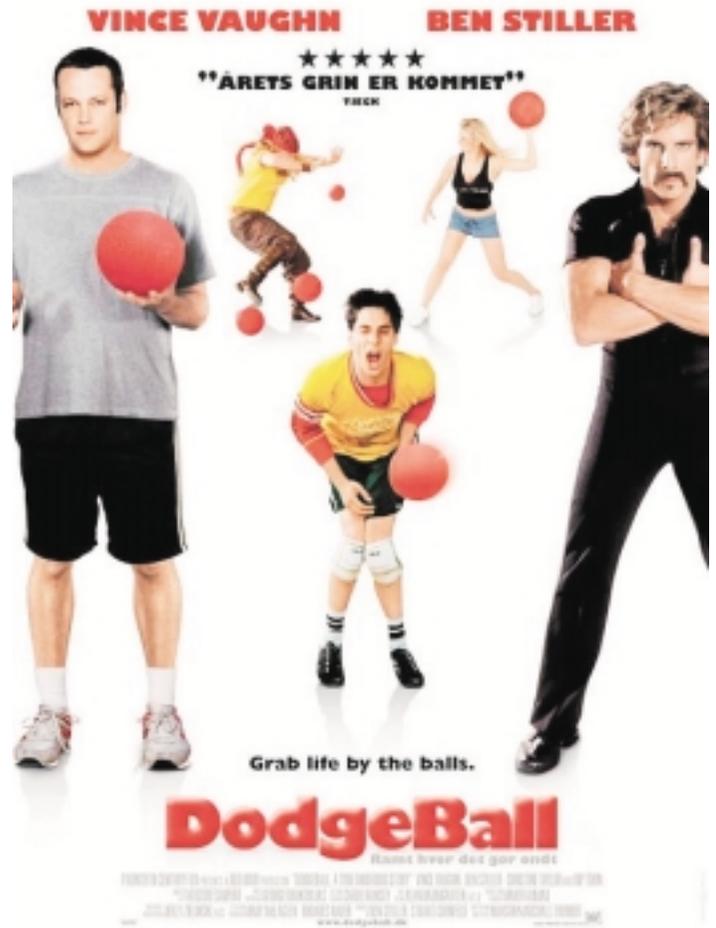
ocupó el taxi antes que él y con la que Max tuvo "onda", y a causa de eso es justamente que el taxista convertido en caballero de brillante armadura reúne el valor para enfrentarse al malvado asesino y derrotarlo para quedarse con la princesa que, además, es afronorteamericana como él (ya que a Hollywood no le gustan las parejas interraciales). Todos los otros testigos que Vincent elimina merecen morir porque son malos, el traficante latino menor, el abogado especialista en liberar a criminales, el oriental mafioso dueño de un club nocturno e inclusive el músico de jazz involucrado con la gente equivocada, todos menos la "bella abogado". Ella es buena, no puede morir, ¿verdad?

La escena que rescato es aquella donde Max es obligado por Vincent a hacerse pasar por él frente al temible Felix (Javier Bardem). La metamorfosis de asustado cachorrito a fiero león que recita las mismas frases de Vincent es digna del oscar.

Dodgeball: A True Underdog's Story (2004):

No soy muy adepto a las comedias norteamericanas, a menos que Ben Stiller esté presente. *Dodgeball* (dirigida por un tal Rawson Marshall Thurber) no está a la altura de la hilarante *Zoolander* pero se defiende. Si en la película anterior Stiller hizo mofa del mundo del modelaje aquí su víctima son los gimnasios y la obsesión por mantenerse "en forma". El sumamente vanidoso pero ingenuo y bienintencionado Derek Zoolander es reemplazado por White Goodman, igualmente vanidoso pero malévolamente ambicioso y vengativo. No sé si el Dodgeball sea un deporte que se esté practicando en Estados Unidos o cualquier otro lugar del mundo, pero sí seguramente sigue estando presente en los patios y gimnasios de los colegios. Cuando yo era un escolar jugaba bastante a una versión simplificada del Dodgeball que denominábamos "quemadas". El juego consistía en "quemar" a los otros participantes de un pelotazo en cualquier parte del cuerpo, el quemado entonces cogía la pelota e intentaba a su vez conseguir un blanco que golpear. Por supuesto que este juego estaba diseñado para infringir dolor y era la perfecta oportunidad para que los sádicos hicieran de las suyas pero no recuerdo que nadie resultara herido, lo que no puede decirse de cuando jugábamos a Titanes del Ring (versión chilena de principios de los 1980s de la WWF), donde corrió harta sangre de narices y varias piezas dentales (aunque fuesen dientes de leche) fueron perdidas.

La película no vale la pena comentarla, es una completa idiotez que debe verse para disfrutarla. Sólo tengo una queja: Vince Vaughn, el actor que interpreta al antagonista de Stiller es el tipo más monótono y carente de entusiasmo que he visto en película alguna. Aburrido, inexpresivo, tieso, ha de haber sido el reemplazo de Owen Wilson que de seguro estaba ocupado en algún proyecto más "serio".



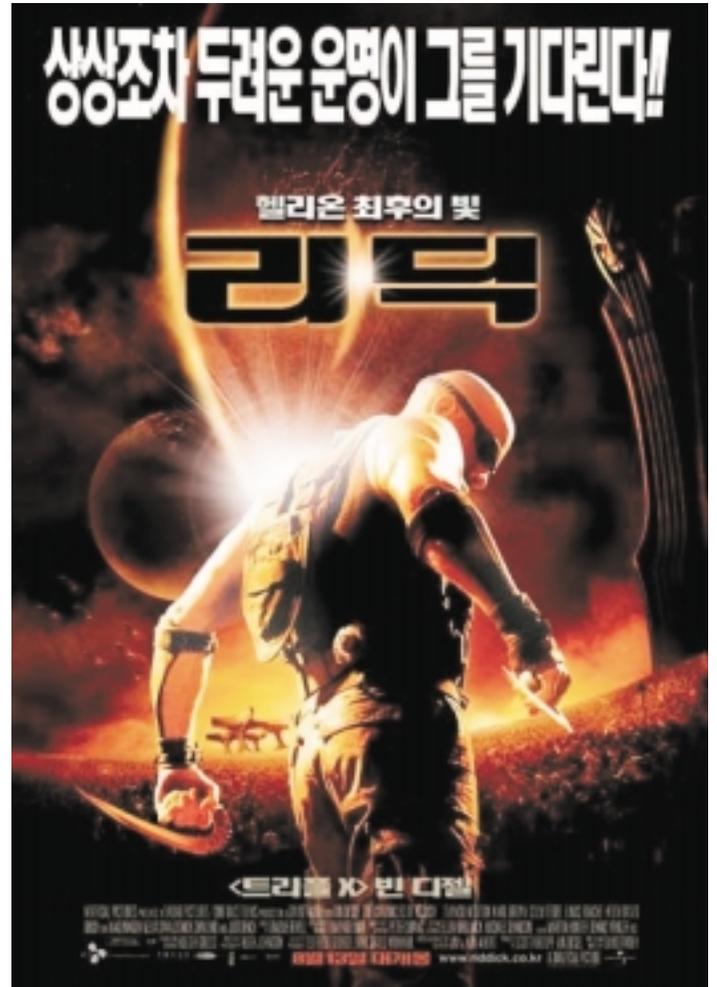
Chronicles of Riddick (2004): La última película que vi durante mi ciclo de DVDs rentados y la única que podría considerarse auténtica ciencia ficción (que es el género que principalmente atañe a *TauZero* después de todo).

No tenía mayores expectativas con este filme (a diferencia de *Lost in Translation*, por ejemplo) por lo que me agradó bastante pese a ser un flagrante refrito de varias otras cintas de acción, fantasía y cf (o tal vez a causa de ello). A estas alturas de mi artículo ya estoy algo cansado, por lo que me excusarán si recurro a una cita al comentario de Joaquín R. Fernández en la revista de cine *La Butaca* como introducción a mi crítica:

<<Más de cien millones de dólares es lo que se ha gastado la Universal en una película que pretende ser una continuación de otra que en su día recaudó poco más de cincuenta en las carteleras de todo el mundo (si bien en aquella ocasión su presupuesto era cinco veces menor que el de su secuela). Y es que *Las Crónicas de Riddick* toma al personaje más carismático de *Pitch Black*, aquella entretenida cinta de David Twohy que, al carecer de pretensión alguna, no molestó a casi nadie, y lo introduce en un mundo más vasto y pretencioso, transformando una pequeña obra de culto (o eso es lo que afirman algunos) en toda una superproducción de Hollywood.>>

No vi *Pitch Black* y ninguna película de Vin Diesel antes de *Las Crónicas de Riddick*. Por supuesto que estaba al tanto del asenso de Diesel como el nuevo héroe de acción llamado a ocupar el sitio vacante dejado por Schwarzenegger, Stallone y Bruce Willis (¿alguien recuerda a Jean Claude Van Damme?), aunque me sorprende que haya derivado tan pronto a las comedias familiares. Schwarzenegger, por ejemplo, hizo varias competentes películas de acción antes de derivar en este odioso género con filmes como *Twins* y *Kindergarten Cop*.

No voy a extenderme en la trama de *Las*



Crónicas de Riddick ya que me parece un ejercicio mucho más interesante de desglosar las influencias/citas/plagios/tropos que se articulan en ella, limitándome sólo a otras películas y series de televisión:

Superman: Riddick es el último miembro de una raza que ni el mismo conoce (aunque como suele ocurrir en estos casos no es del todo cierto, recordemos *Superman II*).

Dragon Ball Z: Lord Marshall, el poderoso líder de los Necromongers, teme a la profecía según la cual un Furian será quien lo derrote, razón por la cual destruye a toda esa raza, aunque conserva a unos cuantos a su servicio. Freezer, poderoso líder de una coalición de alienígenas dedicados a conquistar y vender planetas teme a la profecía según la cual un Saiyayin será quien lo derrote, razón por la cual

destruye a toda esa raza, aunque conserva a unos cuantos a su servicio.

Duna: La estética de los Necromongers es muy similar a la del filme de David Lynch. Los Elementales son una suerte de Bene Gesserit y la lucha final entre Riddick y el Lord Marshall en el salón del trono es idéntica a la de Paul Atreides y el sobrino del Barón Harkonnen.

Conan: Inadvertidamente y agotado tras la lucha, Riddick se sienta en el trono del Lord Marshall convirtiéndose así en el líder de los Necromongers cuya máxima es: "Puedes conservar aquello que matas". La pose y actitud meditativa de Riddick es igual a la de Schwarzenegger al final de la segunda parte de Conan.

Star Trek: Toda la secuencia en el planeta prisión Crematoria es muy similar al cautiverio del Capitán Kirk y el Dr. Bones McCoy en un gélido mundo Klingon. Los feroces perros con disfraz de los Klingons son reemplazados en *Las Crónicas de Riddick* por unos felinos escamosos generados por computador.

Escena destacable: El sacrificio del Purificador, un tipo que creíamos el más fundamentalista de los Necromongers resulta ser un Furian como Riddick.

© 2005, Sergio Alejandro Amira.

GLENN GOULD VS. THOMAS MANN

por F. d. S.

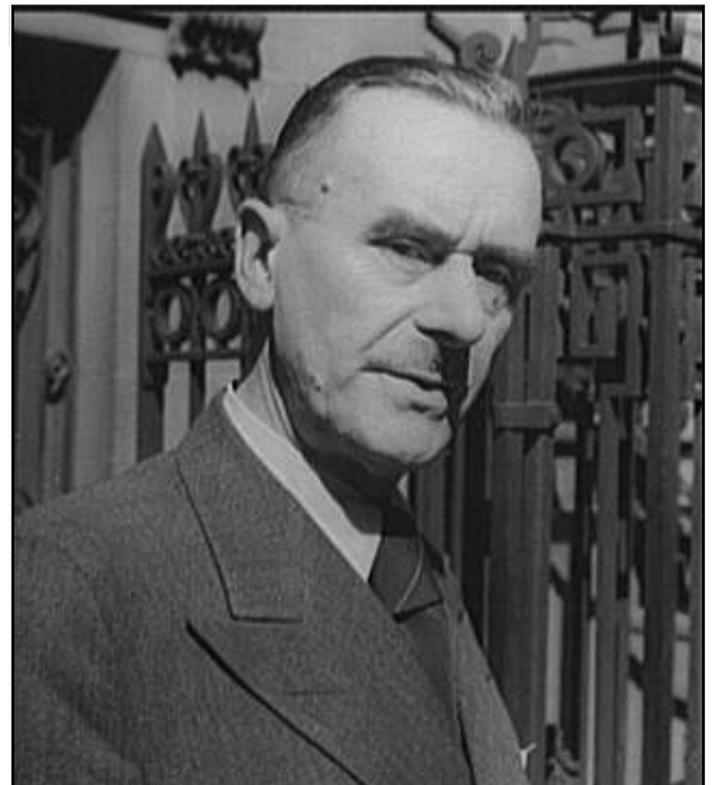
Acercamiento a las tres últimas sonatas de Beethoven

Para Glenn Gould las opiniones más interesantes, las frases más brillantes y reveladoras provenían siempre de personas que dominaban cabalmente algunos temas. Las revelaciones más instructivas, decía, proceden de áreas sólo indirectamente relacionadas con el entrevistado. Así refiere una entrevista a un teólogo sobre tecnología, a un inspector de aduanas sobre Williams James, a un economista sobre el pacifismo y a una dueña de casa sobre la codicia en el mercado del arte.

Siguiendo esta misma lógica, ¿podemos entrevistar al arte sobre moral? ¿O a la moral sobre arte? Mi respuesta es que sí se puede. Pero esta afirmación conlleva una numerosa lista de acotaciones. Quiero aquí referir una sola por medio de la crítica que hace el mismo Gould a la visión de Thomas Mann acerca de las últimas sonatas de Beethoven.

Kretzschmar, en *Doktor Faustus*, dicta una serie de conferencias sobre música, una de ellas dedicada a las sonatas. "Lo mismo que el tema de aquel movimiento", dice Kretzschmar, refiriéndose al del último movimiento de la sonata op.111, "que pasa por medio de cien destinos, de cien universos de contrastes rítmicos, acaba de superarse así mismo y se pierde en las alturas vertiginosas que podrían llamarse las del más allá o de la abstracción, así el arte de Beethoven se había sobrepasado así mismo (...) había llegado a la esfera donde ya no subsistía más que su esencia personal, un yo dolorosamente aislado en lo absoluto y, además, desprovisto del elemento carnal, por la pérdida del oído".

¿Esencia personal desprovista de elemento carnal? ¿Eso es el hombre en su cumbre espiritual? Para colmo, el conferenciante de Mann



es tartamudo y, al inspirarse, casi se revuelca con estertores y toses estruendosas, queriendo asociar la cumbre de lo espiritual con la nulidad del cuerpo.

Gould critica estas opiniones por dos motivos: primero porque se alejan del análisis netamente musical y, segundo, porque estas sonatas "se nos muestran como construcciones calcificadas e impersonales de un alma insensible a los deseos y tormentos de la existencia." Más allá de la evidencia de la disputa entre ambas posturas, quiero destacar que no sólo el segundo motivo de Glenn Gould es de carácter moral. En cierto sentido, todas las opiniones de Gould estaban teñidas de una carga moral.

Pero lo sorprendente y lo insólito y perturbador de esta disputa es que ambos estaban en total acuerdo en los conceptos musicales (o si se quiere artísticos) de estas obras. Mann se refería a la "confluencia de subjetividad armónica y objetividad polifónica". Por su parte, Gould hablaba de la unión de una "descuidada espontaneidad y disciplina objetiva." El aspecto central consistía en la radical conjunción de los mayores opuestos dentro de las últimas sonatas, lo que producía su particular nivel de tensión.

La diferencia entre las opiniones de Mann y Gould se encontraría entonces no en la interpretación de estas obras, sino en la interpretación de la interpretación. Es decir en el trayecto que se elige para regresar a las obras luego de haber reflexionado sobre ellas. Dicho camino de regreso suele estar obstruido, plagado de puntos ciegos, son numerosas incertidumbres que exigen respuesta inmediata.

Por eso, y regresando a la idea inicial de Gould sobre las opiniones, en el sentido de sus palabras quizá haya que descubrir una vocación por la demora, el retardo en ese camino de regreso. Posiblemente ni siquiera se trate de un problema referido a la aplicación de preceptos morales o éticos a la interpretación de obras de

arte. Quisiera estar confiado en que todo conflicto de la interpretación no se traducirá en un aplacamiento de las opiniones de regreso, que no cundirá el temor a ser malinterpretado. Quisiera que se propagara ese "carácter destructivo" que no sólo no teme a ser malinterpretado, sino que persigue serlo.

© 2005, F. d. S.

NO DIVISIBLE

por José Fco. Camacho

Órbitas

"Cualquiera que no esté impactado con la teoría cuántica no la ha entendido".

Niels Bohr

Retomando la estructura del átomo recordemos que Rutherford había dicho que esta partícula estaba formada por un núcleo con carga positiva y los electrones de carga negativa girando a alrededor del primero, como un diminuto sistema solar. Sin embargo, su modelo tenía una enorme falla pues no explicaba por qué los electrones no eran atraídos hacia el núcleo, ya que al ser de carga opuestas, lo lógico era que entre ambos existiera una atracción. Así, el electrón giraría alrededor del núcleo, pero caería en espiral hasta el núcleo (Figura 1), compactando al átomo, cosa que no ocurría en realidad.

Para solucionar esta incógnita tendría que venir Niels Bohr (1). Lo que hizo este físico danés fue interesarse por el espectro del hidrógeno y utilizarlo para develar aún más la estructura del átomo. También hizo uso de los conceptos de Max Planck sobre los cuantos, los cuales se verán más adelante. Con respecto al espectro del hidrógeno, Bohr se hizo la pregunta clave: ¿Por qué hay líneas de colores separadas por líneas oscuras en el espectro del hidrógeno? (Figura 2). Entonces imaginó un átomo en donde los electrones giran en torno al núcleo como ya se había establecido en esa época. Lo nuevo que introdujo es que estos giros lo harían en orbitas bien definidas. Según su modelo, un electrón podía ocupar alguna de esas órbitas, pero también podía pasar a alguna otra. Entre una y otra había diferencias energéticas, siendo las más cercanas al núcleo las de menor energía, en tanto las más

lejanas poseían mayor energía. Si un electrón pasaba de una órbita de menor energía a una de mayor energía, debía absorber energía cuya cantidad fuera similar al diferencial entre ambas órbitas. Por el contrario, si un electrón pasaba de una órbita de mayor energía a una de menor energía, la única condición era que debía liberar la cantidad de energía equivalente al diferencial de ambas órbitas. Por eso los átomos de hidrógeno al excitarse emiten luz en determinadas frecuencias y esas líneas de colores están separadas por espacios oscuros en el espectro. Estos espacios oscuros representan el espacio que existe entre una y otra órbitas. Bohr incluso predijo la existencia de otras líneas en el espectro que no caían en la región visible, sino en el ultravioleta y en el infrarrojo. Estas predicciones fueron comprobadas posteriormente por T. Lyman (1914), F. Brackett (1922) y por A. H. Pfund (1924).

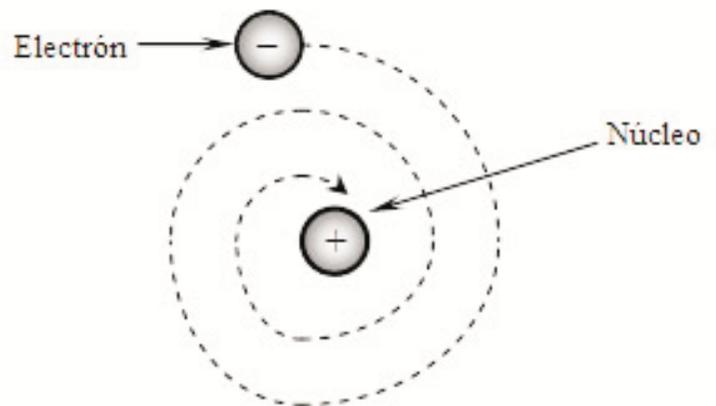


Figura 1. Al tener cargas opuestas, el electrón debería caer en espiral hacia el núcleo, según el modelo de Rutherford.

Hagamos un ejercicio. Vayamos a una escalera y tomemos una pelota y una cámara. Coloquemos

la pelota en el primer escalón y le tomamos una fotografía. Ahora la colocamos en los escalones 2, 3 y 4, tomándole sus respectivas fotografías. Si empalmáramos nuestras 4 fotografías observaremos la pelota en los escalones 1, 2, 3 y 4, pero nunca podríamos ver la pelota entre un escalón y otro. Ahora, si traducimos este ejemplo, las fotografías empalmadas representan un espectro (como el del hidrógeno), el cual nos muestra donde están las órbitas (escalones) de los electrones (pelota). Así, el espectro del hidrógeno sólo muestra líneas de colores correspondientes a las órbitas del átomo. Donde no hay órbitas (y por lo tanto, tampoco electrones), sólo hay espacios oscuros. Si el átomo pudiera absorber y emitir energía en forma continua, no habría líneas de colores y espacios vacíos en el espectro, es decir, sería continuo también. En este caso el electrón podría absorber cualquier cantidad de energía y en vez de órbitas estaría vagando a una distancia variable alrededor del núcleo. Pero como al parecer existían órbitas bien definidas, también debía existir cantidades definidas de energía para cada una de ellas y para pasar de una a otra. Para explicar esto, Bohr hizo uso de los conceptos de Max Planck, como ya se había mencionado.

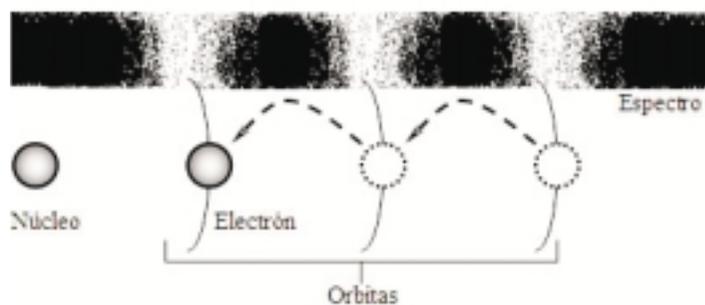


Figura 2. Esquema de un espectro y las órbitas de un átomo.

Cuántos cuantos

"Ya no pregunto si existen realmente esos cuantos. Ni trato de construirlos, ya que ahora sé que mi cerebro es incapaz de profundizar el problema por ese camino."

Albert Einstein

La famosa teoría cuántica tuvo su inicio en 1900 cuando Max Planck la emitió por primera vez (2). Planck era profesor de la Universidad de Berlín e investigó teóricamente las condiciones de equilibrio entre la materia y la radiación, explicando la radiación del cuerpo negro. Para fines prácticos, esta radiación era un concepto que la física clásica sostenía (apoyada por los cálculos de Lord Rayleigh y Sir James Jeans) que consistía en que un cuerpo caliente debería irradiar ondas electromagnéticas con igual intensidad en todas las frecuencias. Como el número de frecuencias es ilimitado, entonces la energía total irradiada debería ser infinita. Esto resultaba ilógico, pues siempre se verificaba la denominada "catástrofe del ultravioleta". ¿Por qué ese nombre? Lo que pasaba era que al llegar a la longitud de onda ultravioleta, la radiación emitida era muy poca, lo cual no cuadraba con las ideas de la física clásica. Ahí es donde entra Planck, cuya conclusión fue algo sorprendente para su época, pues sostuvo que la interacción entre la materia y la radiación no se verificaba en forma continua. Con esto, Planck se opone a la teoría ondulatoria clásica, ya que él afirmaba que la energía era emitida en unidades discretas, es decir, pequeños paquetes conocidos como cuantos. Mediante los cuantos se transfería energía de la materia a la radiación y viceversa. Así, el cuerpo caliente podría emitir radiación en distintas frecuencias, pero que a medida que la frecuencia fuera más alta se necesitaba más energía para emitir un cuanto a dicha frecuencia.

De esta forma, a frecuencias muy altas la emisión de un solo cuanto requeriría más energía de la que se podía obtener.

Pero Planck no llegó hasta ahí. También estableció una ecuación matemática con la cual se deducía que la cantidad de energía (representada por la letra E) transferida por un cuanto, era proporcional a la frecuencia de la vibración (representada por la letra griega ν , pronunciada "nu") del sistema generador de energía (frecuencia de la luz (3) o cualquier otra radiación emitida). La fórmula quedaba así:

$$E = h\nu.$$

La letra h representa la llamada constante de Planck, la cual es universal y tiene un valor de 1.5836×10^{-37} kcal*seg (4) (5) o 6.63×10^{-34} Joules*seg (6). Por lo tanto, a mayor frecuencia de la radiación, mayor energía liberada. De ahí que ocurriera la "catástrofe del ultravioleta", pues para emitir un solo cuanto de energía a esas altas frecuencias se requería mucha energía.

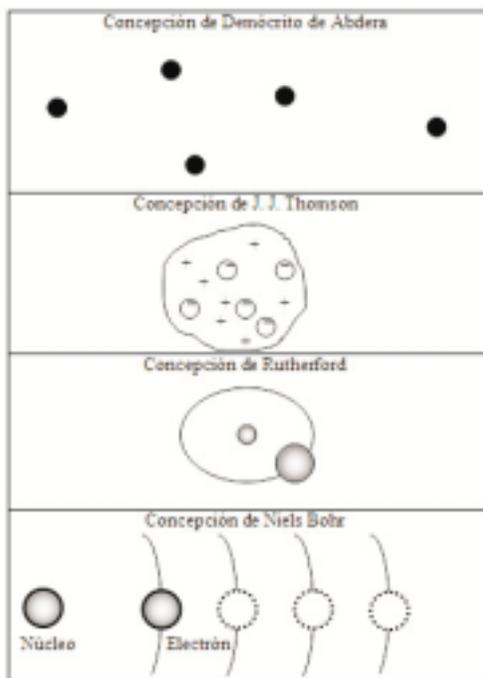


Figura 3. Evolución del concepto del átomo desde Demócrito hasta Niels Bohr.

Pero volvamos al átomo de hidrógeno, según el nuevo modelo de Bohr. Sabemos que el hidrógeno tiene la estructura atómica más simple, con sólo un protón y un electrón girando alrededor. Este electrón se encuentra a una distancia fija del núcleo, ocupando una órbita con la más baja energía de todas. En esta forma, el átomo de hidrógeno está en estado normal o "no excitado". Si le aplicamos energía, el átomo pasa a un estado de "excitación" y el electrón salta a la segunda órbita, a la vez que absorbe energía. Como el estado de excitación es inestable, el electrón regresa a la primera órbita, liberando la energía previamente absorbida. El papel de los cuantos en su modelo es que si un átomo absorbe un cuanto de energía, pasa a una órbita superior. Y cuando libera el cuanto de energía, cae a un nivel energético inferior. No es posible absorber un fragmento de cuanto y quedar entre una órbita y otra, porque de principio, no hay fragmentos de cuantos. De ahí que las órbitas estén bien establecidas.

En el espectro del hidrógeno se observan varias líneas de colores, la mayoría de las cuales corresponden a órbitas no ocupadas (recordemos que el átomo del hidrógeno sólo tiene un electrón y éste se encuentra en la primera órbita), sólo visibles cuando el átomo de hidrógeno está excitado, con lo cual el electrón ocupa esas órbitas en forma transitoria. Y así cada átomo tiene sus espectros, los cuales nos revelan su estructura íntima. En el caso de los elementos ligeros se produce un espectro en la región de la luz visible. Si se trata de elementos pesados, la radiación es en forma de rayos X. Todo parecía ir viento en popa con esta nueva concepción de la estructura del átomo, hasta que vinieron más problemas.

Niveles y Subniveles

"Si alguien dice que él puede pensar acerca de los problemas cuánticos sin sentirse mareado, eso únicamente muestra que él no conoce nada acerca de ellos."

Niels Bohr

Como la diferencia entre una órbita y otra dependía del grado de energía de sus electrones ocupantes, posteriormente se les cambiaría el nombre por el de niveles de energía. Según el modelo de Bohr, los electrones quedarían distribuidos en niveles energéticos designados con los números 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7 (o K, L, M, N, O, P y Q, respectivamente). Lógicamente, la órbita de menor energía es la 1 (la más cercana al núcleo), aumentando gradualmente hasta la órbita 7 (la más lejana al núcleo). Al número que designa el nivel energético se le llama "número cuántico espacio energético fundamental" (7) y se representa con la letra "n".

No todos los niveles de energía pueden albergar la misma cantidad de electrones. Para poder saber cuántos electrones tiene cada nivel energético, se usa esta fórmula: $2n^2$.

Nivel energético N	Número de electrones ($2n^2$)
1	$2(1)^2 = 2$ electrones
2	$2(2)^2 = 8$ electrones
3	$2(3)^2 = 18$ electrones
4	$2(4)^2 = 32$ electrones

La fórmula $2n^2$ se cumple sólo para los niveles 1 a 4, ya que en el caso de los niveles 5 a 7 no soportan un número de electrones igual

$2n^2$, es decir, 50, 72 o 98 respectivamente.

Nuevas investigaciones sobre el espectro del hidrógeno utilizando instrumentos mucho más sensibles demostraron que había líneas de colores mucho más finas, aparte de las visualizadas por Bohr. Esto llevó a que en 1915 Arnold Sommerfield (físico alemán) modificara el modelo de Bohr, agregando el concepto de que los niveles energéticos eran elípticos y a sugerir la división de los niveles de energía en subniveles de energía. Posteriormente estas ideas fueron aceptadas y se llamó a estos subniveles de energía como s, p, d y f. El llamado "número cuántico por forma" (8) indica el número de subniveles energéticos posibles para cada nivel de energía. Este número cuántico por forma se representa con la letra "l" y su valor es de $n - 1$ (0, 1, 2, 3...). A cada uno de estos valores le corresponde un subnivel, por lo que el número de subniveles del nivel energético 3 es de 3. Este es el llamado modelo atómico de Bohr-Sommerfield.

El primer subnivel (**s**) tiene una forma esférica y contiene 2 electrones, el subnivel **p** tiene forma de bolas y contiene 6 electrones, el subnivel **d** tiene forma de lazos y contiene 10 electrones, en tanto el subnivel **f** tiene una forma compleja y alberga 14 electrones (Figura 4).

Nivel energético Valor de los subniveles energéticos

N	($n - 1$)
1	$1 - 1 = 0$ subniveles
2	$2 - 1 = 1$ subniveles
3	$3 - 1 = 2$ subniveles
4	$4 - 1 = 3$ subniveles

Experimentos para la dualidad

"Pasé diez años de mi vida probando la ecuación de Einstein de 1905, y contra mis expectativas, en 1915 tuve que sostener su clara verificación a pesar de su irracionalidad."
Robert Millikan

Antes de continuar develando las intimidades del átomo debemos analizar la luz. Desde tiempos antiguos los filósofos pensaban que estaba constituida por partículas pequeñas que se propagaban en línea recta a gran velocidad. Para alrededor del año 1500 Leonardo da Vinci advierte la similitud entre el eco y la reflexión de la luz y propone que la luz podría ser una onda. Decenas de años después, esta idea aún sería apoyada por Christian Huygens.

Por su parte, Sir Isaac Newton nuevamente retoma la idea de que la luz posiblemente estaba constituida por partículas. Los fenómenos de reflexión y refracción podían ser explicados con ondas y partículas. Por muchos años la teoría dominante fue la de la luz como partículas, debido más que nada al mayor prestigio del maestro Newton. Sin embargo, la teoría corpuscular de la luz sufrió un terrible golpe con la llegada de Thomas Young (9) en 1800 con su experimento de las dos rendijas. Para entenderlo, vayamos a un lago o estanque y arrojemos una piedra. Todos hemos visto que cuando soltamos una piedra se forman olas concéntricas que se alejan del punto donde la piedra entró al agua. Esas olas poseen crestas y valles, como cualquier otra onda. El mismo efecto de la piedra puede ser producido si golpeamos con un dedo la superficie del agua. Si el golpe con el dedo se realiza en forma repetida, tendremos una mayor duración del fenómeno. Ahora bien, si usamos un dedo de cada mano, separados por algunas décimas de centímetros obtendremos dos fuentes de

ondas. Si coordinamos ambos dedos para que cada golpe sea al mismo tiempo, obtendremos dos fuentes en fase. El decir que se encuentran en fase significa que cuando una fuente produce una cresta, la otra también produce otra cresta (o un valle una y la otra también). Entonces las ondas de cada fuente pueden encontrarse y producir algunos fenómenos interesantes. Cuando una cresta se encuentra en un mismo punto del agua con otra cresta, ambas se suman y producen una cresta mayor (el mismo principio de aplica a los valles). Pero si una cresta se encuentra con un valle, y ambos son proporcionalmente de la misma intensidad, simplemente no se produce nada.

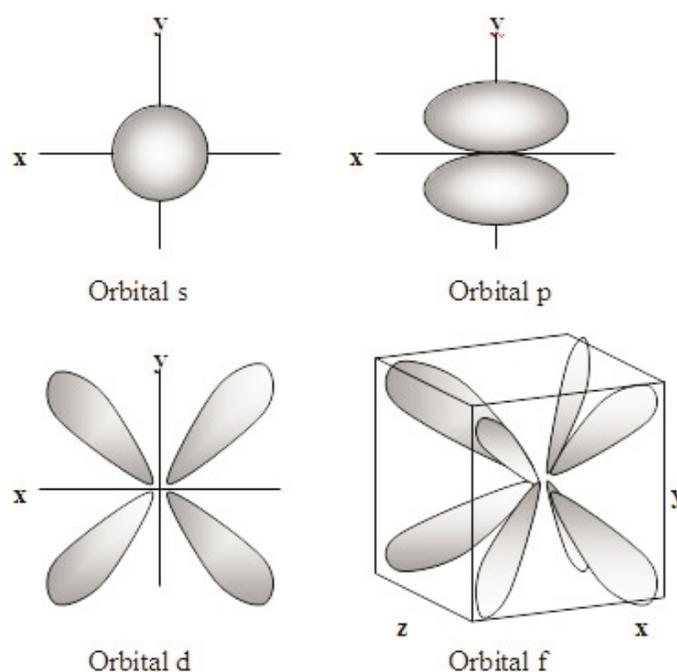


Figura 4. Forma de los subniveles energéticos.

Este es el fenómeno de la interferencia, la cual puede ser de dos tipos: Constructiva (cuando se intensifica una cresta o un valle) o destructiva (si ambas ondas se eliminan y no se produce nada). Si graficáramos las zonas donde se producen las interferencias constructivas y destructivas, obtendríamos un esquema como el de la Figura 5. Observamos que las

interferencias se producen en forma alternada, una constructiva y después una destructiva. Una cresta se encuentra con un valle, y ambos son proporcionalmente de la misma intensidad, simplemente no se produce nada.

Ahora bien, si esto ocurre con todas las ondas, y si se pensaba que la luz era una onda, era lógico pensar que este fenómeno también debía observarse en ella. Intentémoslo colocando dos lámparas separadas apenas unos centímetros entre sí y de una pared blanca. Lo desconcertante es que no observamos interferencias en la pared, es decir, zonas de mayor luminosidad (interferencia constructiva) o de oscuridad (interferencia destructiva). ¿Qué ocurre? Lo que pasa es que ambas lámparas tienen diferencias entre sí, y una de ellas es que emiten luz en forma distinta. Luego, no están en fase sus ondas, por lo que difícilmente se observarán fenómenos de interferencia entre ellas.

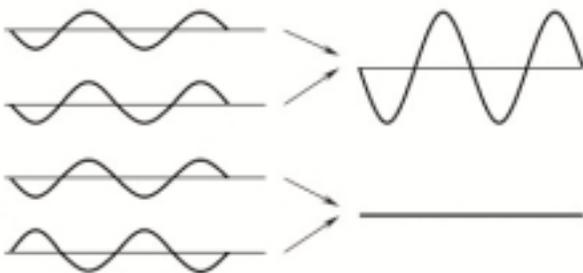


Figura 5. Fenómeno de la Interferencia constructiva (arriba) y destructiva (abajo).

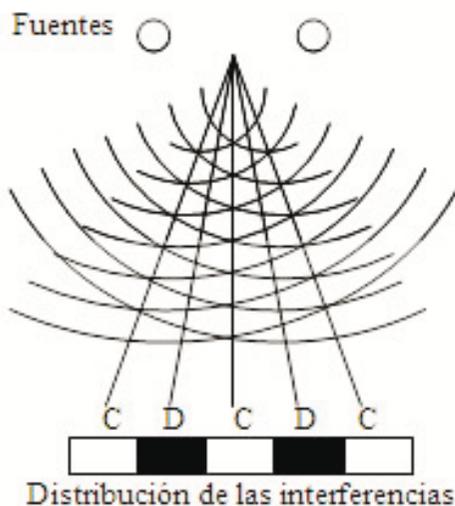


Figura 6. Fenómeno de Interferencia. Las letras C indican que se trata de una interferencia constructiva (observe como las dos ondas se superponen) y las letras D indican que se trata de una interferencia destructiva (observe como las ondas están alternadas). Abajo se muestra como se distribuyen las dos interferencias, alternando una constructiva con una destructiva.

Aquí es donde entra el ingenio de Thomas Young. Este físico ideó su experimento de las rendijas para demostrar que la luz tenía carácter de onda. Primero, él utilizó sólo una fuente de luz (una lámpara o el sol) frente a la cual colocó una placa con una pequeña rendija. Al pasar por esa rendija la luz se difracta (10), dirigiéndose a una segunda placa con dos rendijas, las cuales tienen la misma distancia respecto a la primera rendija (Figura 7). En las rendijas de la segunda placa la luz vuelve a difractarse, lo que equivale a tener dos fuentes luminosas. Como todo cambio en la onda proveniente de la primera placa se transmite simultáneamente a la segunda placa, podemos decir que tenemos dos fuentes en fase. La luz difractada a través de las dos rendijas de la segunda placa ahora sí sufrirá el fenómeno de interferencia. Si colocamos una pantalla para recibir las ondas luminosas, obtendremos una banda con regiones claras y oscuras, alternadas, de forma similar a las ondas en nuestro experimento previo con agua. Las zonas claras corresponden a la interferencia constructiva y las zonas oscuras a la interferencia destructiva. Como se observa, es el mismo fenómeno que se observa con las ondas de agua. Luego, según esta demostración, la luz tiene característica de onda. Con este sencillo experimento de Young parecía que el debate acerca del carácter ondulatorio de la luz (y demás radiaciones electromagnéticas) terminaba felizmente. Pero también hemos visto a lo largo de todo este andar histórico que una cosa sencilla puede dar

dar al traste con todo.

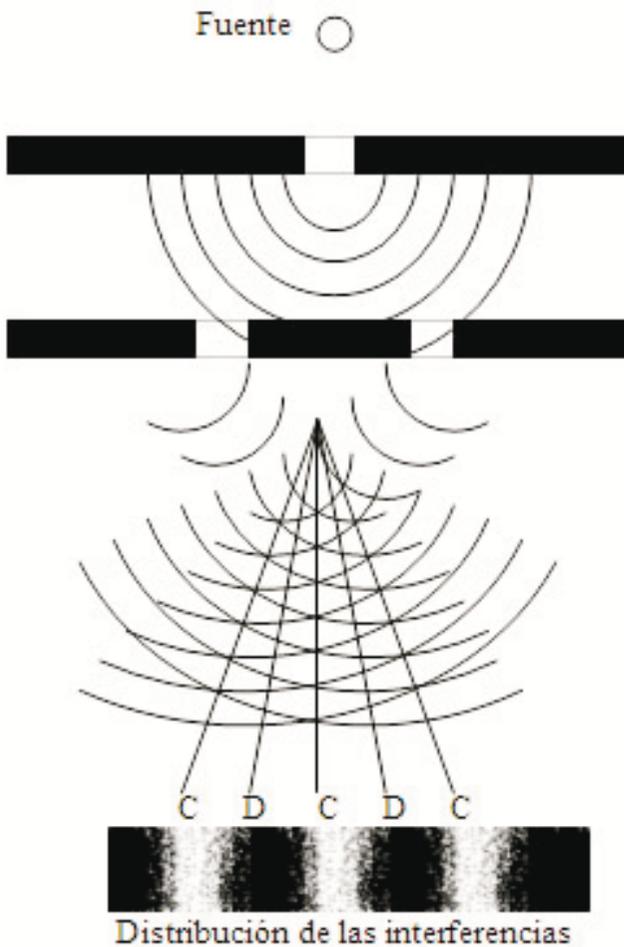


Figura 7. Experimento de las rendijas de Thomas Young. Con esto logró una fuente de luz doble en fase, con lo cual se logró el fenómeno de interferencia en la luz y demostraba el carácter ondulatorio de la misma.

Y así pasó con la luz, pues en 1888 el físico alemán Heinrich Hertz descubrió el fenómeno conocido como efecto fotoeléctrico. Este fenómeno se presenta al hacer incidir un rayo de luz sobre una superficie metálica, produciendo una liberación de electrones desde la superficie. Uno puede imaginarse que la onda choca contra el metal y produce el desprendimiento de los electrones. Si la energía de la onda es intensa, lo lógico sería que liberara electrones a mayor velocidad. Si la energía es menor, los electrones se deberían liberar con menos velocidad, ¿no?

Pues... ¡NO! En realidad lo que importa en el efecto fotoeléctrico no es la intensidad de la radiación, sino la frecuencia. Para comprender mejor, vayamos a la mesa de billar nuevamente. Si con el taco uno golpea la bola blanca contra las otras con gran fuerza, seguro salen despedidas por doquier a gran velocidad. Si apenas le imprimo energía a mi primer movimiento, se moverán perezosas apenas algunos centímetros. En "el mundo real" la velocidad de las bolas depende más de la fuerza del golpe y no de si podemos impactar con mayor o menor frecuencia la bola blanca contra el resto, ¿verdad? Si la mesa de billar fuera "cuántica", la velocidad de las bolas dependería de la rapidez con que yo efectúo los lanzamientos de la bola blanca contra el grupo, y no de la intensidad de estos golpe. Un sinsentido completo, si hemos de compararlo con el mundo "no cuántico".

También se observó que, según los cálculos, un electrón tardaría varios minutos en adquirir la energía cinética necesaria para ser despedido de la superficie de la placa de metal como producto del choque con una onda. Más lo que se observaba experimentalmente era que el electrón no tardaba tanto tiempo, aunque hablemos de minutos.

Es aquí (bueno, en 1905) donde entró en acción un empleado de la oficina de patentes de Berna que después sería uno de los personajes más famosos de toda la historia de la ciencias. Se trataba de Albert Einstein, quien también utilizó el concepto de Max Planck de los cuantos para sentar las primeras bases de la mecánica cuántica (11). Einstein comenzó afirmando que la luz se componía también de cuantos, a los cuales llamó fotones. Si se hace incidir un rayo de luz sobre la superficie metálica, cada fotón es absorbido por un electrón. Si se incrementa la frecuencia y se mantiene una intensidad constante, se incrementa la energía tal como lo

lo explica la ecuación de Max Plack: $E=h\nu$ (12). Entonces si a mayor energía los electrones salen despedidos a mayor velocidad, entonces ¿qué ocurre cuando se varía la intensidad del rayo, pero no su frecuencia? Bueno, a mayor intensidad sencillamente aumenta el número de electrones despedidos, pero no su velocidad (13). Además, al recibir de golpe toda la energía del fotón, el electrón no tiene nada que esperar y sale inmediatamente despedido de la placa de metal. Ahora se demostraba que la luz tenía carácter de partícula.

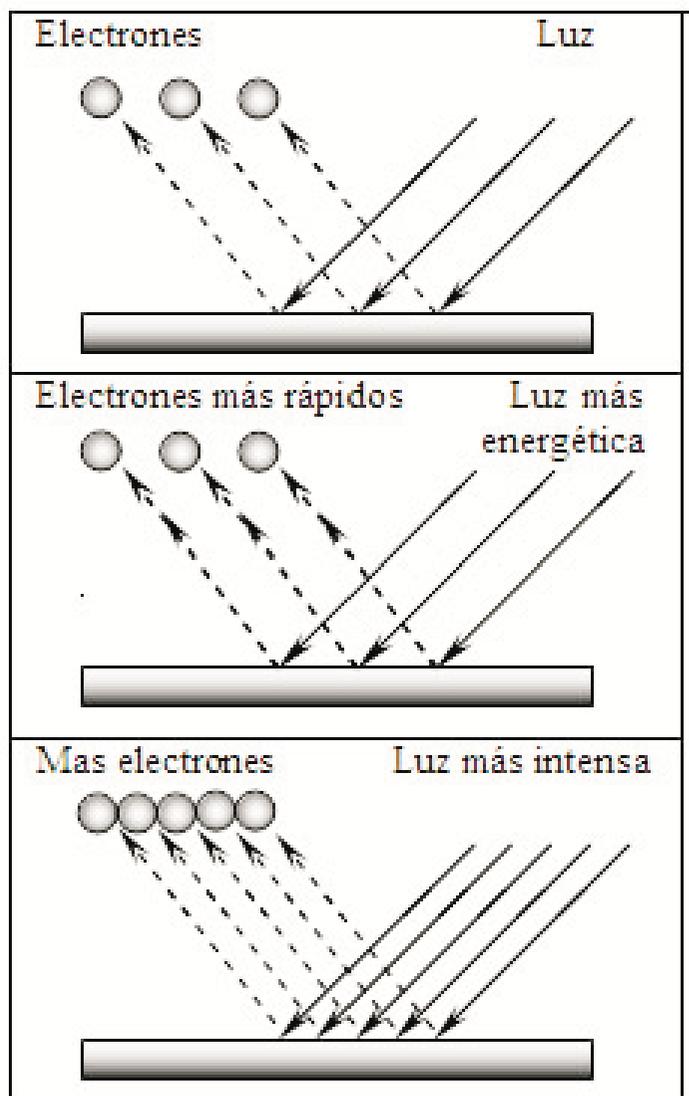


Figura 8. El efecto fotoeléctrico.

Así se reavivó el debate acerca de si la luz debía ser considerada como partícula (por lo que debía ser sólida y podía ser localizada en el espacio) o como una onda (es decir, una perturbación del medio y cuya localización no debía ser nada fácil). Al final, ¿quién tendría la razón?

Personalidad Doble

"...Recuerdo las discusiones con Bohr, que duraban muchas horas, hasta bien entrada la noche, y acababan casi en la desesperación. Cuando al término de la discusión me iba solo dando un paseo por el parque, me repetía a mí mismo una y otra vez la misma pregunta: ¿Puede ser la naturaleza tan absurda como a nosotros nos parecía en estos experimentos atómicos?"

Werner Heisenberg

En 1929 el Premio Nobel de Física fue otorgado al físico francés Louis Victor de Broglie. De Broglie ganó dicho premio por su tesis de doctorado en 1924 (14) exponiendo que, al ver que la luz se comportaba como onda según los experimentos de Young, pero también como partícula de acuerdo con el efecto fotoeléctrico, era posible que la luz tuviera una especie de doble personalidad. Y no sólo eso, sino que otras partículas materiales como los electrones también tenían ese extraño comportamiento semejante a una onda cuando viajaba en el espacio y/o como partícula al interactuar con la materia. Y lo que es más, ambas personalidades jamás se presentan al mismo tiempo. Luego, puede ser tanto una partícula cuyo movimiento asemeja la de ciertas ondas, o una onda que al interactuar con la materia parece partícula.

Lo que hizo De Broglie fue pensar que la

materia estaba formada por partículas cuyo movimiento estaba gobernado por la propagación de ciertas ondas (llamadas por él mismo, *ondas piloto*). De hecho llegó a pensar que lo que giraba alrededor del núcleo de un átomo eran *ondas* estacionarias. Y si hablamos de onda necesitamos saber su longitud de onda, ¿no? Así lo pensó convenientemente De Broglie, por lo que haciendo uso de la teoría de la relatividad y de la física cuántica, estableció que la longitud de onda podía obtenerse con la fórmula: $\lambda = h/p$. En esta fórmula, λ representa la longitud de onda y h representa la constante de Planck. Por su parte, la p representa la cantidad de movimiento o ímpetu de un cuerpo dado a una velocidad dada. Su fórmula es: $p = m \cdot v$ (15). Así se logró establecer que para un electrón con relativamente poca energía la longitud de onda debía ser de $\lambda = 4 \times 10^{-10}$ m.

En 1927 C. J. Davisson y L. H. Germer en Estados Unidos y G. P. Thomson en Inglaterra demostraron experimentalmente que un haz de electrones que se hace incidir sobre un cristal se difracta. Dichos experimentos revelaron un patrón de interferencia de las ondas dispersadas en la superficie del cristal. Dicho de otra forma, los electrones producían un patrón de difracción similar al de las ondas. Por lo anterior, en 1937 se otorgó el Premio Nobel de Física a Davisson y Thomson.

Los experimentos con electrones y cristales le dieron la razón a De Broglie: la materia (es decir, desde los fotones hasta los mismos electrones y todas las partículas subatómicas) se comporta como ondas, tiene doble personalidad. Desde entonces se acepta la idea de que la luz y la materia tienen esa dualidad onda/partícula. Más aún, un experimento similar a de las rendijas de Young fue realizado en los años 80's, por un equipo de científicos japoneses de los laboratorios de investigación Hitachi. Las únicas variaciones con respecto al experimento

de Young fue el de disparar electrones, pero *uno por uno*, además de colocar una pantalla que marcaba el lugar a donde llegaba cada electrón. Al principio se veían unas cuantas marcas en forma de punto indicando que se estaban recibiendo partículas. Pero al disparar más y más electrones, poco a poco se fue construyendo la clásica imagen de interferencia de las ondas. ¿Cómo se podía entender eso? No nos preocupemos, así de ilógico es el mundo cuántico. Solo para ejemplificar, supongamos que tenemos una mesa de billar "cuántica (16)". Cada vez que golpeáramos con el taco la bola blanca, ésta se disolvería en ondas, viajando a través de la mesa sin que pudiera ser visible. Solo al impactarse contra otras bolas o contra un extremo la bola blanca se condensaría, adquiriendo la propiedad de partícula.

Antes de continuar con De Broglie, vayamos a tocar la guitarra. Cuando uno toca una cuerda para producir un sonido, la cuerda vibra, ¿o no? Pero solo puede vibrar dentro de ciertos límites, debido a que dicha cuerda está sujeta por ambos extremos. Sus longitudes de onda se deben ajustar a ambos extremos, en números enteros o *semi-enteros* (p. ej. 0.5, 1, 1.5, 2, 2.5 etc), como se muestra en la Figura 9. Ahora bien, si por alguna suerte de truco pudiéramos unir un extremo de la cuerda con el otro, obtendríamos algo como de muestra en la Figura 10, una órbita formada por ondas. Así imaginó De Broglie que podía estar el electrón dentro del átomo, exhibiendo la misma conducta de las ondas estacionarias (una onda que queda confinada entre dos puntos), ya que si comparamos el tamaño del átomo (1 a 5×10^{-10} m), vemos que es del mismo orden que la longitud de onda del electrón (4×10^{-10} m) según su fórmula $p = m \cdot v$.

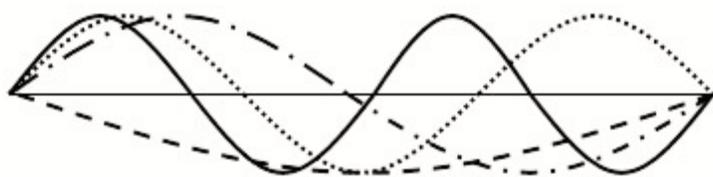


Figura 9. Longitudes de onda en la vibración de ondas estacionarias.

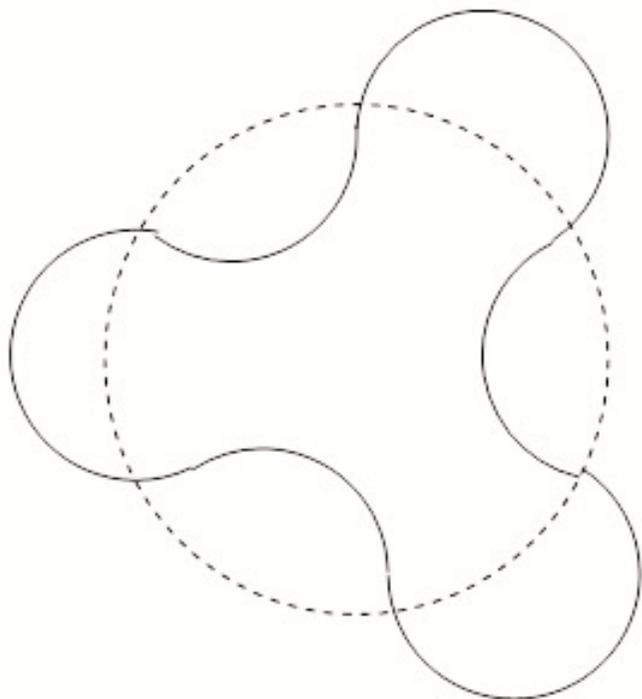


Figura 10. Órbita de las partículas según De Broglie: las órbitas se comportan como ondas estacionarias cerradas sobre si mismas.

Así, un electrón puede situarse alrededor del núcleo, con sus ondas piloto moviéndose en torno. Para que no ocurran fenómenos de interferencia como en el caso de las ondas viajeras (las no limitadas a dos puntos, como la piedra arrojada en el estanque), las ondas deben ser estacionarias. Y estas ondas estacionarias deben tener una longitud de onda que sea un número entero. El que sea entero obedece a que la órbita es cerrada, por lo que debe hacerse coincidir los extremos de la cuerda. De esta forma, De Broglie se imaginó un átomo con sus electrones girando

en torno suyo, no en órbitas circulares sino en torno de él no en órbitas circulares, sino en forma de ondas estacionarias con longitudes de onda equivalentes a números enteros.

© 2005, José Fco. Camacho.

Notas

(1) Su teoría del átomo fue presentada en su trabajo *Sobre la constitución de átomos y moléculas*, en 1913.

(2) Exactamente el 17 de diciembre de 1900, en la sesión de la Sociedad Física de la Academia de Ciencias de Berlín, en un trabajo titulado: *La teoría de la ley de distribución de energía del espectro normal*.

(3) Cuando se habla de los cuantos de energía radiante a menudo se les llama fotones.

(4) Es decir:
0.000,000,000,000,000,000,000,000,000,000,000,000,15836 kcal-seg. Sin lugar a duda se trata de un valor extremadamente pequeño, debido a lo cual los fenómenos cuánticos no se pueden observar en la vida diaria

(5) O lo que es igual:
0.000,000,000,000,000,000,000,000,000,000,000,000,663 Joules-seg.

(6) Una caloría es la cantidad de energía necesaria para elevar la temperatura de 1 g de agua de 14.5°C a 15.5°C. Una kcal es igual a 1,000 calorías (recuérdese el prefijo kilo, mil).

(7) Antes denominado número cuántico principal.

(8) Antes llamado número cuántico secundario, auxiliar o azimutal.

(9) Thomas Young fue un físico, médico y egiptólogo británico que era capaz de leer a los 2 años de edad y a los 14 entendía el latín, hebreo, samaritano, caldeo, árabe, sirio, francés, italiano, persa, turco y etíope. Algunas de sus aportaciones en el campo de la óptica se mencionan en el texto, aunque también investigó el funcionamiento del ojo humano (la existencia de 3 receptores para cada uno de los colores primarios, así como el mecanismo de acomodación del cristalino), entre otras muchas cosas más (entre ellas, el ayudar a descifrar los jeroglíficos egipcios inscritos en la Piedra de Rosetta). Como se puede ver, otra verdadera lumbrera.

(10) La difracción es la propiedad que posee una onda de rodear un obstáculo al ser interrumpida en su propagación parcialmente por él. De ahí que una persona pueda escuchar a otra que este tras una barda, pues las ondas sonoras rodean dicha barda por el fenómeno de la difracción.

(11) En este año, Einstein también publicó otros dos trabajos en donde explicaba el efecto Browniano y la Teoría de la Relatividad.

(12) Donde v es igual a energía, h es la frecuencia y h es la constante de Planck (6.63×10^{-34} Joules seg).

(13) ¡Wow, verdad! Esta sencilla explicación le valió el Premio Nobel de Física a Einstein en 1921, lo que resulta extraño, si tenemos en cuenta que gracias a él tenemos las teorías de la relatividad especial y general. En fin, esto sirve para comprobar que los designios del Señor son extraños y desconocidos.

(14) La tesis doctoral se llamó *Investigaciones sobre la teoría de los quanta*. En ese entonces el jurado examinador creía que la idea era original,

aunque poco creíble.

(5) O más precisamente $p = m (v_1 - v_2)$, dado que el impulso de una fuerza produce una variación en la cantidad de movimiento sobre un objeto dado. La unidad de medida para el impulso es 1 kg m / s .

(6) Algo que sería factible de tener si al menos la constante de Planck fuera lo suficientemente grande para manifestarse en el mundo macroscópico.

Sobre el autor

José Fco. es médico residente de cirugía de primer año, ahora radicado en Tijuana, México. A pesar de estar lejos de su hogar, continua fomentando esa curiosidad nata por las áreas físicas, químicas y biológicas. También agradece al editor de TauZero le reserve un lugar donde explayar algunas de sus ideas y revisiones, esperando lograr una simbiosis duradera.

AUTOENTREVISTA

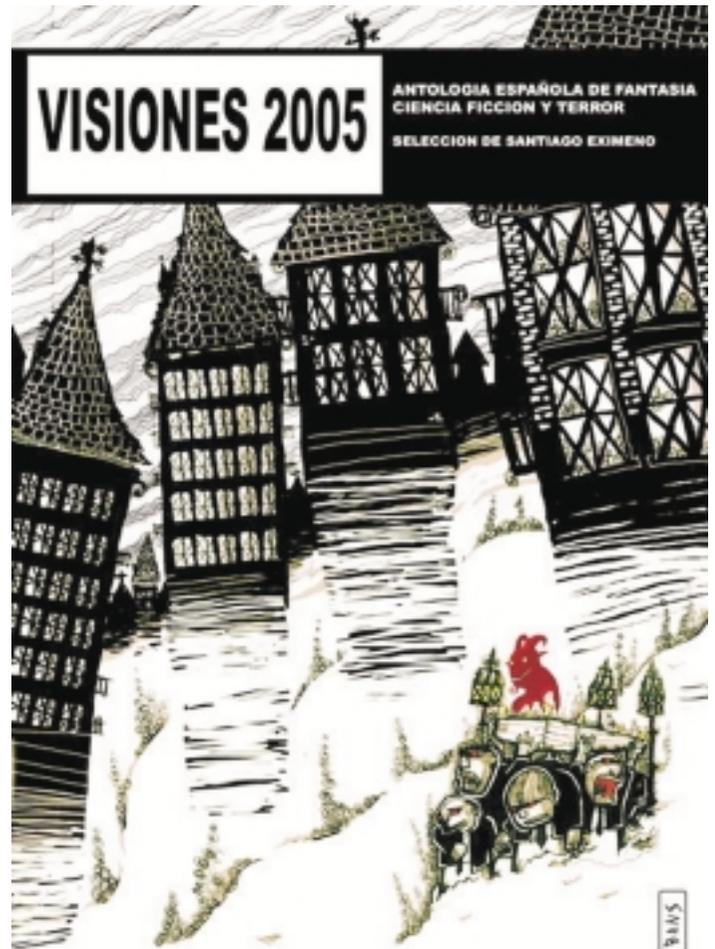
por Sergio Alejandro Amira

Tras leer las entrevistas de Gabriel Mérida (autorizada) y Daniel Vak Contreras (apócrifa) a Jorge Baradit con motivo de la publicación de su novela *Ygdrasil*, pensé que quizá sería una buena idea que alguien me entrevistara también en relación a mi cuento *Caro data archangeli* seleccionado para *Visiones 2005*. Con el primer periodista que me encontré tras llegar a este convencimiento fue con Gabriel Mérida, pero el joven estudiante declinó la oferta arguyendo que estaba muy ocupado (lo que al parecer es cierto) y que el único capaz de entrevistarme sería yo mismo. Por lo tanto, en un acto de suprema indulgencia, he decidido llevar a cabo dicha tarea. Después de todo, si mi estimado amigo Leonardo Navarro se autoentrevistó en las páginas de *Plan-B*, ¿por qué no yo, que soy casi tan ególatra, megalomaniaco e insoportable? (denso, como me dijeron por ahí).

Sin más preámbulos entonces, vamos por las preguntas, y sus correspondientes respuestas.

¿Qué rol juega la religión en su vida?

Uno muy importante sin duda. Fui bautizado y educado como católico, durante mi adolescencia y como suele ocurrir en esta etapa tuve dudas sobre mis creencias y durante un tiempo creí ser ateo hasta que volví a ver la luz, desde mi punto de vista, claro, respeto a los ateos tanto como a los budistas y los transhumanistas extrópicos. A los que no soporto son a los llamados ufólogos, y a todas esas pseudociencias parasicológicas. Actualmente no voy a misa ya que tengo cierta reticencia con los administradores de la fe cristiana. Digamos que no confío en los intermediarios, mi relación con Dios es personal y directa. Dentro de mis posesiones más preciadas están una Biblia



enorme de hojas doradas que me regaló y dedicó mi abuelo (que fue como mi verdadero padre) y una pequeña efigie de plata de la Sagrada Familia. Es curioso pero los católicos en el mundillo del "fandom" parecemos escasear.

¿Cómo surgió *Caro data archangeli*?

La idea del cuento la obtuve del cuadro de Paul Gauguin. *La visión después del sermón: Jacob luchando con el ángel*. Óleo sobre lienzo de 73 x 93 cm. realizado en 1888 el cual tuve la oportunidad de ver en la Galería nacional de Escocia, en Edimburgo. Según el Antiguo Testamento (Génesis, 32, 22), Jacob luchó en Peniel con un ángel y le pidió que le bendijese.

Éste le preguntó su nombre y tras oírlo le respondió: "No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel", que significa en hebreo 'El que lucha con Dios' o 'Dios lucha'. Gauguin sitúa la escena en la que Jacob lucha con el ángel en su paisaje nativo de la Bretaña, indicado por la presencia de un manzano y una vaca. El cuadro une ese mundo con el de la Biblia mediante una aparición que un grupo de campesinos bretones presencian al salir de la iglesia una mañana de domingo. Además de la Biblia, en la casa de mi abuelo había otro libro que me marcó profundamente, uno sobre pintura universal del *Reader's Digest*. De esta forma, de muy pequeño, pude familiarizarme con la pintura y artistas como Picasso y Gauguin, que me encantaban. El cuadro de Jacob luchando con el ángel estaba en aquel libro, por lo que fue una imagen que estuvo presente en mi memoria desde que tengo conciencia pero que no me impactó especialmente hasta que la vi en Edimburgo. Años más tarde, mi amigo Dorian Cano, de la revista literaria *800*, está preparando un especial de ángeles. La idea de escribir algo en torno al enfrentamiento cuerpo a cuerpo de un hombre con Dios había rondado mi mente durante un tiempo, así que la convocatoria de Dorian fue la excusa perfecta para poner manos a la obra. Yo venía de terminar mi segunda novela (*Los hijos del cielo y de la noche*) y estaba un poco agotado, falto de ideas, y me tomé la redacción del cuento como un ejercicio. Para mi sorpresa el cuento salió mejor de lo que esperaba, fue publicado en *800*, y luego seleccionado para *Visiones* 2005. Luis Saavedra me aconsejó que lo convirtiera en una novela o un fix-up. Como ya estaba un poco agotado del formato novela, opté por el fix-up. Tras ocho meses de escritura *Caro data archangeli* cuenta con trece cuentos, además del publicado en *Visiones*. Lo más gratificante es ver como mi narrativa ha inspirado a otros autores como Ángela González (que está trabajando en un



cómic que llevará el mismo título que mi cuento), Gabriel Mérida (que ha sobrepasado los límites que yo mismo creí abarcar en cuanto a posibilidades narrativas) y Armando Rosselot (con un cuento al cual he aportado un par de ideas menores). Lo que más me complace es ver como cada uno de ell@s ha adaptado el universo y los personajes de *Caro data archangeli* de acuerdo a sus propias necesidades creativas, lo que es más evidente en el cómic de Ángela.

La imagen de los arcángeles devorando cadáveres humanos es muy potente, ¿de donde la obtuvo?

De un sueño. Por lo general nunca recuerdo lo que sueño, nunca le he dado ninguna importancia al mundo onírico. Pero ese sueño logró colarse hasta el mundo de la vigilia sin desvanecerse, acaso por lo potente de la imagen, como usted bien dice.

¿Qué escritores han influenciado su proceso escritural?

Admito influencia de los siguientes autores, nombrados en orden aleatorio:
Frank Herbert

Roger Zelazny
Theodore Sturgeon
William Burroughs
Dan Simmons
Robert Anton Wilson
Tanith Lee
Alfred Bester
Harlan Ellison
C.S. Lewis
Warren Ellis
Grant Morrison
Alan Moore
Steven Shaviro
André Breton
Tomás de Aquino
Michel Houellebecq
Friedrich Nietzsche
Jorge Luis Borges
Howard Philips Lovecraft
Eduardo Anguita
Philip Kindred Dick
Roberto Merino
Luis Saavedra
Pablo Castro
Jorge Baradit
Armando Rosselot

¿Qué evaluación hace tras dieciséis números de *TauZero* y tres especiales?

TauZero aún no llega a su máximo potencial, pero va en camino lentamente, a veces demasiado lento para mi gusto pero qué le voy a hacer, sólo soy una de las dos cabezas que hacen posible este proyecto (sí, somos como Zaphod, al director de *TauZero* mundaca le encantará esta alusión a su hexalogía favorita). Al menos este año, y gracias a Rodrigo, *TauZero* tiene sitio propio, y el *Calabozo del Androide* también, con la ayuda de Armando Rosselot. Para mí ambos e-zines conforman un espacio disponible para que quienes lo deseen (y tengan los méritos necesarios de acuerdo a nuestras caprichosos criterios) vengan



a jugar. Hasta ahora los potenciales usuarios de este parque de diversiones escasean, pero los pocos que nos visitan suelen volver, complacidos supongo por las avanzadas instalaciones y el trato deferente de nuestro personal.

¿A que mundo ficticio le gustaría escaparse si pudiera?

A la Eternia de *Masters of the Universe*. Tiene la mezcla perfecta de ciencia y magia, tradición y tecnología. Es un mundo que carece de medias tintas, los malos son muy malos y los buenos muy buenos.

¿Si fuese un personaje de ese mundo, cual sería?

El Rey Randor, sin duda.

¿He-Man no?

He-Man sería mi hijo Bastian Alejandro Iskander.

¿Tuvo un amigo imaginario en su infancia?

Por supuesto. Cuando con mi familia nos mudamos de ciudad, él no me acompañó. Tengo un recuerdo muy vívido de nuestra despedida. No fue trágica ni nada por el estilo.

¿Cual era el aspecto de su amigo?

Medía algo así como un metro, era similar al

Bone de Jeff Smith pero sin brazos y de un intenso color amarillo.

¿Ha seguido pintado desde su última exposición?

Mi última exposición fue en febrero de este año y desde entonces que no he vuelto a tomar un pincel. Aquella muestra fue del todo decepcionante, no se vendió un solo cuadro por lo que no pude recuperar el monto que cancelé por el derecho a exhibir en la sala. Durante estos meses he dibujado pero no he vuelto a pintar y probablemente no lo haga durante los próximos cinco años al menos. Todo mi escaso tiempo libre se lo dedico a mi familia, y lo que queda a escribir, leer y diagramar *TauZero* y el *Calabozo del Androide* cuando lo amerita. Hago clases de pintura eso sí, y de teoría del arte. Hay unos cuantos ingenuos a los que tengo engañados.

¿A cuál de los personajes que ha creado le tiene más cariño?

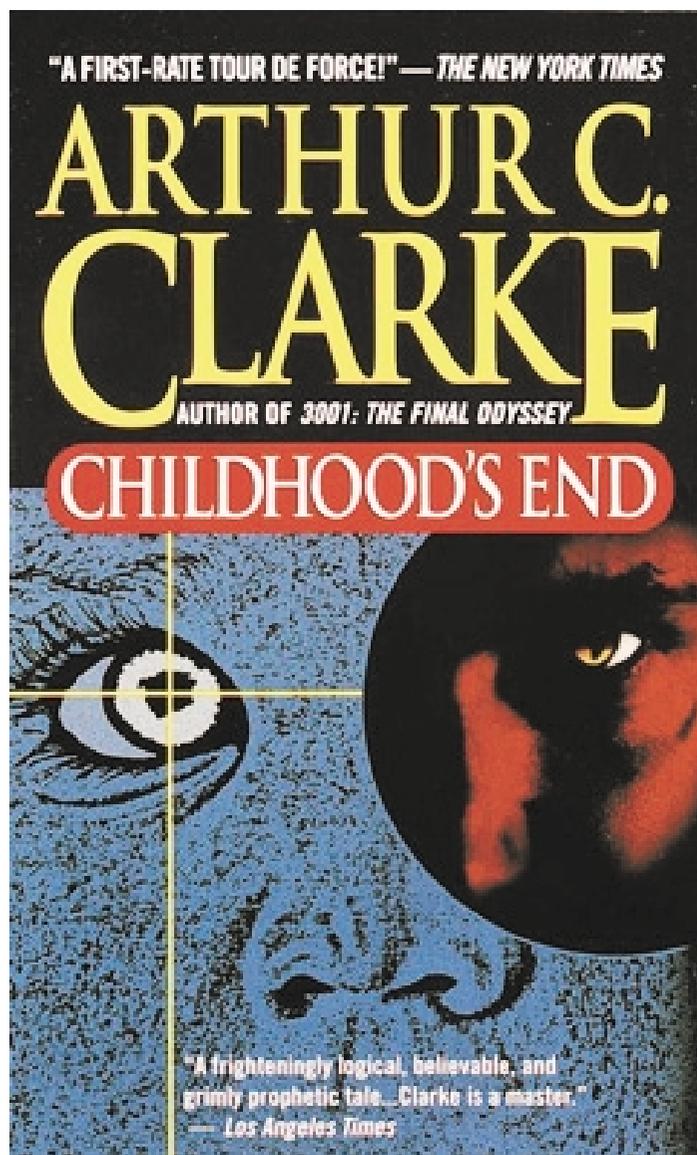
A Remigio Aras, protagonista de mi primera novela titulada tentativamente *La mordida de la amphisbaena*. Remigio adquirió vida propia, saltó al mundo "real" y descubrí que era primo mío en segundo grado. rmundaca está constantemente censurándolo en *TauZero*, pese a que Remigio lo homenajeó convirtiéndolo en el primer ñoño de Chile en protagonizar un cuento de ciencia ficción.

¿En que género se enmarca *La mordida de la amphisbaena*?

Me atrevería a decir que es una nouvelle vague, sin muchos puntos de encuentro con la ciencia ficción, aunque de ella saqué un capítulo que convertí en *El libro de Shklovski*, cuento con que gané el segundo lugar de Fixion 2000.

¿Cuál fue el último libro que leyó?

El fin de la infancia de Arthur C. Clarke, hace un



par de días. Un libro ameno, que se deja leer como quien mira televisión pero que es tan deprimente como *La partículas elementales* de Houellebecq, en el que se repite el reemplazo y muerte de la raza humana por parte de sus sucesores. Hay algo muy triste en la muerte de la raza humana sin Apocalipsis y Segunda Venida de por medio. *El fin de la infancia* también me recordó *Las cadenas del mar* de Gardner Dozois, cuento publicado en *Sueños Geodésicos*. Ahora que lo pienso, ese cuento tiene mucho que ver con *Caro data archangeli*. *Las cadenas del mar* narra la típica historia de una invasión extraterrestre a la Tierra. Dozois describe

detalladamente el aterrizaje de las naves alienígenas y la reacción de civiles, autoridades e I. A. Pero esto no es más que el "fondo" de la historia ya que Dozois realmente nos quiere contar sobre un niño de clase media baja golpeado por su padre y tachado de conflictivo en la escuela. Tras releer *Caro data archangeli*, en las páginas de *Visiones 2005*, me di cuenta que lo que realmente quería contar no trataba sobre Román, Constanza, la Plaga o los arcángeles, sino sobre el amor de un niño por su hermana mayor. Rescribí el cuento teniendo esto en cuenta y encontré la manera en que podría finalizar el fix-up, uniendo los hechos narrados en la primera historia con la última que actualmente estoy redactando.

¿Ha leído los demás cuentos de *Visiones 2005*?

Sí, pero creo que sería de mal gusto opinar sobre ellos. Mejor esperemos a que un crítico malintencionado y envidioso los destroz.

Uno de mis programas favoritos de TV. es *Inside the Actors Studio*. Terminaremos la entrevista entonces como hace James Lipton con sus invitados, aplicando el cuestionario desarrollado por Bernard Pívor:

¿Cuál es su palabra favorita?

Vida.

¿Cuál es la palabra que menos le agrada?

Muerte.

¿Qué lo motiva creativa, espiritual o emocionalmente?

Creativamente la obra de otros creadores. Espiritualmente y emocionalmente mi esposa y mi hijo.

¿Que lo desmotiva?

La indiferencia.



¿Cuál es su palabra ofensiva favorita?

Crésta.

¿Qué sonido ama?

La voz de mi hijo.

¿Qué sonido o ruido odia?

La música a excesivo volumen de mis vecinos.

¿Que otra profesión fuera de la suya le hubiese gustado practicar?

El sacerdocio.

¿Que profesión no le gustaría desempeñar?

Cualquiera que cause daño o sufrimiento a mi prójimo.

¿Si el cielo existe, que le gustaría que Dios le dijese cuando llegara a sus puertas?

Bienvenido, Sergio, te estábamos esperando.

Gracias por brindarme la oportunidad de entrevistarme a mí mismo

Agradécele a Gabriel Mérida, por no aceptar hacer esta entrevista. Y ahora déjame tranquilo que tengo que diagramar *TauZero*.

© 2005, Sergio Alejandro Amira.

JANSENIUS

por P. C.

Cornelius Jansenius Y prensis, no se le debe confundir con su tocayo *Cornelius Jansenius Gandavensis*, así aparece en el encabezado en la Enciclopedia Católica, <http://www.encyclopediacatolica.com/j/jansenio.htm>, previniendo de éste modo que el Jansenio separatista debe ir diferenciado del otro, no bastando esta explicación, la enciclopedia recomienda los textos del segundo Jansenio para la lectura y los pone a disposición del lector. Existe la sospecha que los textos del buen jansenio permanezcan sólo como compensación a que la historia y obra del hereje haya sobrevivido, pero aquello va entrelazándose ya con el relato que a continuación transcribo. La descripción que aparece en el cuento, que aparentemente sería un sueño, relata la visión de un hombre, que sentado entre ruinas, en un rincón de la Arcadia, comparte con otros hombres que junto a él gozan de aquel *locus amoneus*. Su posición privilegiada e permite ver por el espacio que ha dejado un arco de cantos rectos en la ruinosa muralla, a la distancia, en el fondo de una explanada, a los pies de una muralla de piedra gigantesca, a un niño vestido de blanco que está sentado con un fez rojo en la cabeza. Cuando



no acababa de fijarme en la escena aparece detrás del arco la figura de un hombre joven que me dice –...debes leer a los jansenistas.

Realmente se puede concluir que el hereje no fue Jansenius, sino su legado. Jansenius dio su nombre a la herejía por una supuesta confusión de conceptos en sus textos agustinos, seguido de una polémica dictación de su testamento. Aunque esto permanezca entre los secretos de dios, igualmente sus textos pelagianos divididos en ocho libros, con arte podrían atentar en contra la infalibilidad incuestionada del papa. Por lo demás, los sucesos posteriores a su

muerte, entre bulas y las publicaciones de las tesis realizadas a partir de los trabajos agustinos del janseno, tientan el alineamiento de ciertas corrientes hacia la conclusión que Cristo habría muerto sólo por predestinación. En segundo lugar, una errónea concepción del estado de inocencia y del pecado original, atribuyéndose a la falta de asistencia divina el hecho que caigamos en pecado. Luego la cascada de causas y efectos terminan por confundir al lector lego. Pero la sensación es clara, a Jansenius se lo

utiliza, nunca él asistió a uno de los debates levantados a propósito de su obra. Finalmente la bula *Cum Occasione*, promulgada con el fin de sancionar este levantamiento, despierta a los jansenistas. La historia va cada vez haciéndose más imbricada en la medida que se suceden las reuniones. Antoine Arnauld, el Port-Royalismo, etc., son parte de una investigación a la que el tema obliga, pero para limitar el asunto, el papa va ciñendo cada vez más el cerco, obligándolos a definirse. Los jansenitas son llevados a juicio canónico, pero en el transcurso Alejandro VII muere y su sucesor continúa con el juicio recibiendo de parte de un grupo no pequeño de altos sacerdotes la petición de una paz acordada. El asunto continúa por otros dos siglos, pero lo que me interesa es la noción de una fisura en el pecado versus la gracia de dios que nos acompaña.

Sin duda que mientras más alejado esté nuestro lenguaje del de los litigios teológicos más se acerca al discernimiento de noción de la culpa original de nosotros. De este modo, retomando el espíritu del sueño, se puede concluir someramente que existe un dios y él con su gracia nos asiste, hasta en el pecado; así, existiendo el pecado, dios compartiría junto a la negligencia de la gracia nuestra culpa.

Dentro de este canon, el hombre que en el sueño se asoma por el arco aconsejando, no es más que un enviado de la gracia, la que por intermedio de él, obviamente aconsejada por dios, intenta liberar la culpa de nuestros pequeños actos. encadenada al gran engranaje en el que se comparte el movimiento.

Tal vez la forma circular que se pasea entre lo anterior se consuma en el fez que el niño, sentado ante el gran muro, tiene sobre su cabeza. Coronado por su tarea de constructor, ahora descansa, aliviado del peso de cada una de las piedras de las que habla Pascal a propósito de Cromwell, que luego Borges toma entre sus

dedos para la modificación del Sahara.

© 2005, P. C.

LA MEMBRANA DE LA REALIDAD

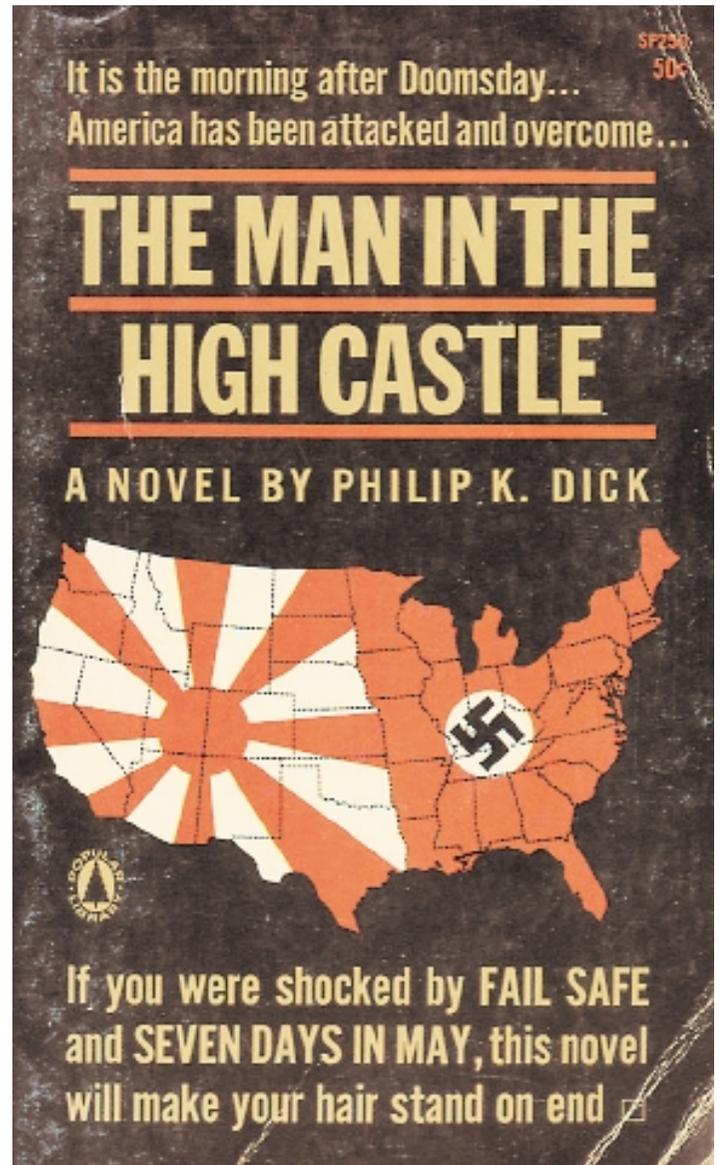
por A. César Osses Cobián

Si mi anterior reseña de *Neuromante* llegaba con algo más de dos décadas de atraso, ésta llega con un poco más de cuatro. Algo inaudito para los adalides de la modernidad, incondicionales de lo último, devotos del *top-notch* y *state of the art*. Total, para eso existen los best-sellers y quienes los reseñan en las solapas en términos de *two thumbs up!!!* o exaltadamente *la mejor novela de acción fantástica desde [inserte nombre de otro best-seller de renombre]* en la contratapa. Para ser justos con la verdad, algunos sí son buenos.

Un servidor aprendió a leer y a escribir en la década de los '80, y aunque fui siempre un lector ávido, recién a comienzos de los 90 empecé a leer ciencia ficción post-Verne, después de pasar por los clásicos sudamericanos y europeos. (A propósito, se siguen publicando reseñas de *Los Miserables* o *El Cantar del Mío Cid*, y hasta ahora no he oído a nadie decir que llegan con algunos siglos de atraso).

Por cierto, más de alguno de los lectores de *Tau* calza con el perfil de haber nacido en los 80 y estar recién empezando a apreciar la ciencia ficción; por supuesto que habrá lectores de *Tau* que podrán ser de la generación de los 80 o 90 y ser lectores hardcore de ciencia ficción dura, así como otros quienes tengan por sinónimo de ciencia ficción a *Las Crónicas de Riddick*.

Para aquellos que lentamente se empiezan a sumergir en las profundidades de este género literario, esta reseña con cuatro décadas de atraso podrá serles de utilidad. Si alguien más, por vasto que sea el universo de libros que haya leído, queda interesado por *El Hombre en el Castillo* de Philip K. Dick (publicada originalmente en 1963), esta reseña habrá cumplido su cometido.



Yo nací 14 años después de que se publicara, así que algo del mundo moderno (que últimamente tiene más de moderno que de mundo) influenciará mi apreciación de *El Hombre*. Recuerdo que hace no tantos años fui al cine a ver *The Matrix*. Poco después ví *El Piso 13* (o como se llame originalmente), y ya puestos, *The Truman Show*. Y ya había leído los primeros cuatro volúmenes de *La Torre Oscura*. ¿Qué tienen en común con *El Hombre en el Castillo*?

Todos fueron posteriores y todos comparten la idea de realidades paralelas, artificiales o no. Sin embargo, *El Hombre* logra poner elementos o personajes familiares en realidades que no podrían o no deberían existir, de modo que logran parecer nuevos y desconocidos.

Philip K. Dick mantiene su usual estilo de pluma ágil y entretenida, con descripciones de una profundidad exacta, lo suficiente para que el lector se moje sin sumergirse en el ambiente del relato: lo justamente necesario para que el resto del trabajo lo haga la fértil imaginación del lector. Es justamente éste estilo el que le ha permitido a Dick ser uno de los autores cuyas novelas y cuentos más se han adaptado al cine, con disparejos resultados. ¿Quién recuerda *Impostor*?

En los momentos en que escribo ésto se está llevando a cabo la reunión de los G8 (o G7 + EEUU) en Escocia, y en la madrugada de ayer se produjeron una serie de mortíferas explosiones en Londres, tanto en el Underground como en los buses de dos pisos que todos conocemos. El número de muertos causados sigue en aumento.

Se piensa que el autor intelectual de estos atentados sería Osama Bin Laden, enemigo número uno de EEUU y socio comercial de la familia Bush, la familia del presidente de ese país. La tesis cobra fuerza porque el modus operandi es muy parecido al de los atentados del 11-M, en Madrid, que al igual que los de Londres reivindican la salida de los invasores yankees de Irak. Al igual que en Madrid y New York, quedan muchas dudas en el aire.

Toda esta escalada de miedo al terrorismo es auspiciada gratamente por los halcones de la Casa Blanca, puesto que sirve de apoyo a los intereses transnacionales de este gobierno, malcriado y falto de contrapeso desde el colapso de la URSS el '89. En rigor es desde el fin de la Segunda Guerra que el autodenominado "guardián de las democracias del mundo"

(siempre y cuando les sean proclives) abiertamente se empieza a portar mal. Todo porque según sus propios historiadores, ganó la Guerra. ¿Y si la hubiese perdido?

Ésta es la situación que Dick explora en *El Hombre*, creando una posguerra distinta a la que conocemos. Los EEUU no son sino un territorio ocupado, repartido entre las dos grandes potencias mundiales: Japón y Alemania, el nunca extinto Tercer Reich. Así fijada la situación, Dick imagina el futuro potencial de cada imperio.

Naturalmente, si el autor no da en el clavo, pega muy cerca. Japón busca consolidar su dominio sobre su territorio mediante el comercio y los negocios. A su vez, el Reich es una potencia aeroespacial, que empieza a preparar una expedición a Marte. Por supuesto, Von Braun nunca emigró a EEUU, y ese país es literalmente nada.

En la novela, EEUU se reduce a una delgada franja pobre y subdesarrollada entre los territorios ocupados por las potencias. El lado este es alemán, mientras que el lado oeste es japonés; el centro mantiene un estilo de vida rústico y campesino, sin aviones ni tecnología posguerra: una apología del *country* llevada al infinito.

Es la Guerra Fría, pero con otro sabor. Cada territorio ocupado, ex-EEUU, absorbe la cultura del invasor. *Bye bye, american way of life*, la pesadilla de Roosevelt hecha realidad. En el lado este del país no se ha terminado el antisemitismo, y en el lado oeste los antiguos ocupantes son ciudadanos de segunda categoría.

También, para mi sorpresa, el cargo de Reichsführer es ocupado por otro de los personajes reales que secundaron a Hitler, y la elección o designación de su sucesor revoluciona la diplomacia mundial, al igual que revolucionaron el mundo las últimas dos elecciones en EEUU.

Esta novela me deja la clara impresión que Dick está influido por los acontecimientos relativamente recientes de la historia de su país,

tendiendo a mostrar a los japoneses, a pesar de su milenaria cultura y amplio protocolo, como personajes ruines. En cambio los alemanes son refinados, ciertamente globales y científicamente avanzados, una extrapolación de los verdaderos EEUU de los 60.

Bajo esta situación de realidades alternativas cabe preguntarse si no estaremos viviendo un sueño (desde Calderón de la Barca a los hermanos Wachowski) o si coexistimos con infinidad de realidades marginalmente diferentes una de otra, cada una relativamente real respecto de las otras (desde Einstein a Stephen King). ¿Cuántas veces no habremos irrumpido inesperadamente en alguna de las otras realidades y no nos percatamos, sencillamente porque no pudimos notar las diferencias?

Un amigo me comentó que Philip K. Dick se inspiró en el I-Ching para escribir *El Hombre en el Castillo*, cosa verosímil ya que al prepararse para seguir cualquier curso de acción, los personajes del relato que habitan la costa oeste de norteamérica lo consultan profusamente, interpretando detenidamente los resultados obtenidos, evidenciando el conocimiento del autor en el I-Ching.

Este amigo también me contó que Dick habría consultado el oráculo preguntándole *¿cuál es la verdadera realidad?* Mi informante dejó la respuesta del oráculo en suspenso, y sólo nos queda el remedio de fantasear con ella.

© 2005, A. César Osses Cobián.

Ficha técnica:

Título original: El Hombre en el Castillo

Autor: Philip K. Dick

Editorial: Minotauro

Año de edición: 2002

Sobre el autor: A. César Osses Cobián nació en Bucarest, Rumania en 1977 y es Ingeniero Civil Eléctrico por la Universidad de Concepción (2004). Con inquietudes literarias, colabora con Tauzero desde 2003, y desde temprana edad escribe poemas, incursionando ocasionalmente en la narrativa. Ha vivido en diversos países y gracias a ello domina varios idiomas y conoce diferentes culturas. De personalidad escéptica e incisiva, es curioso por naturaleza, un excelente contertulio y un invencible adversario en debates sobre distintos tópicos